
CORAZON
DE
FUEGO
SIHAM JOUSEF



CORAZON DE FUEGO

CORAZON DE FUEGO

SIHAM JOUSEF

Editorial Rosa Negra

© Corazón de fuego
© Siham Jousef
© Editorial Rosa Negra
ISBN: 9798268896718
Sello: Independently published
Colección fantasía 2025
editorialrosanegracol@gmail.com
Diagramación interior, Edición Siham Jousef Ediciones Rosa Negra.
Diseño de Portada-Demian Kaltman
Impresión Panamericana Colombia

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio o, ya sea eléctrico, químico, mecánico, Óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor



CONTENIDO

La Llegada del Dragón de Fuego
Chapter 2
Chapter 3
Chapter 4
Chapter 5
Chapter 6
Chapter 7
Chapter 8
Chapter 9
Chapter 10
Chapter 11
Chapter 12
Chapter 13
Chapter 14
Chapter 15
Chapter 16
Chapter 17
Chapter 18
Chapter 19
Chapter 20
Chapter 21
Chapter 22
Chapter 23
Chapter 24
Chapter 25
Chapter 26
Chapter 27
Chapter 28
Chapter 29

Chapter 30
Chapter 31
Chapter 32
Chapter 33
Chapter 34
Chapter 35
Chapter 36
Chapter 37
Chapter 38
Chapter 39
Chapter 41
CHAPTER 42
Chapter 43
Chapter 44

La Llegada del Dragón de Fuego

En el reino de Everia, donde el sol se ponía detrás de las montañas de piedra y el viento susurraban secretos en los oídos de los árboles, La aldea de Brindlemark estaba sumida en un silencio espeso, inquietante, como si el mismísimo aire se negara a moverse. Hasta los pájaros enmudecieron, y el crujido de las hojas secas bajo los pies era suficiente para provocar un escalofrío. El viento, helado y cortante, susurraba secretos antiguos en los oídos de los árboles, arrastrando consigo un presentimiento que se enredaba en la piel. En lo alto, el sol se desangraba lentamente tras las montañas de piedra, tiñendo el cielo de un rojo encendido que parecía una advertencia.

La plaza central hervía de tensión. Una multitud se había congregado en silencio, los rostros marcados por la mezcla imposible de temor y esperanza. Algunos se abrazaban como si fuera la última vez, mientras otros alzaban la vista al cielo, con ojos tan abiertos que apenas pestañeaban. La respiración colectiva era irregular, quebrada, como si todos esperaran algo... o a alguien.

Entonces sucedió.

Un rugido ensordecedor rasgó el cielo, profundo y gutural, como si el mundo mismo se quejara desde sus entrañas. Las nubes temblaron. El suelo vibró. Un murmullo de pánico creció como un eco que nadie podía detener. Cabezas se alzaron al unísono, y los más jóvenes gritaron al ver la silueta inmensa que se aproximaba.

Tharros.

El dragón de fuego surcaba el cielo como una sombra ardiente, sus alas tan vastas que oscurecían la luz crepuscular. Cada aleteo desplazaba masas de aire con violencia, agitando el cabello y la ropa de la multitud, haciendo temblar las ventanas y rechinar las puertas de las casas. Las escamas que cubrían su cuerpo —una sinfonía de

rojos encendidos, naranjas fulgurantes y destellos dorados—reflejaban la luz como si llevara un incendio sobre la piel.

El caos estalló.

Gritos. Carreras. Llantos. Algunos aldeanos corrían a ciegas buscando refugio, chocando entre sí, tropezando con barriles, con piedras, con sus propios miedos. Las madres apretaban a sus hijos contra el pecho; los ancianos apenas podían moverse. Las campanas de alarma comenzaron a sonar, tarde y sin fuerza, como si también tuvieran miedo.
Pero Alethea, hija del herrero Godric, no se movió. Permanecía inmóvil en el centro del tumulto, como una estatua tallada en calma. Su cabello castaño volaba al viento, y sus ojos verdes resplandecían con una intensidad inusual. No era miedo lo que sentía. Era algo más profundo. Más antiguo.

A su lado, Elara, su mejor amiga, palidecía con cada segundo que pasaba. La respiración le temblaba en el pecho, y sus manos aferraban con fuerza la manga del vestido de Alethea.

—¿Qué pasará si... si el dragón ataca? —murmuró Elara, la voz rota por el pánico.
Alethea no respondió de inmediato. Seguía observando la figura que descendía, como si cada movimiento del dragón tejiera un hechizo imposible de romper.
—No lo sé —dijo por fin, con un brillo de emoción en la voz—. Pero siempre he querido verlo... así. Tan cerca. ¿Puedes imaginarlo, Elara? Volar por encima de las montañas... sentir el viento frío en la cara... sobre el lomo de una criatura como esa.

Tharros descendía con una majestuosidad aterradora, como si la tierra misma lo reclamara. Sus ojos, dos brasas encendidas, se posaron directamente sobre Alethea, atravesando el aire y el miedo como una flecha. Algo invisible pasó entre ellos. Una corriente antigua, poderosa, indescifrable.

Cuando sus patas golpearon el suelo, la plaza tembló como si un terremoto hubiera sacudido el corazón de la aldea. La multitud enmudeció, contenía la respiración. Nadie se atrevía a moverse.

Tharros se acercó, cada paso un trueno sordo. Las llamas que brotaban de sus fauces iluminaban los rostros aterrados, pero también revelaban otra cosa en el rostro de Alethea: fascinación.

Y entonces, el dragón extendió una garra. Elara gritó, pensando que todo acabaría en un instante.

Alethea no se movió. Solo cerró los ojos... y esperó.

Pero el golpe nunca llegó.

La garra del dragón se posó suavemente sobre su hombro, apenas un roce. Como si confirmara algo. Como si la reconociera.

Y en ese instante, Alethea lo supo. No era un monstruo.

Era un guardián.
Un aliado.
Un llamado.
Un crujido de pasos sobre la piedra quebró el hechizo.

Sir Valoric, un joven guerrero Brindlemark, se adelantó con la espada desenvainada. Su armadura reflejaba la luz del crepúsculo como un espejismo, y su rostro era una máscara de tensión.

—¡No te acerques más! —advirtió, firme—. No queremos hacerte daño… pero lo haremos si es necesario.

Tharros giró la cabeza lentamente hacia él, sus ojos llameantes reflejando una mezcla de desdén y paciencia. No gruñó. No atacó. Solo lo miró como quien observa a un niño jugando con un arma que no comprende.

Y luego volvió a mirar a Alethea.

Ella sintió un tirón invisible en el pecho. Como si una fuerza más antigua que las montañas la arrastrara hacia él. El aire vibraba con una energía extraña, densa, como si el mismísimo destino estuviera por revelarse.
—Parece que ha venido por ti… —susurró Elara, su voz temblando entre el asombro y el terror.

Alethea dio un paso adelante, sus manos temblaban, pero sus ojos estaban fijos en Tharros. El calor que irradiaba el dragón era casi sofocante, pero no retrocedió. Cada paso la acercaba más a algo desconocido… y profundamente suyo.

Y entonces, lo escuchó.

Una voz, poderosa y profunda, resonó en su mente.

—Soy Tharros. El último de mi especie.
He venido a buscar a quien posea un corazón puro y valiente.

¿Eres tú esa persona?

Alethea tragó saliva. No entendía cómo era posible, pero esas palabras estaban dentro de su mente, retumbando como un eco que siempre había estado allí, esperando.

Antes de que pudiera responder, un nuevo sonido interrumpió la conexión: el rechinar de armaduras, el golpeteo de botas, y el grito de una orden.

Un grupo de soldados del rey irrumpió en la plaza, sus espadas desenvainadas y sus escudos alzados. El líder —un hombre alto, de rostro severo y una cicatriz profunda en la mejilla— se adelantó con voz atronadora.

—¡Alto! ¡No permitiremos que te lleves a nadie, bestia! —bramó—. Eres un monstruo… y esta noche, morirás.

El rugido de Tharros fue inmediato. No de miedo, ni siquiera de ira, sino de advertencia. Un rugido que hizo temblar las piedras del suelo

y que arrancó un gemido de los caballos que intentaban soltarse de sus amarres.

Alethea supo que debía actuar.

El caos estalló una vez más: soldados rodeando la plaza, aldeanos huyendo, gritos, confusión. Y entre todo eso, la voz de Tharros volvió a retumbar en su mente, esta vez más

—Me moveré. Prepárate.

Chapter 2

El viento cambió. El aire se volvió más denso, cargado. Y luego, con una firmeza feroz, Tharros alzó sus alas.

El batir de sus alas fue como una tormenta desatada: sacudió las casas, hizo volar carros, desestabilizó a los soldados que se cubrían tras sus escudos. Los aldeanos se agacharon, algunos rezando, otros simplemente esperando sobrevivir.

Y en medio de ese vendaval, Alethea saltó.

Torpe, impulsiva, valiente. Se aferró a las escamas calientes del lomo de Tharros, su cuerpo temblando por la mezcla de adrenalina y asombro. Nunca había sentido algo así. Bajo sus manos, la textura de las escamas era dura, pero viva, como si cada una palpitara con el fuego de un corazón inmenso.

El cielo se volvía cada vez más oscuro, pero el último resplandor del sol moribundo pintó su partida con tonos dorados, como una bendición del crepúsculo.

Tharros despegó.

Con un salto colosal, se elevó hacia el este, surcando el cielo con fuerza medida. Alethea, aferrada a su lomo, sintió cómo el mundo debajo de ella se convertía en un recuerdo. El aire golpeaba su rostro, su corazón latía como un tambor, y por primera vez en su vida… se sintió completa.

Tharros volaba con elegancia, pero también con reverencia. Porque él sabía —con cada fibra de su cuerpo, con cada escama ardiente— que el momento que había esperado durante siglos por fin había llegado.

Cuántas veces los hombres lo buscaron para matarlo. Cuántas veces soportó insultos, flechas, fuego... Solo para defenderse. Para sobrevivir.

Pero ese día, cuando cruzó la mirada con Alethea, lo supo.

Ella era distinta.

Y en su garganta, donde siempre se acumulaba el fuego de la furia, esta vez ardía algo distinto.

La dicha.

El vuelo fue largo, pero mágico

El aire era tan frío que dolía al respirar, pero Alethea no soltaba el lomo ardiente de Tharros. Las nubes se desgarraban a su paso, y el rugido del viento era un canto antiguo que parecía abrir portales en

el cielo. El horizonte se extendía sin fin, y la luna, pálida y distante, los seguía como un ojo vigilante.

Tharros volaba con una elegancia imposible para una criatura tan grande. Cada aleteo dejaba una estela de fuego tenue, un resplandor efímero que se desvanecía en la oscuridad. Abajo, los océanos se agitaban como bestias dormidas, reflejando el fulgor rojizo de sus escamas.

Alethea no sabía cuánto tiempo había pasado. El sueño y la vigilia se confundían en un mismo pulso, hasta que la voz de Tharros resonó en su mente, grave y pausada:

—Ya casi llegamos.

Un banco de niebla apareció frente a ellos, tan espeso que parecía sólido. La luz del amanecer apenas lograba filtrarse. Tharros descendió en espiral, y Alethea sintió cómo el aire cambiaba, volviéndose cálido, denso, casi perfumado.

Y entonces, lo vio.

Emergiendo entre la bruma, una isla se alzaba solitaria en medio del océano: un coloso de piedra y fuego apagado. Desde lejos parecía un volcán, una montaña humeante y muerta. Pero al cruzar el velo de nubes, la ilusión se quebró.

Lo que se escondía dentro era imposible.

Un valle oculto, verde y dorado, extendiéndose como un corazón vivo dentro del cráter. Los rayos del sol se filtraban por grietas en la roca, bañando los prados en una luz líquida. Flores que brillaban con destellos azulados cubrían las laderas; el aire olía a miel y fuego. Un río transparente serpenteaba entre los árboles, y en el centro, un lago espejeante reflejaba el cielo y… algo más: una fortaleza blanca, cubierta de enredaderas, silenciosa y majestuosa.

Alethea contuvo el aliento.

—Esto… esto no puede existir.

—Existe —respondió Tharros—. Y lo ha hecho desde antes que los hombres nombraran al fuego.

El dragón descendió con suavidad sobre un prado cubierto de flores. Su cuerpo vibró al tocar la tierra, y el calor que emanaba hizo que la hierba se ondulara como si respirara.
}
Alethea bajó lentamente, los pies descalzos hundiéndose en la hierba tibia. Cada hoja parecía brillar bajo sus pasos.
Tharros plegó las alas con un sonido profundo, casi un suspiro. Se recostó, enorme y tranquilo, su respiración un rumor de brasas.

—Ven —dijo.

Alethea se acercó sin miedo. Se sentó junto a su costado, sintiendo el calor irradiar como un fuego amable. Tharros giró la cabeza hacia ella; sus ojos, dos soles antiguos, parecían contener siglos enteros.

—Lo que voy a decirte, Alethea, no está escrito en ningún libro —comenzó—. Solo los antiguos lo recordamos, y ahora… solo yo.

Ella guardó silencio.

—Hubo un tiempo —prosiguió el dragón— en que los dragones caminábamos por el mundo sin escondernos. Éramos cinco clanes.

Thalassor Los guardianes del mar, las profundidades, domaban las corrientes y hablaban con las mareas.

Zephyrion Los guardianes del Cielo, que tejían los vientos y podían desaparecer en las tormentas.

Infernox Los guardianes de Fuego, mis hermanos más impetuosos, que danzaban sobre volcanes y creaban vida en las cenizas.

Mysticor Los guardianes de la Magia, los más sabios, capaces de volverse invisibles incluso para los dioses.

Y finalmente, los Eternos… los míos.

Los que llevábamos en nuestra sangre todas las llamas, todos los dones.

Alethea lo escuchaba con el corazón acelerado.

—¿Y tú… eres el último de los Eternos? —preguntó en un susurro.
—Sí. El último de mi linaje. Los otros se extinguieron hace siglos. Y tú, Alethea… tú eres la razón por la que aún respiro.

Ella lo miró sin entender.

—Desde el día en que naciste —dijo Tharros—, una llama desconocida se encendió dentro de mí. Una llama que no conocía ni siquiera en los días antiguos. Sentí cómo mis alas se agitaban solas, llevándome a tu aldea. Me oculté en las sombras, observé tu nacimiento… y cuando tus ojos se abrieron por primera vez, supe la verdad.

—¿Qué verdad? —susurró ella, casi temiendo la respuesta.

—Que eras tú —su voz retumbó como un trueno suave— . La que había de continuar lo que mi especie no pudo. La que aún porta en la sangre el eco de mi fuego.

Alethea dio un paso atrás, confundida, con los ojos brillando por el desconcierto.

—Eso… es imposible.

Tharros la observó con ternura.

—No, pequeña llama. Es tu destino. En tus venas corre el fuego antiguo, aunque aún no lo sientas.

El viento sopló entre ellos, levantando pétalos incandescentes.

—¿Por eso me llevaste contigo? —preguntó ella, con voz —Sí. Porque los clanes se apagan. Porque si tú no aprendes a despertar tu fuego, mi especie morirá conmigo.

Tharros guardó silencio unos segundos. Luego, su voz se tornó más baja, casi un murmullo de confesión:
—Pero no te traje solo por eso.

Alethea lo miró, expectante.
—Hay algo más. Una habilidad que ninguno de los otros clanes conoció. Un don prohibido.
El aire vibró. El fuego en los ojos de Tharros pareció intensificarse.

—¿Cuál? —preguntó Alethea.
El dragón bajó lentamente la cabeza, hasta quedar frente a ella. Su voz fue un susurro de trueno:
—Puedo convertirme en humano.

Chapter 3

Alethea retrocedió, incrédula.

—¿Un dragón… humano?

—El único. Los del mar pueden volverse criaturas del océano. Los del cielo, águilas.

Los de fuego, bestias terrenales. Los de magia, sombras. Pero yo… yo llevo en mí la chispa de todos. Mi forma puede adoptar la tuya. Es mi don… y mi condena.

Las llamas del entorno titilaron, reflejándose en sus ojos verdes.

Tharros continuó:

—Tu madre también tenía ese don. Por eso pudo vivir entre los hombres. Pero nunca regresó a su forma original, y su cuerpo mortal la consumió.

Alethea sintió un nudo en la garganta.

—¿Mi madre?

—Si, Era una de los míos —respondió el dragón con voz grave—. Una Eterna. Vivió entre los hombres, amó como humana… y murió como tal, porque su cuerpo no pudo resistir tanto tiempo lejos de su verdadera forma. Tu padre nunca lo supo.

Nadie lo supo.

Alethea dio un paso atrás, confundida, con los ojos brillando por el desconcierto.

—Eso… es imposible, y entonces… ¿moriré como ella?
El dragón la observó con algo que parecía tristeza.

—No si aprendes a aceptar lo que eres. No si despiertas tu fuego. Yo te traje aquí para enseñarte. No para que sufras el mismo destino… sino para evitarlo.

El silencio cayó sobre el valle. Solo se oía el murmullo del agua y el respirar pausado de Tharros.

Alethea se sentó a su lado, apoyando una mano sobre una de sus escamas calientes.

—Entonces enséñame —susurró—.

Tharros cerró los ojos. Un resplandor tenue comenzó a emanar de su pecho, extendiéndose como un amanecer lento.

—Descansa, pequeña llama. Mañana, el fuego despertará en ti.

El dragón bajó las alas y se recostó junto a ella, como un guardián antiguo velando un nuevo sol.

Y mientras el cielo se oscurecía sobre la isla escondida, Alethea comprendió que nada volvería a ser igual.

El amanecer llegó silencioso, deslizándose entre la neblina que cubría el valle oculto.

Alethea despertó al sentir el roce del viento tibio sobre su piel. El aire estaba impregnado de un aroma dulce, mezcla de hierbas húmedas, ceniza y vida. A su alrededor, los prados parecían infinitos, salpicados de flores extrañas que brillaban con luz propia, como si en cada pétalo durmiera una chispa del sol.

A lo lejos, Tharros descansaba, su cuerpo imponente recostado sobre la hierba.
Dormía con la calma de los antiguos, su respiración profunda marcando el pulso del mundo.

Las escamas rojizas reflejaban el amanecer con destellos dorados, y cada movimiento suyo hacía vibrar la tierra. Alethea lo observó en

silencio, sintiendo cómo su corazón se llenaba de una mezcla de respeto, ternura y algo que no se atrevía a nombrar.

Pero algo distinto flotaba en el aire.

Una energía densa, palpitante, como si el valle entero contuviera la respiración.
El dragón abrió los ojos.

Dos orbes dorados se encendieron en su rostro y la miraron con intensidad. La joven retrocedió un paso, pero antes de que pudiera hablar, el aire se estremeció. Un murmullo profundo, casi como un canto antiguo, comenzó a brotar desde el pecho de Tharros.

La luz del sol pareció concentrarse sobre él.

El suelo tembló.

Un fuego azul comenzó a rodearlo, girando en espirales que lo envolvieron por completo.
Alethea sintió el calor rozarle la piel y el viento empujarle el cabello hacia atrás.

—¡Tharros! —gritó, intentando acercarse.

Pero el resplandor era insoportable. Y entonces, todo cambió.

El rugido cesó.
El fuego se extinguió.
Y en el lugar donde antes yacía el dragón, había ahora un hombre.

Tharros.

Alethea quedó inmóvil. No sabía si respirar o correr, si gritar o llorar. Era alto, de hombros anchos y torso firme, su piel morena reflejaba la luz con un brillo cálido, como si aún conservara brasas bajo ella. Su cabello, corto y oscuro, caía ligeramente sobre la frente, y su barba —densa pero cuidadosamente formada— le daba un aire salvaje y majestuoso.

Su presencia imponía, pero no solo por su fuerza: había en él algo que la atraía con una intensidad casi dolorosa. Sus ojos dorados, los mismos del dragón, parecían contener siglos de fuego y sabiduría.

Alethea sintió que el aire se le escapaba.

Era como si la tierra misma hubiera decidido darle forma humana a la perfección.

—No temas —dijo él, su voz grave resonando con calma—. Soy yo.
Ella apenas pudo hablar.

—Eres… humano.
Tharros sonrió, un gesto leve que revelaba una seguridad antigua.

—Puedo serlo. No todos los dragones poseían este don. Es la herencia de mi estirpe… y también su condena.

Su mirada se posó en ella con dulzura.

—Debo enseñarte a usar el fuego que duerme en ti. Pero antes… —hizo una pausa, y su expresión se volvió seria—, debes aprender a dominar tu cuerpo.
Alethea frunció el ceño, confundida. —¿Mi cuerpo?

—Sí. —Tharros dio un paso hacia ella, y cada movimiento suyo tenía la firmeza de un guerrero que conoce su fuerza—. La llama que llevas dentro no se controla solo con el alma. Se forja con la voluntad, y la voluntad nace en la carne.

Extendió la mano, y del aire surgió un destello. Una

De hoja plateada, ligera, grabada con símbolos que parecían respirar.

—Tómala.

Alethea la sostuvo con ambas manos. Era más liviana de lo que imaginó, pero al mismo tiempo sentía su poder vibrar, como si la hoja reconociera su tacto.

—No te enseñaré a matar —dijo él con voz grave—. Te enseñaré a defender, a mantenerte firme cuando el fuego quiera consumirte.
Y así comenzó el entrenamiento.

Tharros se movía con una gracia salvaje. Su cuerpo parecía tallado para el combate: los músculos tensos bajo la piel, los gestos precisos, sin esfuerzo.

Alethea lo seguía torpemente al principio, tropezando, perdiendo el equilibrio, pero él la guiaba con paciencia. Cada vez que erraba un movimiento, Tharros se acercaba, tomaba su brazo con firmeza, corrigiendo la posición. Su tacto era cálido, casi quemante.

—El filo no está en la espada, sino en tu respiración —le decía—. Si tu mente tiembla, tu defensa caerá.

Durante horas, la hizo repetir los mismos movimientos.
Paso, giro, bloqueo.

El sonido metálico del acero cortando el aire se mezclaba con el canto de las aves y el murmullo del viento.

Cuando sus brazos comenzaron a doler, Tharros detuvo el ejercicio.

—Basta por hoy. —Le sonrió con un orgullo discreto—. Tu cuerpo empieza a escuchar. Ahora debe hacerlo tu fuego.

La llevó hasta una pequeña colina cubierta de hierba ardiente —no fuego real, sino una especie de resplandor dorado que emanaba del suelo. Allí se sentaron, frente a frente.

—Cierra los ojos —dijo él suavemente—. Respira profundo.

—¿Así? —preguntó ella, insegura.

—Más lento. —Tharros se inclinó hacia ella, tan cerca que pudo sentir su aliento cálido rozarle el rostro—. Inhala… siente el aire recorrer tu pecho. No pienses en el aire. Piensa en el calor que deja.
Alethea obedeció. Respiró.

Por un momento, el mundo desapareció.

Sintió el latido de su corazón, el movimiento de su sangre, y una chispa en su interior, pequeña pero viva.

—Eso es —susurró Tharros—. Ahí comienza tu fuego.

El viento sopló alrededor de ellos. La temperatura pareció subir, y Alethea sintió una vibración recorrerle los brazos. Abrió los ojos: su piel brillaba débilmente, como si la luz respirara bajo ella.

Tharros la miró con satisfacción.

—Tu cuerpo empieza a recordarlo. Mañana aprenderás a dejarlo hablar.

Ella lo observó un instante, maravillada. Su figura contra la luz del atardecer parecía casi irreal: el guerrero perfecto, mitad hombre, mitad llama.

El sudor brillaba sobre su piel, marcando las líneas de su fuerza. Había algo en su forma de estar de pie, firme, inquebrantable, que la hacía sentir a salvo… y al mismo tiempo, peligrosamente viva.

—Eres… —susurró sin darse cuenta— imposible de describir.
Tharros alzó una ceja, divertido. —¿Eso es bueno o malo?
Alethea sonrió, bajando la mirada.

—Depende… de cuánto dure el hechizo.

Él rio, un sonido profundo que parecía venir del fuego mismo.

—No hay hechizo, Alethea. Solo verdad.

Chapter 4

La tarde cayó lentamente.
Entrenaron un poco más: respiraciones, posturas, movimientos lentos, sincronizados con el ritmo del fuego interno. Cada vez que ella exhalaba, una brisa cálida la envolvía. Cada vez que inhalaba, la luz del valle parecía brillar más fuerte.

Cuando el sol se ocultó del todo, Tharros guardó la espada y la miró con seriedad.

—Has dado el primer paso. Tu cuerpo y tu fuego comienzan a reconocerse. Mañana, aprenderás a unirlos.

Alethea asintió, agotada pero emocionada.

Y mientras se alejaban del claro, ella no podía dejar de mirarlo
La forma en que caminaba, la seguridad en cada gesto, el fuego dorado reflejándose en su piel.

Nunca había visto algo tan humano… ni tan divino.
Esa noche, antes de dormir, recordó sus palabras:
"El filo no está en la espada, sino en la respiración."

Y al cerrar los ojos, el fuego en su pecho volvió a despertar.
Silencioso.

Fuerte. Vivo.

La noche se posaba sobre la isla con un silencio casi sagrado.
La brisa olía a tierra húmeda y flores que respiraban fuego bajo la luna.
Alethea estaba sentada con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, concentrada en sentir la chispa que Tharros le había enseñado a buscar: aquella llama dormida dentro de su pecho.

El aire tibio acariciaba su piel.

Cada vez que inhalaba, el mundo parecía expandirse.
Cada vez que exhalaba, el fuego en su interior respondía, leve, como una bestia recién nacida.

En ese instante, no había miedo, ni confusión, ni pasado.

Solo el latido sereno del fuego interior. Un crujido de hojas la sacó de su concentración. Abrió los ojos. Y Tharros estaba allí.

Había tomado su forma humana otra vez, y la luna le bañaba el cuerpo como si lo esculpiera.

El cabello corto y oscuro le caía con rebeldía sobre la frente; la barba delineada enmarcaba un rostro varonil, de líneas fuertes y mirada intensa.

El torso amplio, firme, parecía hecho de roca viva; sus brazos, surcados por cicatrices antiguas, hablaban de guerras que ningún humano podría imaginar.

Pero lo que más llamaba la atención era su presencia: un equilibrio imposible entre poder y serenidad, como si en él habitara tanto el fuego como el cielo. No podía dejar de mirarlo y cada que tomaba su forma humana detallar una a una sus facciones y cada vez encontrando una nueva sensación en ella que jamás había sentido por otro hombre.

Se sentó frente a ella, con los codos apoyados sobre las rodillas y los ojos fijos en los suyos.

—Ciérralos otra vez —dijo en voz baja, casi un murmullo grave—. Siente. No pienses.
El fuego no se busca, Alethea. El fuego escucha.

Ella obedeció.

Sus respiraciones se sincronizaron, lentas, profundas.

El aire entre ambos parecía vibrar con una energía cálida. Cuando exhalaban al unísono, el suelo bajo ellos brillaba apenas, como si la hierba misma respondiera a la conexión.

Durante unos minutos, no hubo palabras.

Solo la música del viento y el rumor distante del agua.

Entonces, Tharros abrió los ojos y la observó. Había un brillo diferente en ella: un reflejo dorado que danzaba en sus pupilas.

Sonrió, satisfecho, y esa sonrisa bastó para hacerle olvidar el frío del mundo.

—No fue tan difícil, ¿verdad? —dijo él con una media sonrisa.
Alethea soltó una risa suave.
—No, pero me hiciste pensar que me iba a quemar viva.
Él rio también. Una risa grave, hermosa, que parecía temblar en el aire.
—El fuego no quema a quien lo acepta. Solo destruye cuando se le teme.
Pasaron un rato más entre risas y miradas que decían más que las palabras.

Hasta que Tharros se puso de pie, ofreciéndole su mano. —Ven. Tengo algo mejor que meditar.

La condujo por un sendero flanqueado por plantas luminiscentes.

El suelo parecía arder bajo sus pies, pero no dolía: era como caminar sobre calor vivo, como si la tierra los reconociera.

Al llegar al claro, Alethea se sorprendió.

Bajo una higuera gigante, Tharros había improvisado una mesa con troncos y hojas.
Encima, había frutas doradas, bayas púrpuras, y una jarra de cristal translúcido que destilaba un aroma a miel y fuego.

—¿Hiciste esto tú? —preguntó ella con los ojos brillantes.
—Digamos que la isla coopera cuando le pides con respeto.
Se sentaron.

El fuego de una antorcha bailaba entre ellos, reflejándose en sus rostros.
Alethea probó una fruta. Era dulce… hasta que un calor repentino le recorrió la garganta.

—¡Por todos los dioses, pica! —rio, tosiendo un poco.
Tharros rio también, inclinando la cabeza hacia atrás, dejando ver la fuerza en su cuello y el brillo salvaje en sus ojos.
—Te advertí que el fuego vive incluso en lo que parece dulce.

Las risas se convirtieron en historias.

Ella habló de su aldea, de su padre el herrero, de cómo soñaba con ver el mar, de las noches junto al fuego, de su curiosidad infinita y su deseo de entender lo que nadie podía explicar.

Él le habló de las nubes que alguna vez fueron sus hermanas, de los cantos de los dragones que llenaban los cielos, de un mundo que había dejado de existir.
Había una complicidad nueva entre ellos, una conexión que no necesitaba palabras.
Cuando la luna comenzó a ocultarse, Tharros guardó

Un silencio diferente. Más profundo.

Alethea lo miró largamente, con los ojos llenos de curiosidad y compasión.

—Tharros… —susurró—. Dijiste que eras el último de tu especie. ¿Por qué? ¿Qué les pasó?

El hombre se quedó quieto.
Su sonrisa se desvaneció.
Por un momento, pareció que el aire se espesaba a su alrededor.
Bajó la mirada, apoyando los codos sobre las rodillas.

Sus manos —fuertes, curtidas, perfectas— se entrelazaron con rigidez.

Alethea notó que contenía algo. Algo que lo quemaba por dentro.

—No tienes que decirlo si no quieres —murmuró.
Pero entonces, sin pensarlo, extendió su mano y tocó la de él. Su piel era cálida, como si aún guardara el fuego de un sol extinguido.

Tharros levantó la mirada.
Y fue suficiente.
El muro se quebró.

—No quedó nadie… —dijo con voz baja, rasposa—.
El fuego de la antorcha se estremeció.

Él respiró hondo, y la historia comenzó a brotar como un río contenido demasiado tiempo.
—Éramos cinco clanes. Cada uno con su don, su reino. Pero el nuestro, los Eternos, era distinto. Éramos fuego y viento, agua y magia, todo en uno. Los otros nos llamaban blasfemia.

Infernox, el clan del fuego, siempre nos miró con odio. Envidiaban que pudiéramos respirar bajo el mar, volar sobre las tormentas, sospechaban que teníamos un secreto, pero nadie supo, ni saben lo de nuestra habilidad de transformación a humanos, creen que solo lo hacemos al igual que ellos.

Hizo una pausa.

El brillo en sus ojos cambió. No era furia. Era dolor antiguo.

—Los Infernox se aliaron con los Vördrung, vikingos del sur. Guerreros brutales, que cazaban criaturas míticas por codicia. Les enseñaron cómo cruzar nuestros vientos, cómo pasar desapercibidos ante nuestros sentidos. Les revelaron nuestras debilidades.
Alethea escuchaba sin respirar.

—Al principio, no lo notamos. Los Vördrung entraban en silencio, como sombras. Envenenaron el agua, los frutos, la hierba. El veneno no tenía olor, ni sabor… solo tiempo. Lentamente, empezó a robarnos la fuerza. Las alas se volvían pesadas. El fuego, frío. Nuestros rugidos, débiles.

Su voz tembló apenas.
—Una noche, cuando la luna era roja, los Vördrung regresaron. No con lanzas… sino con cuchillos y cadenas. Y nosotros no podíamos alzar vuelo. Nos degollaron como ganado. Cortaron alas, arrancaron corazones… —cerró los ojos con fuerza—. Yo no estaba allí.
—¿Dónde estabas? —preguntó ella, con voz rota.

—Volando con mi madre. Buscábamos a los Mysticor, el clan de la magia, para pedir ayuda. Habíamos sentido algo oscuro acercarse. Pero cuando regresamos… —traga saliva—, ya no quedaba nada. hizo una pausa, tragando las lágrimas que no sabía si merecía derramar—, todo el valle era oro. No por el sol… sino por la sangre. La sangre de los míos.

El aire olía a hierro y fuego muerto. No había cantos, ni viento, ni vida. Solo silencio
El valle entero era oro. Oro teñido por la sangre de los míos . Los cuerpos yacían mutilados. Y sobre todo… el silencio.

Ese maldito silencio.

Las lágrimas le ardían en los ojos, pero no cayeron. Alethea no podía hablar. Solo escuchaba el sonido de su respiración entrecortada, la furia contenida, la tristeza infinita.

—Los Vördrung creyeron que nuestra sangre podía darles poder. La bebieron. Pero el fuego no pertenece a los hombres.

Sus órganos ardieron. Vomitaron sangre. Gritaba pidiendo perdón a dioses que no los oían. —Hizo una pausa, respirando con dificultad —. Y aún los escucho cuando el viento sopla del sur.

Tharros bajó la cabeza, sus manos temblaban.

—Mi madre sobrevivió. Pero su alma no. Vivió solo por mí, por proteger lo que quedaba del fuego. Me escondió, me enseñó a resistir. Pero cuando tú naciste… cuando sintió tu luz —la miró con una ternura que dolía—, supo que su guardia había terminado.
Te llamó su amanecer. Dijo que eras la llama que debía nacer. Y solo entonces, cerró los ojos… y se dejó ir... Y entonces… se desvaneció.

El silencio que siguió fue insoportable.

Alethea se inclinó hacia él y lo abrazó.

Sintió la fuerza de su cuerpo, el temblor en su respiración. Él al principio no respondió, pero luego la rodeó con sus brazos, como quien protege lo más sagrado.

Sus pechos se tocaron, su respiración se mezcló, y entre el fuego, la tristeza y la ternura, el mundo se detuvo.

El amanecer llegó lentamente, tiñendo el cielo de oro y
Tharros levantó la vista, con ella aún en sus brazos.

—Mira —susurró, con voz rota pero viva—. Cada amanecer me recuerda que el fuego siempre vuelve a nacer.

Y tú, Alethea… tú eres ese fuego.

Ella lo miró, con los ojos anegados en lágrimas.

Y por un instante, el dragón y la humana se vieron no como maestro y aprendiz, sino como dos almas solitarias que, después de siglos,

habían encontrado refugio la una en la otra.

Chapter 5

El amanecer los encontró juntos.

El aire era fresco, perfumado por el rocío y el aroma dulce de las flores que despertaban con la primera luz. Sobre el valle, una neblina dorada danzaba con el viento, y cada respiro parecía contener la promesa de algo nuevo.
Alethea abrió los ojos y lo vio allí, frente al lago, de pie y con la mirada fija en el horizonte. Tharros, en su forma humana, parecía hecho de fuerza y calma. Su piel, ligeramente bronceada por el sol, brillaba con un resplandor cálido; su cabello corto y oscuro acentuaba la firmeza de su mandíbula, y la barba le daba un aire indomable, viril, imposible de ignorar.
No vestía con ostentación: un pantalón de lino oscuro y una túnica abierta al pecho, dejando ver los músculos marcados y el tatuaje antiguo que recorría su hombro derecho, una espiral que parecía moverse suavemente con cada respiración.
Cuando la miró, sus ojos dorados reflejaron la aurora.
—Despiertas temprano, pequeña llama —dijo con una sonrisa apenas dibujada. Su voz, grave y cálida, sonaba como un abrazo en forma de sonido.
—No podía dormir —respondió ella, acercándose—. El fuego… no me deja tranquila.
Él asintió, y sin apartar la vista de ella, murmuró:
—Entonces es hora de escucharlo.
Caminaron juntos hacia el claro donde la hierba brillaba como esmeraldas. Tharros se arrodilló frente a ella, marcando el suelo con una línea de ceniza que tomó de una pequeña vasija. El gesto era solemne, pero su presencia irradiaba paz.
—Hoy aprenderás a sentirlo, no a dominarlo —le explicó—. El fuego no obedece… se comprende.
Sus palabras eran suaves, pero había algo en su tono que hacía temblar el aire.
Alethea respiró hondo. El corazón le latía con fuerza, no solo por lo que estaba a punto de intentar, sino porque su cercanía la desarmaba. Tharros se colocó detrás de ella, tan cerca que pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

Cierra los ojos —susurró—. Escucha tu respiración… el sonido del mundo dentro de ti.
Su voz era un hilo que la guiaba.
El viento soplaba suave, las hojas susurraban, y en medio de esa quietud, Alethea sintió los dedos de Tharros rozar sus hombros, corrigiendo la postura con delicadeza.
—Así… —murmuró él—. Deja que el aire entre por tu nariz… que se quede en tu pecho… siente cómo despierta.
El calor empezó a crecer. Primero fue una brasa diminuta en su abdomen, luego un temblor que subió hasta el pecho.
Alethea exhaló lentamente. El aire salió de sus labios como un suspiro de vapor.
Durante días había practicado los ejercicios que él le enseñó: controlar el ritmo, sentir el pulso del calor bajo su piel, reconocer el centro exacto donde la llama dormía…
Ahora, por fin, había llegado el momento de despertar esa chispa.
El sol apenas asomaba detrás de las montañas cuando Tharros la guio hacia un círculo de piedras negras, pulidas por el tiempo.
Aquí nació el primer fuego —le dijo, con esa voz profunda que parecía arrastrar memorias antiguas—. Aquí aprenderás a escucharlo.
Alethea asintió, con los pies descalzos hundidos en la tierra fría.
Tharros extendió su mano, y una diminuta flama danzó sobre la punta de su dedo.
—No pienses en controlarlo. Siente el calor, deja que él te reconozca.
Ella cerró los ojos, concentrando su respiración. Al principio, no sentía más que un cosquilleo en el pecho, un calor tenue que apenas se atrevía a moverse. Tharros caminaba a su alrededor en silencio, observando cada gesto, cada temblor de sus manos.
—No luches contra el fuego, Alethea —susurró cerca de su oído—. Solo invítalo a salir.
Y lo intentó. Día tras día.
El primero fue de frustración: solo aire caliente escapó de sus dedos.
El segundo, un leve resplandor rojizo recorrió la palma de su mano.

El tercero, una chispa apareció… fugaz, pero real.
Tharros sonrió, aquella sonrisa que encendía algo dentro de ella más poderoso que el fuego.
Ahí está —dijo con orgullo—. Tu alma empieza a despertar.
El entrenamiento se volvió su mundo. Desde el amanecer hasta el ocaso, su respiración se volvió un canto constante, su cuerpo una ofrenda al calor que la habitaba.
En una de esas mañanas, mientras el sol rompía las nubes, Alethea extendió la mano derecha, concentró la energía y una delgada línea de fuego se deslizó entre sus dedos. Era débil, pero viva.
El viento la movía, y ella, con el pulso firme, la sostuvo.
—Siente el peso de la llama —le indicó Tharros, acercándose—. No es liviana, es vida.
Su voz era tan cercana que el calor de su pecho rozó su espalda.
Tharros la tomó por los hombros, su tacto firme y protector.
—Respira… —le susurró—. No te esfuerces en dominarlo, deja que él te conozca.
Pasaron los días.
Ya no eran solo maestro y aprendiz. Entre ellos crecía una complicidad silenciosa, risas al caer la noche, miradas que duraban más de lo necesario. Tharros le preparaba bebidas dulces con bayas y raíces del bosque,

y ella lo escuchaba hablar de los antiguos dragones, de los secretos del fuego y de los cielos que había cruzado.
Al sexto día, Alethea logró formar una esfera de fuego entre sus manos. Era pequeña, del tamaño de una manzana, pero brillaba con un resplandor tan puro que iluminó sus ojos con un reflejo dorado.
—Increíble… —murmuró ella, fascinada.
—Tu fuego es distinto —dijo Tharros, admirándola—. Es más cálido… más vivo.
La esfera se elevó unos centímetros antes de desvanecerse entre el aire. Alethea rio, sin poder contener la emoción. Él también sonrió, observándola con una mezcla de ternura y orgullo.

—Ahora entiendes lo que llevas dentro —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho—. Pero aún no conoces su verdadera voz.
—¿Cuál es esa? —preguntó ella.
—La del fuego que respiras. El que no se enciende en tus manos… sino en tu alma.
El séptimo día comenzó antes del amanecer. El cielo era un lienzo azul oscuro, apenas rasgado por las primeras luces. Tharros trazó un nuevo círculo en la tierra y se sentó frente a ella.
—Hoy aprenderás a dejarlo salir —anunció—. Pero esta vez, no por tus manos.
Alethea lo miró, expectante.
—¿Por dónde, entonces?
Él sonrió, apenas inclinado hacia ella.
—Por donde nace la vida… y donde nace el fuego: desde dentro de ti.
Se arrodilló a su lado y colocó una mano sobre su abdomen.
—El fuego no se crea. Despierta aquí —dijo, presionando con suavidad—.
Luego sube al pecho…
Su mano ascendió lentamente hasta su esternón. —Y cuando lo dejas salir… —su pulgar rozó sus labios con una reverencia silenciosa —
...nace el fuego del alma.
Alethea cerró los ojos. El aire a su alrededor empezó a vibrar. Sintió la energía moverse en su vientre, un torbellino que ascendía. La respiración se volvió más pesada, el calor más intenso. Tharros retrocedió un paso, observando.
Su piel se encendía con un brillo suave, como si la sangre misma ardiera.
Ella tomó aire… y lo exhaló.
Una pequeña línea de fuego escapó de su boca. Tan frágil como el primer hilo de luz en el amanecer.
Tharros exhaló con ella, maravillado.
—Eso fue… perfecto.
Pero Alethea quería más.

Volvió a inhalar, sintiendo el calor trepar desde el estómago. Esta vez era más fuerte, más violento. Su pecho ardía.
El aire dentro de ella se volvió fuego antes de salir.
Y entonces, la luz la envolvió.
Su cabello ondeó, su piel brilló como bronce líquido, y el calor se volvió insoportable. El fuego creció, rugiendo en su interior.
—¡Alethea! —gritó Tharros, acercándose— ¡Detente!
Ella intentó contenerlo, pero ya era tarde. El fuego la dominaba, el aire se volvió ceniza, el suelo vibró bajo sus pies.
El brillo que la rodeaba se tornó blanco, y el calor hizo que el aire silbara entre las piedras.
Su último pensamiento antes de caer fue el sonido de su nombre en la voz de él, ronca y desesperada.
Luego, oscuridad.
Tharros la sostuvo antes de que tocara el suelo, acunándola entre sus brazos.
Su respiración era débil, su cuerpo aún caliente como una brasa viva.
Él la miró, con una mezcla de temor y asombro.
—Mi fuego… —susurró Alethea, con un hilo de voz quebrado—. La has despertado…
El resplandor de su piel se volvió insoportable.
El aire ardía. La hierba se encendía a su alrededor, marchitándose con un crujido seco.
Tharros la sostuvo entre sus brazos, y por un instante creyó que el calor la consumía desde dentro. Su respiración era rápida, entrecortada; sus labios, resecos; su cuerpo temblaba con violencia.
—Alethea… mírame —pidió, con una voz que se quebró como vidrio.
Pero ella no respondía.
El fuego la estaba devorando desde dentro.
El rugido del dragón resonó con una fuerza que hizo vibrar la montaña.
La tomó con fuerza, levantándola del suelo. Su piel ardía, pero él no la soltó.
Cada paso era una promesa, una oración muda, una súplica al universo.

Tharros apoyó su frente contra la de ella, desesperado, sintiendo cómo la fiebre la consumía.
—No… no me hagas esto, pequeña llama… —murmuró, su voz rota entre el rugido del viento—. No ahora que al fin te encontré.
La tomó entre sus brazos con una ternura salvaje, y el fuego no lo quemó: lo envolvió.
Sus pasos fueron rápidos, casi bestiales, hasta el borde del lago sagrado, cuyas aguas brillaban como plata líquida bajo la luna. El reflejo de los dos temblaba en la superficie, un hombre arrodillado con una mujer entre sus brazos, como una plegaria viva.
—¡Ancestros! —rugió al cielo, con una voz que estremeció las montañas— ¡Escúchenme!
Sus ojos dorados ardían con lágrimas que no caían, evaporadas por el calor.
—¡No se la lleven! ¡Les ruego que no me la arrebaten!
El lago empezó a brillar, un resplandor azulado que parecía responderle.
Tharros se adentró en el agua con ella en brazos, sosteniéndola con fuerza mientras el vapor se elevaba en nubes espesas.
—Si quieren algo, llévense mi fuego, mi poder, mi alma… pero no a ella —dijo con un temblor en la voz— . ¡Sin ella no sabría seguir vivo!
El aire cambió.
Un silencio profundo envolvió el lago, como si el mundo contuviera el aliento.
Las aguas se agitaron, moviéndose con un resplandor sobrenatural.
Entonces, el cuerpo de Alethea comenzó a disolverse.
Primero su piel, que se volvió luminosa como el oro líquido; luego, sus cabellos, que flotaron en el aire y se convirtieron en hilos de luz.
Tharros apretó los dientes, aferrándose a ella, pero la vio desvanecerse entre sus dedos, como si el viento la reclamara.
Tharros gritó.
Un rugido que partió el aire, una súplica de dragón y hombre, de bestia y amante.
El sonido del dolor puro.
Cayó de rodillas dentro del lago, el agua hirviendo bajo su cuerpo.

—¡No! —gritó al firmamento—. ¡No se la lleven, malditos dioses, no!
Sus manos temblaban, intentando atrapar el polvo de estrellas que aún caía.
Pero la luz se le escapaba, resbalando como lágrimas entre sus dedos.
Y entonces, el cielo se abrió.
El polvo dorado no se desvaneció.
Comenzó a unirse, a girar, a ascender en espirales majestuosas.
Las nubes se tiñeron de fuego, y un rugido antiguo, profundo, vibró en el aire.
Tharros alzó la mirada, con el corazón al borde del abismo.
En medio del resplandor, una forma comenzó a tomar cuerpo.
Alas.
Una cola.
Garras de luz.
Un dragón dorado emergiendo del cielo mismo.
Alethea.
Su fuego. Su alma. Su todo.
Tharros comprendió, sin palabras, lo imposible: el fuego la había reclamado, pero no para destruirla.
La había despertado.
El rugido que salió de su pecho no fue de dolor, sino de amor puro.
Su cuerpo ardió en llamas rojas y doradas. Su piel se quebró en escamas, su espalda se abrió en alas. En segundos, el dragón dorado se alzó, siguiendo el rastro luminoso del nuevo ser que ascendía entre constelaciones.
La alcanzó.
Sus alas se rozaron, y el contacto creó una tormenta de fuego y luz que iluminó toda la isla.
Por un instante, el universo fue solo ellos dos: fuego y aire, noche y aurora, dolor y resurrección.
Y entonces, el milagro se deshizo con suavidad.
El cuerpo de Alethea comenzó a descender lentamente, aún envuelto en una neblina dorada.
Sus pies tocaron el prado, y la colocó con delicadeza sobre la hierba, como si fuera un tesoro que temía romper con solo mirarlo.

El amanecer llegó sin ruido.
La primera luz acarició su rostro, y él la observó durante horas, sentado a su lado, sin moverse, solo escuchando su respiración débil pero constante.
Cuando al fin abrió los ojos, Alethea lo vio sonreír.
Estaba recostada sobre el lomo del dragón, su piel aún tibia, su cuerpo débil pero lleno de una nueva energía.
—¿Dónde… dónde estamos? —susurró, su voz suave y confundida.
Tharros giró el rostro hacia ella, su mirada encendida como un amanecer.
—Vamos al castillo —respondió con serenidad—. Debes descansar… y ese lugar es digno de ti.
Ella parpadeó, tratando de asimilarlo.
—¿Tuyo?
Él asintió, mirando hacia la cima de la montaña, donde entre la neblina se alzaba una silueta oscura y majestuosa: torres antiguas, muros cubiertos de hiedra, un castillo dormido por siglos.
—El mío —dijo con una voz baja y reverente—.
Y por primera vez desde que mi madre se fue… volveré a entrar.

Chapter 6

El horizonte era una sinfonía de fuego y nubes doradas. El amanecer pintaba el cielo con tonos carmesí y ámbar mientras Tharros volaba alto, cortando el aire con un poder majestuoso. Bajo sus alas, el mundo parecía dormido: un océano sin fin donde las olas reflejaban el resplandor del sol naciente como espejos líquidos.

Alethea descansaba sobre su lomo, envuelta en el viento tibio que desprendían sus escamas. Su respiración seguía débil, pero constante, y cada vez que el dragón giraba la cabeza para verla, su corazón se apretaba con ternura y miedo.

—Ya casi, pequeña llama… —murmuró, su voz profunda resonando entre los truenos lejanos—. El castillo nos espera.

El aire era tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Entonces, el silbido cortó el silencio.

Una flecha pasó rozando una de sus alas.

Luego, otra. Y otra más.

El rugido del dragón retumbó en el cielo cuando decenas de proyectiles emergieron desde los barcos que navegaban abajo, en formación cerrada, como una mancha oscura sobre el mar.

Eran los Várangr del Sur, los vikingos malditos del fuego traidor, los mismos que siglos atrás habían masacrado a su clan. Sus velas negras llevaban el emblema del lobo devorando un sol ardiente.

—No… —gruñó Tharros, el fuego encendiéndosele en los ojos—. No otra vez.

Las flechas silbaban como enjambres de avispones. Algunas tenían fuego; otras, puntas bañadas en un veneno oscuro que chispeaba con humo verde al contacto con el aire. Tharros batió las alas, haciendo un giro brutal para esquivar una ráfaga.

El aire rugió.

El mar se agitó con su paso.

—¡Alethea! —bramó cuando una flecha se incrustó cerca de su cuello.
Ella se despertó sobresaltada, intentando incorporarse.
El siguiente impacto fue más fuerte.
Una flecha de fuego golpeó una de sus escamas laterales, lanzando chispas al viento. Tharros giró en picada para esquivar un segundo ataque, pero el movimiento brusco la lanzó hacia atrás.
Alethea gritó.
El rugido del dragón se perdió en el estruendo del viento mientras su cuerpo caía. El mar la recibió con violencia.
El agua helada la envolvió, arrancándole el aire de los pulmones. Intentó nadar, pero el veneno del cansancio y el fuego dormido en su interior la pesaban como plomo.
Su visión se nubló.
El último destello que vio fue una sombra ardiente que descendía sobre las aguas como un meteoro.
Tharros.
El dragón se sumergió con una furia ancestral. Las aguas hirvieron a su alrededor mientras sus alas empujaban el océano, abriendo un remolino de fuego y espuma. La encontró hundiéndose lentamente, su cabello flotando como un manto oscuro entre burbujas. La tomó con cuidado entre sus garras, protegiéndola con su cuerpo mientras ascendía.
Una lluvia de flechas volvió a caer sobre él.
Algunas rozaron sus alas, otras se clavaron sin penetrar las escamas, pero una, impregnada en fuego negro, le alcanzó el hombro.
Tharros rugió.
El rugido no fue de dolor, sino de cólera pura, de furia contenida por siglos.
Emergió del mar envuelto en llamas.
El fuego estalló desde su pecho, un torbellino dorado y rojo que iluminó todo el cielo. Los vikingos lo miraron con horror cuando el dragón abrió la boca y lanzó un rugido tan poderoso que el aire mismo se partió.
Una columna de fuego, viva y rugiente, descendió sobre la flota.

Tres barcos ardieron al instante, las velas convertidas en antorchas gigantes, los hombres corriendo en llamas. Los gritos resonaron por el mar: desesperación, caos, el crujir del fuego devorando madera y carne. El olor a brea quemada llenó el aire.
Los barcos restantes comenzaron a retroceder, sus capitanes aterrados. Algunos hombres saltaron al agua, intentando escapar de la marea ardiente. Pero el fuego de Tharros no era fuego común: danzaba sobre las olas como si tuviera voluntad, extendiéndose hasta consumir todo lo que el dragón señalaba con su mirada.
Tharros alzó el vuelo con Alethea apretada contra su pecho.
El viento lo envolvió, y por primera vez en siglos, sus rugidos fueron de dolor, no por su cuerpo, sino por el miedo a perderla.
—No me la quitarán —gruñó entre sollozos, con la voz quebrada, mitad humana, mitad bestial—.

El fuego que caía de su cuerpo dejaba una estela luminosa en el cielo, una línea roja que marcaba su furia y su promesa.
Pero entonces lo sintió.
Un ardor profundo, más allá del fuego, más allá de su propia esencia.
La flecha clavada en su hombro, aquella que había rozado las escamas bajo la lluvia de proyectiles, comenzó a arder con una luz enferma. El veneno, oscuro y denso, se abrió camino por sus venas como una sombra viva, robándole fuerza a cada aleteo.
Tharros batió las alas una vez más, pero el cielo empezó a girar.
El rugido que lanzó fue ahogado, quebrado por el peso del dolor.
El aire se volvió denso, pesado, y su fuego titiló débilmente antes de apagarse.
—No… aún no… —gruñó entre jadeos, sujetando a Alethea con sus alas.
Pero su cuerpo colosal se estremeció.
Y entonces, cayó.
Mientras descendía entre las nubes, las últimas embarcaciones se veían ya lejos, como sombras huyendo del infierno.
Él solo miró hacia el horizonte.

El castillo del fuego eterno lo llamaba, y en su regazo, Alethea seguía inmóvil, su piel ardiendo con fiebre, su respiración débil.
El rugido final de Tharros cruzó el cielo como una plegaria.
No era de guerra, sino de amor.
De un amor tan grande que el mar entero pareció guardar silencio.
Y así, entre humo, fuego y lágrimas, cerro los ojos con ella hacia su destino.
Caían del cielo como una estrella moribunda. El impacto contra el mar fue un rugido sordo, un estallido de espuma y fuego que tiñó el océano de rojo y oro. Las olas se alzaron como montañas, tragándose su silueta.
El mar se cerró sobre ellos.
Y en la oscuridad del agua, el fuego se extinguió.
Bajo la superficie, Tharros sintió cómo sus fuerzas se evaporaban. El veneno corría por su sangre como hielo ardiente, paralizándole las alas, apagando el rugido en su garganta. Miró el rostro de Alethea, inmóvil entre sus brazos, y en un último intento por salvarla, cambió de forma.
El fuego que lo envolvía se condensó en una luz intensa, y su cuerpo colosal se redujo hasta volverse humano.
Las escamas se fundieron en piel.
Las alas desaparecieron, dejando solo cicatrices incandescentes sobre su espalda.
Su respiración era débil, su corazón latía con lentitud.
Flotaron juntos, dos cuerpos hundidos en un océano de sombras.
El rugido de los vikingos resonó a lo lejos. Los Várangr del Sur, creyendo haber vencido, se acercaron entre los restos de los barcos calcinados. Buscaban el cuerpo del dragón —su trofeo, su prueba de poder—, pero las aguas lo habían tragado. Ni una escama, ni un rastro.
Hasta que alguien gritó desde la borda de un navío:
—¡Allí! ¡Dos cuerpos!
Los ganchos de hierro se lanzaron al agua.
Arrastraron los cuerpos hasta la superficie, empapados, inmóviles, apenas respirando.
Al verlos sobre la cubierta, un murmullo recorrió a la tripulación.

Ella… la muchacha. La conocían.
La joven raptada por el dragón del norte, la que los clanes humanos del oriente habían llorado como perdida.
—El dragón la robó de su aldea —dijo uno de los hombres, su voz grave y ávida—. Los del oriente la querían de vuelta… viva.
—¿Y el hombre? —preguntó otro, empujando con el pie el cuerpo inconsciente de Tharros, que yacía sobre las tablas, desnudo y cubierto de quemaduras leves. —No lo sé —respondió el primero con una sonrisa torcida—, pero está vivo. Y eso lo hace útil.
El líder de los Várangr, Rorik el Sangrante, se adelantó. Su armadura estaba manchada de sangre seca, y el brillo de sus ojos era el de alguien que disfrutaba del dolor ajeno. Se inclinó sobre los cuerpos, observándolos con detenimiento.
—La chica vale oro —dijo, alzando la barbilla de Alethea con la punta de su espada—. Es la llave para negociar con los clanes del oriente.
—Y el hombre… —añadió otro, con tono burlón— quizás sea su amante.
Rorik sonrió, un gesto helado.
—Entonces que viva. Nos servirá para hacerla obedecer.
Los hombres rieron, una carcajada ronca y cruel que se mezcló con el crujir del fuego aun flotando sobre las aguas.
—Mandad un mensaje a los Valkrath del Oriente — ordenó Rorik, limpiando su espada con el cabello de una de las víctimas quemadas —. Decidles que tenemos a su muchacha y que deseamos un pacto… uno que ponga fin al linaje del dragón eterno.
—¿Y si se niegan? —preguntó un arquero, todavía temeroso.
Rorik giró lentamente hacia él, los ojos brillando con malicia.
—Entonces los quemaremos con su propio fuego.
El viento del mar sopló, llevando consigo el olor del humo y la sangre.
El sol se hundía tras el horizonte, y el reflejo de las llamas sobre el agua parecía un presagio.
A bordo del barco, Alethea yacía inconsciente, y a su lado, Tharros —ahora humano, débil, envenenado— respiraba con dificultad, sin saber que el infierno que había jurado destruir acababa de reclamarlo una vez más.

Los tambores de los vikingos resonaron entre las olas.
Era el canto de la guerra.
Y el inicio de una nueva cacería.

Chapter 7

El rugido del mar golpeaba la fortaleza día y noche, como si quisiera arrancarla del acantilado. Dentro, el eco se mezclaba con los gritos, las risas roncas y el chirrido metálico de las cadenas.

Durante semanas, Tharros vivió en la oscuridad húmeda del calabozo más profundo, donde ni la luz ni la piedad alcanzaban.
El suelo estaba cubierto de agua helada, y el hierro de las cadenas le había abierto la piel hasta el hueso.
Los vikingos del sur lo llamaban el extranjero sin fuego, y se entretenían con él cuando el tedio de la guerra los aburría.
Le arrojaban la comida al suelo —trozos rancios de carne, pan endurecido como piedra—, siempre fuera de su alcance.
Lo observaban arrastrarse entre el barro y la sangre seca, riendo al verlo intentar sujetar algo con las manos hinchadas por los grilletes.

—¿Qué tiene esa chica para ser la protegida del dragón, maldito? —le gritaban, mientras le hundían la cara en el barro—. ¿Qué eres tú para ella? ¿Un siervo? ¿Un traidor?

Tharros no respondía.
El silencio era su única defensa.

Cada palabra podía ser usada para quebrarlo, cada mirada, un riesgo.

Cuando se negaba a hablar, lo colgaban de las muñecas y lo dejaban balancearse durante horas, hasta que el dolor lo hacía perder el sentido.

Pasaron días, quizá semanas.
Tharros ya no contaba las horas.
Dormía poco, soñaba mucho.
En cada sueño veía la misma imagen: Alethea hundiéndose en el mar, su cabello flotando como un velo de fuego apagado, su mano extendida hacia él.

A veces despertaba jadeando, temblando, con el pecho ardiendo y los ojos encendidos con una luz que no era humana.
Pero las cadenas se encargaban de recordarle quién mandaba en ese lugar.

Una tarde, mientras el sol apenas se filtraba por las rendijas, un guardia entró con una jarra de vino y un trozo de carne fresca.
—Regalo del capitán —dijo con una sonrisa burlona—. Dicen que aún respiras.

El hombre se agachó, pero antes de soltar la comida, le clavó una rodilla en el estómago.
Tharros cayó de rodillas, jadeando.

—Habla, maldito —le gruñó el vikingo—. Dinos qué vínculo tienes con la protegida del dragón. ¿La sirves… o la deseas?

Un silencio largo llenó la celda.
Solo el goteo constante del agua rompía la quietud.

Tharros levantó la mirada.

Su voz era baja, ronca, apenas un murmullo:
—Ella… no me pertenece.

El guardia sonrió, satisfecho.

—Entonces tampoco vale la pena morir por ella.

Le escupió en la cara y salió riendo, dejando la carne caer al barro.

Tharros no se movió.
Solo respiró.
Cada inhalación era una batalla.
Cada exhalación, una promesa silenciosa.

Ya llegaría su monto de acabar con ellos, aún está débil por el veneno.

Esa noche, los pasos que resonaron en el pasillo no pertenecían a los guardias. Eran más suaves, más firmes, y no venían acompañados de risas.
Cuando la puerta se abrió, el resplandor de una antorcha cortó la penumbra.

Una figura delgada, cubierta por un manto oscuro, entró sin decir palabra.
No llevaba armas. Solo un cuenco de madera y una piedra azul colgando del cuello.

Sus ojos —grises como la tormenta— se detuvieron en él.
—Sigues con vida —dijo, más como constatación que como pregunta.

Tharros la observó sin fuerzas para hablar.
Ella se acercó despacio, y el olor de hierbas y metal reemplazó por un momento al de la humedad y la sangre.
Se agachó, levantó su rostro con dos dedos, y lo miró largo rato.

—Tienes el pulso de un condenado… pero tu sangre vibra distinto. —
Sacó una pequeña daga y cortó un mechón de su cabello, dejándolo caer sobre la piedra azul.
El mineral se iluminó un instante con un fulgor ámbar, luego se apagó.

—No eres un hombre común —susurró.

Él cerró los ojos, exhalando con dificultad.
—No… pero tampoco soy lo que crees.

Ella lo observó en silencio.
—Te curaré, extranjero. Quiero entender qué eres.

Fue la primera vez en semanas que alguien lo miró sin odio.
Y la primera noche, desde el mar, en que Tharros sintió algo parecido a esperanza.
Un día, mientras el viento azotaba las murallas, Tharros logró ponerse de pie por primera vez.
Sus brazos aún temblaban, pero la rabia le daba fuerza.
La sacerdotisa lo observó desde la penumbra.

—Tu cuerpo sana —dijo—, pero tu espíritu sigue enfermo. Lo veo en tu mirada.

Skara caminó lentamente hacia él.
—No puedes salir aún. Los Infernox vigilan cada puerta. Te matarían antes de que el viento toque tu cara.

Tharros apretó los puños. Las venas de sus brazos se encendieron con un resplandor tenue.

La sacerdotisa frunció el ceño.

Él levantó la mirada. En sus ojos había algo más que dolor: había un brillo antiguo, salvaje, que no pertenecía a un simple hombre.

Skara se acercó, en silencio. La energía que emanaba de él le erizó la piel.
No era magia humana. No era siquiera magia vikinga. Era algo más… algo que rozaba lo prohibido.

—He visto hombres bendecidos por los dioses —susurró ella—, y también he visto demonios disfrazados de héroes. Pero tú… tú eres algo que no sé nombrar.

Tharros respiró hondo.

—No necesito que me nombres. Solo necesito sobrevivir el tiempo suficiente para volver a verla.

Ella bajó la cabeza.
—¿Y si te digo que lo que buscas no puede dártelo ninguna poción?

Él la miró, sin comprender.

Skara dio un paso atrás.
—Solo ella puede hacerlo. Esa mujer que no deja de llamar en tus sueños… Si tu alma está envenenada, su fuego es la única que puede purificarla.

El silencio cayó entre ellos como una sentencia.

Tharros bajó la mirada.
Su respiración se volvió temblorosa, contenida.
Por primera vez en semanas, una chispa leve —una diminuta brasa dorada— se encendió en el aire, justo entre sus manos.

Skara la observó, sin respirar.
La llama se extinguió enseguida, pero había estado ahí.

—Entonces —murmuró él, con voz firme a pesar del dolor—, debo encontrarla. Aunque tenga que arder para hacerlo.

Skara cerró los ojos.
Sabía que ningún muro de hierro podría contener lo que dormía en ese hombre.
Solo era cuestión de tiempo antes de que el fuego despertara.
—Tu cuerpo lucha contra el veneno como si tuviera fuego en las venas —dijo ella, observando las líneas doradas bajo su piel, que a veces se iluminaban como brasas—. Pero no siento la presencia del fuego en ti. ¿Qué eres, extranjero?

Tharros cerró los ojos.
—El veneno que corre en tu cuerpo fue hecho para dragones. Si no lo extraemos pronto, no vivirás para verla.

Él apretó los dientes.

—Entonces sálvame.

La sacerdotisa lo miró con atención, dudando.
—¿Por qué? ¿Por qué arriesgarías tu vida por una humana?

El dragón levantó lentamente la cabeza.
Sus ojos, encendidos con una luz casi dorada, la atravesaron.

—Porque no es solo humana. Su fuego es mi llama. Si ella muere… el mundo entero perderá su equilibrio.

Skara sintió un escalofrío.
Sabía que mentía, al menos en parte. No hablaba solo del equilibrio del mundo, sino de su propio corazón.

Sin decir más, levantó las manos y comenzó a trazar símbolos en el aire. Las antorchas parpadearon, el viento se agitó, y un murmullo antiguo resonó entre los muros.

Las cadenas de Tharros se enfriaron primero, luego se rompieron con un sonido seco.
Él cayó de rodillas, jadeando.

Skara lo sostuvo por el hombro.
—Tienes una noche antes de que despierten los guardias. Encuéntrala. Y si tu fuego aún puede brillar… hazlo ahora.

Tharros se levantó con dificultad. Sus pasos eran pesados, pero su mirada era un arma.

El rugido del mar volvió a escucharse con fuerza.
La furia de un dragón, contenida durante siglos, se preparaba para despertar entre muros de hierro.

Chapter 8

El fuego y el mar parecían hablar entre sí.
Allí donde las olas rompían contra la roca, una energía invisible se agitaba, antigua, viva.

Alethea, aún prisionera, sentía cada noche con un resplandor dorado que la envolvía y la hacía flotar sobre un océano sin fin.
No sabía si era un recuerdo o un llamado.

En esos pensamientos, una voz resonaba dentro de su pecho:
"No temas al fuego, porque en ti arde la misma llama que me busca."

A lo lejos, Tharros, en su exilio forzado dentro de la fortaleza, sentía lo mismo:
una pulsación leve bajo la piel, una vibración que no era suya, que lo hacía abrir los ojos en medio de la noche.

Cuando cerraba los puños, el aire a su alrededor temblaba.
Cuando respiraba, el mar respondía.
Era como si la esencia de Alethea estuviera tejiendo un hilo invisible entre ambos.

Y en ese lazo silencioso, los dos comprendieron algo sin palabras:
que ninguno de los dos podría seguir existiendo si el otro se extinguía.

El fuego y el agua, unidos por un mismo juramento que los dioses habían olvidado.

El aire en la fortaleza del sur olía a hierro, sudor y miedo.
Fuera, el mar rugía como una bestia encadenada; dentro, los hombres reían como si su crueldad les diera calor.

Alethea limpiaba las jarras con las manos temblorosas, el vestido sucio y la mirada fija en el suelo.
Los vikingos la habían convertido en sirvienta de taberna, un trofeo de guerra.
Cada noche la obligaban a servir cerveza y soportar las manos, los insultos, las carcajadas.
Cada noche, juraba no quebrarse.

—¡Eh, perra del norte! —gritó uno, lanzándole una jarra vacía—. Sirve más rápido, o te enseñaremos para qué sirven esas manos delicadas.

Otro se acercó por detrás y le susurró al oído con aliento a licor:

—Dicen que fuiste la favorita de un dragón. Tal vez quieras probar con un hombre de verdad.

Las risas estallaron.
Alethea apretó los dientes, el corazón golpeándole el pecho.
Podía sentir algo dentro, una presión cálida que no venía del miedo.
Era… él.
Tharros.
Su presencia quemaba en el fondo de su mente, débil, dolida, pero viva.

Está respirando, pensó, con un temblor en los labios. Está vivo.

Esa certeza le dio fuerza.

Cuando el vikingo siguiente intentó agarrarla del brazo, Alethea giró con una velocidad que no sabía que tenía.
Le estrelló la jarra en la cara.
El hombre cayó al suelo, gimiendo, con la nariz rota.

—¡Perra del norte! —gritó otro, levantándose.
Ella retrocedió, respirando agitada, los ojos encendidos.
El segundo atacante se lanzó, y ella lo recibió con un rodillazo seco entre las piernas.
Un rugido de dolor llenó la taberna.
La cerveza se derramó sobre las mesas, los hombres se levantaron, las risas se convirtieron en gritos.

El caos duró poco.
Un puño la golpeó por la espalda.
El mundo giró.

Cayó al suelo, sintiendo el sabor a hierro en la boca.
Antes de que pudiera moverse, unas manos la sujetaron y unas cuerdas ásperas le apretaron las muñecas.

—Ya basta —gruñó una voz ronca—. El jefe querrá divertirse con ella.

Alethea forcejeó, gritando, pero la arrastraron fuera entre las carcajadas.
La noche afuera era fría, las antorchas proyectaban sombras que parecían reírse con ellos.

La arrojaron dentro de una tienda apartada, el suelo cubierto de pieles viejas y olor a grasa.
Sus manos quedaron atadas
El silencio pesaba.
Solo su respiración, rota, llenaba el aire.

Entonces, los pasos.
Lentos. Pesados.
El sonido de un hombre grande.
El que todos temían nombrar.

Entró con una carcajada gruesa, el rostro surcado de cicatrices y los ojos turbios por la bebida.
Escupió a un lado y la observó, ladeando la cabeza.
—Así que tú eres el perra del norte —dijo con una sonrisa torcida—.
Veamos si ardes como dicen.

El asco la hizo temblar.
Pero lo que brotó no fue miedo.
Fue ira.
Una chispa le recorrió el cuerpo, desde el pecho hasta las manos.
El aire cambió.
El fuego de las antorchas parpadeó, como si algo invisible respirara junto a ella.

El hombre dio un paso más.
Y entonces, lo sintió: Tharros.
Su nombre resonó en su mente, no como pensamiento, sino como un rugido lejano, un llamado de sangre.

El suelo vibró.
Las antorchas se encendieron con más fuerza, la lona tembló con el viento.

El hombre se detuvo, confundido.

Alethea levantó la mirada.
Sus ojos ya no eran los de una esclava.
Una brasa dorada se reflejaba en ellos.

—No me toques —susurró.

El hombre soltó una carcajada.
—¿Y quién me lo va a impedir, niña?
Ella respiró hondo.
El aire ardió.
Las cuerdas que la ataban comenzaron a humear.
Un destello de luz, y el fuego —su fuego— corrió por su piel como una lengua viva.

El hombre retrocedió con un grito.
La tienda se iluminó en un resplandor ámbar.
Y en ese instante, muy lejos, Tharros abrió los ojos.

El rugido del mar retumbó contra los muros de piedra.
Una chispa dorada cruzó su mirada.
La sacerdotisa, que estaba a su lado moliendo hierbas sobre un cuenco, levantó la cabeza de golpe.

Ambos hablaron al unísono, como si una misma voz los atravesara:
—Es hora.

El fuego en las antorchas titiló con violencia.
Skara lo observó, el rostro iluminado por aquel resplandor que no pertenecía al mundo de los hombres.

—Escúchame, Tharros. Afuera hay dos dragones Infernox custodiando los muros. Si te ven, no vivirás para llegar al amanecer. Pero… —se acercó, sus ojos brillando como mercurio líquido— haré que el caos sea tu aliado.

Le entregó una piedra negra con símbolos grabados.
—Cuando oigas los relinchos y los gritos, corre. Yo haré el resto.

Él asintió.
—¿Por qué ayudas a un extraño?

Skara lo miró largo rato.
—Porque en tus venas aún arde lo que nosotros olvidamos adorar.
—¿Fuego?
—No —susurró ella—. Esperanza.
—Tenía dudas si eras tú, ahora tengo la certeza —agacho la cabeza —. mi Eternal

La sacerdotisa se volvió hacia la puerta.
Comenzó a trazar runas en el aire, susurrando en una lengua que los dioses habían dejado de escuchar hacía siglos.
El aire se espesó.
El mar rugió.
Y de pronto, los gritos comenzaron afuera.
Tiendas ardiendo.
Animales desbocados.
Sombras corriendo en todas direcciones.

—¡Ahora! —ordenó ella.

Tharros salió a la noche, cubierto por el humo y las sombras.
Su cuerpo aún dolía, pero su propósito lo sostenía.
El caos reinaba: fuego, estampidas, hombres corriendo sin saber de qué huían.

Cruzó entre las tiendas, invisible entre el tumulto.
Sus pasos lo llevaron hacia el acantilado, donde el mar chocaba con furia.
Allí, se arrodilló.
El agua helada le golpeó las manos.
Cerró los ojos.
El rugido del océano le respondió, como si lo reconociera.

Su voz, ronca y temblorosa, se alzó entre el estruendo:

—Ustedes… son los únicos que entenderán esto.

¨Magia es a quien magia tiene.
Magia escondida, jamás retenida.
Magia encontrada, siempre amada.
Fuerza de acero.
Coraje de fuego.
Animal bendigo con aire vivo.
En todas uno… y en todas soy¨

El mar se levantó.
Una corriente de agua subió por su brazo, azul brillante, danzando como si tuviera alma.
Le recorrió el pecho, la espalda, las venas.
El fuego y el agua se mezclaron en su interior.

El rugido del dragón volvió a nacer.

Las escamas, doradas y azules, brotaron de su piel.
Sus huesos se estremecieron, sus alas rompieron el aire.
El dragón Tharros se alzó entre espuma y relámpagos, con un rugido que hizo temblar la tierra.

En la distancia, Alethea —aún rodeada de fuego y caos— sintió esa vibración como si su alma hubiera sido arrancada del pecho.
Él… está aquí.

El cielo se partió con un estruendo.
Las antorchas se apagaron.
Y una sombra inmensa descendió sobre la fortaleza.
El rugido de Tharros sacudió el valle.
Una llamarada cayó del cielo, incendiando la tienda donde el monstruo la tenía.
Alethea alzó la vista justo cuando el techo ardía.
Entre humo y fuego, lo vio.
Sus ojos.
Su fuego.

Corrió, esquivando las llamas, y saltó sin pensar.
El dragón bajó el cuerpo, su cola se movió con precisión mortal.

La atrapó en el aire, y con un latigazo suave la impulsó hacia su lomo.

—¡Tharros! —gritó ella, ahogada entre lágrimas y humo.

El dragón batió las alas.
El fuego lo envolvió.
Y juntos se elevaron.

Los vikingos corrieron, gritaron, lanzaron flechas.
Pero el viento se volvió una tempestad.
Una lluvia súbita, descomunal, cayó del cielo, azotando la fortaleza.
Los barcos se soltaron de sus amarras, los dragones Infernox rugieron desorientados, tenían los ojos desorbitados y estaban lanzando bolas de fuego sin rumbo.

En lo alto de la muralla, Skara —la sacerdotisa— levantó los brazos.
Sus ojos se tornaron blancos.
El viento obedeció su palabra.

Y en un susurro apenas audible, pronunció el conjuro final:
—Que lo visible sea invisible a los ojos del mal, que los vientos rugan y oculten su andar, de magia vengo y a la magia me entrego.

La tormenta se tragó a Tharros y Alethea.
El aire se curvó.
El fuego se extinguió.
Y cuando los vikingos levantaron la vista, ya no había dragón ni fuego.
Solo lluvia.
Solo el eco de un rugido que prometía volver.

Chapter 9

El vuelo se volvió pesado. Las alas de Tharros, aún impregnadas del veneno, perdían fuerza con cada aleteo.

Alethea, sostenida con firmeza entre sus escamas, sentía la vibración del esfuerzo que recorría el cuerpo del dragón.
El aire era denso, el cielo, un manto gris que presagiaba tormenta. Sin embargo, algo —una corriente invisible, una voz antigua— los guiaba.
Cuando por fin las nubes se abrieron, un resplandor se extendió bajo ellos.
Tharros rugió con un eco de alivio.
Frente a ellos se extendía la Isla de Thalassor, una joya antigua olvidada entre las mareas del norte.
El horizonte parecía abrirse solo para revelar su forma: un pedazo de tierra rodeado por un océano que rugía con voces de siglos.
Las olas golpeaban las rocas con una fuerza casi ritual, como si custodiaran un secreto que ningún mortal debía perturbar.
Sus costas eran un abrazo de espuma y piedra, cubiertas de algas plateadas que brillaban con la luz de la luna.
El aire olía a hierro y sal, pero también a tiempo.
A ese tipo de tiempo que no pertenece al presente ni al pasado, sino a lo eterno.
Sobre los acantilados, columnas de piedra erosionada se alzaban como guardianes antiguos, marcadas con runas olvidadas.
Algunas parecían llorar agua, como si las mismas rocas recordaran.
Y en el centro, oculto entre la neblina que flotaba como un velo sagrado, se abría un lago cristalino.
Su superficie reflejaba el cielo con tanta pureza que por un instante Tharros creyó estar volando de nuevo sobre las nubes.
Era un espejo perfecto… y al mirarlo, algo dentro de él despertó.
Descendieron lentamente.
Las alas del dragón cortaron el aire con solemnidad, moviendo la bruma en círculos que se disipaban entre destellos de luz.
Cuando sus garras tocaron tierra, el suelo tembló levemente, como si la isla reconociera su regreso.
Un silencio profundo los envolvió, tan denso que se podía oír el corazón de ambos latiendo en la quietud.
Alethea bajó con cautela, el cabello aún azotado por el viento del vuelo.

El suelo estaba húmedo, cubierto por una alfombra de musgo azul que brillaba débilmente con la humedad.
Cada paso era un eco que resonaba entre las ruinas.
El aire era frío, pero no hostil; más bien, tenía la textura de un suspiro antiguo.
A su alrededor, se alzaban estatuas colosales de dragones, erguidas como dioses de piedra en un santuario perdido.
Uno con las alas desplegadas hacia el sol naciente, tallado en mármol dorado, representaba a el dragón del fuego del Clan del Infernox.
Sus escamas estaban grabadas con símbolos de combustión y vida, y aún bajo el desgaste de los años, brillaban con un calor invisible.
Otro, de piedra azul profunda, tenía la boca abierta hacia el mar.
De sus colmillos caía agua dulce, un manantial perpetuo que brotaba de su garganta: el Dragón del Agua del clan Thalassor
El sonido era un murmullo hipnótico, como una plegaria sin fin.
Un tercero, erguido sobre una columna rota, tenía las alas extendidas en espiral.
Sus ojos eran huecos, pero parecían seguir el movimiento del viento.
Era el Dragón del Aire del clan Zephyrion, protector de los cielos, aquel que hablaba con las tormentas.
Incluso en su silencio, parecía moverse.
Más al fondo, casi oculto entre raíces y niebla, se distinguía una figura esculpida en piedra negra.
Su forma era diferente, más etérea, con líneas que parecían vibrar.
Alethea se acercó y sintió un escalofrío recorrerle los brazos.
—Este… —susurró—. No es piedra común.
Tharros bajó la mirada.
—No. Es obsidiana encantada. Representa al Clan de Mysticor los dragones de la Magia, el más antiguo y misterioso.
Se decía que sus dragones no rugían… susurraban.
Y que su poder podía crear o destruir la realidad misma.
Finalmente, frente al lago, erguido sobre un pedestal cubierto de raíces, se encontraba el último.
Un dragón con la cabeza en alto, las alas medio abiertas y el cuerpo cubierto de runas entrelazadas.

No había oro ni joyas incrustadas, pero toda la piedra irradiaba una luz interior, un resplandor suave, como si el fuego dentro de ella aún respirara.
Alethea lo reconoció al instante.
—Eternal… —dijo en voz baja.
Tharros asintió, con los ojos fijos en la escultura que representaba a su clan.
—El que unía a todos —susurró—.
El equilibrio entre los elementos.
El que mantenía la armonía… antes de que la codicia la destruyera.
El viento sopló entonces con una extraña suavidad, levantando polvo dorado del suelo.
Era como si la isla respirara.
Las aguas del lago se movieron sin que nada las tocara, y una vibración sutil recorrió el aire.
Las estatuas parecían mirar hacia Tharros.
Y él, sin saber por qué, sintió una punzada en el pecho, un llamado que reconocía pero que no podía descifrar.
Alethea se arrodilló junto al lago, pasando los dedos por el agua.
Estaba tibia, a pesar del frío ambiente.
Al contacto, un leve destello iluminó su piel, como si el agua la reconociera también.
El reflejo de ambos apareció en la superficie, pero por un instante, la imagen se distorsionó:
no eran humano y dragón, sino dos figuras antiguas, dos luces entrelazadas.
Tharros dio un paso hacia ella, su voz apenas un murmullo.
—La Isla de Thalassor… no era solo un refugio.
Era el corazón de todos los clanes.
Aquí los dragones juraron nunca enfrentarse.
Y aquí… —su mirada se endureció— comenzó la guerra que nos dividió.
El silencio volvió a caer, pesado y reverente.
A lo lejos, un trueno retumbó sobre el mar.
El eco se extendió entre las ruinas, como si los viejos dragones respondieran desde su sueño.

Y en medio de esa quietud, el alma de Tharros comprendió: nada de lo que había perdido estaba realmente muerto.
Solo dormido… esperando despertar.
—Este lugar… —susurró—. Se siente vivo.
Tharros asintió, con la mirada fija en el lago.
un crujido interrumpió el silencio.
Al principio fue leve, como el gemido de una rama bajo el viento…
Pero luego, entre los árboles cubiertos de musgo, se oyeron pasos pesados.
El murmullo de voces roncas, de respiraciones entrecortadas, de hierro chocando con piedra.
Alethea se tensó al instante.
Su instinto de supervivencia despertó como una llama.
Retrocedió dos pasos, tanteando el terreno con la mirada, buscando un refugio, una salida.
El aire, que antes era solemne y quieto, se volvió denso, casi líquido.
El lago dejó de reflejar el cielo.
Tharros levantó la cabeza, olfateando el aire.
Un aroma a sal, hierro y algas antiguas le golpeó los sentidos.
—No son Infernox… —murmuró, con la voz baja, profunda, casi un gruñido—.
Pero tampoco son simples hombres.
Alethea miró hacia donde él observaba.
Entre la bruma, algo se movía.
Sombras.
Altas, sólidas.
Avanzaban sin prisa, pero con una seguridad que solo tienen los que conocen la guerra.
Y entonces, la niebla se abrió como un velo, y de ella emergieron.
Los Nerythar
Hombres y mujeres de aspecto ancestral, cubiertos con pieles marinas y armaduras forjadas con escamas pulidas por el océano.
Sus pechos estaban marcados con símbolos tallados en hueso, algunos brillando con restos de magia azulada.
Los cascos tenían cuernos retorcidos y fragmentos de coral incrustados, como si el mar los hubiera reclamado y devuelto al

mundo para custodiarlo.
Sus rostros eran duros, curtidos por el viento y la sal, y en sus ojos habitaba un brillo líquido, un reflejo del agua misma.
En sus manos llevaban lanzas con puntas de hueso y coral, armas vivas que parecían respirar.
Cada movimiento suyo dejaba un rastro de humedad en el aire, como si trajeran consigo el aliento del océano.
Alethea sintió un escalofrío recorrerle la espalda.
No eran enemigos… pero tampoco eran aliados seguros.
Había en ellos algo ancestral, una calma peligrosa, la misma que precede a una tormenta.
El grupo se detuvo a unos metros.
El silencio volvió, tenso.
Solo se escuchaba el murmullo del lago y el siseo del viento entre las ruinas.
Entonces, del centro del grupo avanzó un hombre anciano, de barba trenzada hasta el pecho y ojos tan claros como el hielo.
Su piel tenía el tono grisáceo del granito mojado, y en su frente brillaba un tatuaje en forma de espiral marina.
A cada paso, su bastón golpeaba la piedra con un sonido hueco, rítmico, casi ritual.
Cuando habló, su voz retumbó como una corriente profunda arrastrando piedras bajo el mar.
—Pensé que el fuego había consumido a todos los tuyos, dragón —dijo sin temor, aunque con una reverencia disimulada—.
Después de la masacre de los del sur, creímos que el clan Eternal solo era una historia que contábamos a los niños.
Pero estás aquí… y traes contigo a la luz del equilibrio.
Sus ojos dorados brillaron con intensidad contenida.
Se inclinó con respeto, no con sumisión.
Un gesto de reconocimiento entre iguales.
El anciano asintió, su mirada se suavizó por un instante.
—Tu clan… siempre fue distinto.
Los Eternals eran el puente.
Los que hablaban con todos los elementos sin romper el equilibrio.

El agua los lloró cuando cayeron —dijo, bajando la mirada hacia el lago—.
Y el mar… aún guarda sus restos en las profundidades.
Sus palabras parecían arrastrar siglos de memoria.
Los guerreros Nerythar permanecieron en silencio, clavando sus lanzas en el suelo como señal de respeto.
De pronto, uno de ellos —una mujer de cabello trenzado con conchas, cicatrices cruzando su rostro— habló con voz temblorosa.
—Recuerdo el rugido.
Era rojo, inmenso, cruzó los cielos y tiñó el mar.
Mis ancestros decían que fue el último aliento de un Eternal cayendo.
Desde entonces, el agua nunca volvió a ser la misma.
El anciano levantó su bastón.
—Y ahora el ciclo se rompe.
Porque el último dragón del equilibrio ha regresado.
Y con él… la esperanza o la destrucción.
Alethea sintió que esas palabras no eran una advertencia, sino una profecía.
El viento se arremolinó a su alrededor, levantando polvo y hojas.
El lago volvió a brillar con un fulgor turquesa, y las estatuas parecieron inclinarse apenas, como si el mismo Thalassor reconociera la reunión de sus hijos dispersos.
Tharros respiró hondo, el pecho marcado aún por el dolor, pero con el alma encendida.
Sabía que lo que venía no sería simple.
—No vengo a traer guerra —dijo, alzando la voz con solemnidad—.
Vengo a buscar respuestas.
Y… a recuperar lo que los del sur me arrebataron.
El anciano asintió despacio.
—Entonces sigue al agua, dragón Eternal —respondió, girándose hacia el lago.
—Porque en Thalassor, solo las aguas profundas revelan la verdad.
Y el viento del norte, como si comprendiera la magnitud de esas palabras, rompió la bruma, dejando ver por primera vez los reflejos del fondo del lago.

Bajo el agua… algo se movía.

Chapter 10

—Antes debes conocer algo más de nosotros, —dijo el anciano—
El anciano se acercó lentamente al fuego que ardía entre las ruinas. Sus ojos, velados por los años y la sal, reflejaban el brillo de las llamas como si guardaran siglos de memoria.
El sonido del mar golpeando las rocas era el único testigo.
Alethea y Tharros guardaron silencio.

—Mucho antes de que el fuego y el hierro dividieran al mundo —comenzó el viejo—, existían cinco clanes de dragones.
Cinco fuerzas que tejían el equilibrio del cielo, la tierra y el mar.
Alzó la mirada hacia el horizonte, donde el lago se fundía con la neblina.
—El primero fue Thalassor, los guardianes del mar.
Sus cuerpos se deslizaban entre las corrientes, sus escamas brillaban como perlas y su voz era el lenguaje de las profundidades.
Eran los más antiguos, los que daban vida a las mareas y enseñaban a los hombres a navegar.
Con ellos, nacimos nosotros, los Nerythar, los hijos del océano.
Juramos proteger las aguas que los dragones un día domaron, y en ellas aún escuchamos su canto cuando la marea está alta.
El anciano extendió su mano temblorosa hacia las estatuas que los rodeaban, cubiertas de musgo y sal.
—Después vinieron los Zeppyrion, guardianes del cielo y los vientos.
Sus alas podían dividir tormentas, y su aliento tejía las corrientes del norte.
A ellos los seguían los Skjarvold, vikingos del trueno.
Juntos crearon los caminos del aire, los vientos que guían los barcos y las almas de los caídos.
El fuego chispeó, y por un instante, el reflejo del dragón tallado en piedra pareció moverse.
El anciano bajó la voz, cargándola de nostalgia.
—Luego surgieron los Infernox, los dueños del fuego eterno.
Forjaban vida en los volcanes y daban calor a la tierra.
Durante siglos fueron los más temidos, pero también los más leales.
Sus aliados, los Vördrung, los vikingos del sur, juraron sangre y hermandad…
hasta que el deseo de poder los corrompió.
Traicionaron a los dragones de fuego, tomaron su sangre y la mezclaron con su magia profana.
De esa abominación nació Sethra, la bestia de las siete cabezas.
El anciano apretó los puños, temblando.
—Con ella destruyeron ciudades, quemaron aldeas y esclavizaron a los dragones.

A muchos les cortaron las alas.
A otros… —su voz se quebró— les arrancaron los ojos para que no volvieran a ver el sol.
Los pocos que quedan viven encadenados, respirando ceniza, soñando con el vuelo que perdieron.
Alethea sintió que algo en su pecho se estremecía; era como si el dolor de esas criaturas la atravesara.
El anciano continuó, mirando el lago.
—Más al oeste, entre montañas y valles sagrados, vivían los Eternals, guardianes del equilibrio.
Son la unión de todos los elementos, la promesa de armonía.
A ellos los acompañan los Valdreinn, los portadores del alba, —Es donde naciste, pero no eres solo de ellos—.
Su deber era mantener la paz entre los clanes… pero cuando los Infernox cayeron, el equilibrio se rompió.
El viento sopló entre las ruinas, llevando el olor del mar.
Las llamas vacilaron.
El anciano dibujó un símbolo en la arena: un círculo atravesado por cuatro marcas.
—Y al suroeste… —dijo con voz más baja—, permanecen los Mysticor, guardianes de la magia.
Ellos custodian los secretos del tiempo y las puertas que separan este mundo del otro.
Su pueblo aliado, los Rûnafjell, lee las estrellas y las runas prohibidas.
Entre ellos está Skara, la sacerdotisa que escucha a los dragones incluso en sueños.
Sin ella, muchos secretos habrían muerto junto a sus custodios.
—A ella la conozco, ella me ayudó a salir de cautiverio, —dijo Tharros—, ella supo quién era incluso sin decírselo y sin verme como dragón.
El anciano, no entendió, pero luego preguntaría.
Se hizo silencio.
El anciano miró a Tharros y luego a Alethea.
—Cinco clanes, cinco elementos… y un solo corazón roto.
Cuando los dragones fueron separados, el mundo comenzó a morir.

El mar se volvió más violento, el cielo más oscuro, la magia más débil.
Los hombres olvidaron su origen… y los dragones olvidaron perdonar.
Tharros apretó la mandíbula.
—Entonces aún hay esperanza —dijo con voz grave—.
Si uno de los clanes vuelve a alzarse, los otros pueden despertar.
El anciano asintió lentamente.
—Quizás. Pero el precio será alto.
Para restaurar el equilibrio, el fuego deberá sanar…
y el alma del dragón deberá recordar quién fue antes de la guerra.
El viento se alzó de pronto, meciendo el lago.
Las estatuas de piedra parecieron respirar.
Y, por un instante, Alethea creyó escuchar un rugido lejano bajo las aguas…
como si los dragones dormidos de Thalassor respondieran al llamado de su sangre.

Chapter 11

—Los del sur aún cazan.
Tharros inclinó nuevamente la cabeza, con respeto.
Su voz, baja pero firme, se mezcló con el rugido distante de las olas.

Han arrasado aldeas enteras.
Los Vördrung, sus aliados humanos, cabalgan con lanzas forjadas en la sangre de dragones.
Roban a los niños, los marcan con fuego, los convierten en esclavos o en sacrificios.
Y las madres que intentan protegerlos… —su voz se quebró— son quemadas vivas en las plazas.
Las aguas mismas sangran con su crueldad.
El viento sopló, trayendo el olor a hierro y salmuera.
Alethea cerró los ojos, sintiendo un nudo apretarle el pecho.

Podía oír, como un eco lejano, el llanto de las criaturas antiguas, el rugido ahogado de los mares heridos.
El anciano se volvió hacia el horizonte, donde el mar se fundía con la niebla.
Su mano temblorosa señaló los cuatro puntos cardinales.
—De los cinco clanes, solo quedan fragmentos —dijo con pesar—.
Los dragones del aire, los Zeppyrion, vuelan ocultos entre las tormentas, cubiertos por los vientos que un día dominaron.
Los de la magia, los Mysticor, duermen bajo tierra, protegidos por runas que ya nadie recuerda descifrar.
Y nosotros… los Thalassor, guardianes del mar…
vivimos ocultos entre las corrientes, disfrazados de bestias, para que los cazadores crean que hemos desaparecido.
Solo así sobrevivimos.
El silencio cayó, espeso como el fondo del océano.
Alethea abrió los ojos, y su voz tembló apenas.
—¿Y los del fuego? —preguntó.
El anciano bajó la mirada.
El reflejo de las llamas bailaba en sus pupilas nubladas.
—Cautivos —susurró—.
Los Infernox los esclavizaron.
De los grandes dragones de fuego solo quedan unos pocos.
Algunos encadenados en las forjas del sur, otros mutilados…
A varios les quebraron las alas, a otros se las arrancaron por completo para que nunca más pudieran volar.
Los usan como bestias de carga, como fuentes vivas de calor para sus armas.
Y los pocos que no mataron… fueron entregados a una criatura.
Al decirlo, su voz descendió a un murmullo que apenas rompía el sonido del mar.
—Una abominación nacida de la codicia y la herejía.
Sangre de dragón mezclada con oscuridad humana.
Su nombre es Sethra, la bestia de las siete cabezas.
El nombre cayó como una piedra en el lago.
El aire pareció temblar.

Tharros sintió un estremecimiento recorrerle las alas, y por un instante, su mirada se tornó de fuego líquido.
—Sethra… —repitió con voz ronca—.
Esa criatura no debía existir.
—Y, sin embargo, lo hace —respondió el anciano—.
Descansa en los abismos del sur, custodiando las forjas de los Infernox.
Dicen que ni el rayo ni el fuego de los cielos pueden herirla.
Y cuando despierte por completo… el mundo recordará el miedo primigenio.
Tharros apretó los puños.
Su cuerpo tembló, y lentamente, un resplandor lo envolvió.
Sus escamas comenzaron a brillar con una luz plateada que se desintegraba en polvo, sus alas se plegaron hacia sí mismo y desaparecieron entre remolinos de energía.
Ante los ojos atónitos de los Nerythar, el dragón se deshizo en un torbellino de luz…
y en su lugar quedó un hombre.
Alto, de mirada intensa y cabello oscuro, con una fuerza que parecía latir bajo la piel.
Sus ojos —de un dorado incandescente— reflejaban el fuego de su linaje.
Los vikingos dieron un paso atrás, presas del asombro.
Algunos elevaron sus lanzas por instinto; otros cayeron de rodillas, murmurando oraciones antiguas.
El anciano, con las manos temblorosas, lo miró como si contemplara un milagro prohibido.
—Por los mares… —susurró— ¿qué eres tú?
Ningún dragón puede adoptar forma humana. Eso es... imposible.
Tharros lo miró con serenidad.
Su voz, aunque humana, conservaba el eco grave del dragón.
—No es imposible —dijo—.
Es uno de los dones del clan Eternal.
Podemos caminar entre los hombres sin ser vistos, sentir como ellos, hablar su lengua y ocultar nuestras huellas.
Así sobrevivimos a las cazas.

Así llegué hasta aquí.
El anciano permaneció inmóvil unos segundos, procesando aquella revelación.
Sus ojos, que habían visto guerras, tormentas y dioses, se llenaron de una mezcla de respeto y temor.
—Eres un misterio vivo, Tharros del equilibrio.
Si los Infernox supieran de tu don, el mundo entero te buscaría.
Debemos ocultarte… protegerte.
Giró hacia los suyos, y luego hacia Alethea, que lo observaba con el corazón acelerado.
—Pediremos ayuda a la sacerdotisa Skara, la última voz de los Mysticor —dijo el anciano—.
Ella conoce los antiguos hechizos del velo y podrá sellar tu mirada.
Mientras lleves forma humana, tus ojos deberán ser comunes… o el fuego en ellos te delatará.
Tharros asintió, entendiendo.
—Entonces que así sea. No temo a los hombres, pero no pondré en riesgo a los que aún resisten.
El anciano dio un paso al frente y puso una mano sobre su hombro.
—Pocos en este mundo aún pueden llamarse dragón, Tharros.
Y tú llevas en la sangre la chispa que unirá lo que fue separado.
Camina con cuidado… porque el destino ya ha empezado a girar.
El viento sopló sobre el lago, y el aire pareció cargarse de presagios.
Las llamas de las antorchas titilaron con fuerza, como si el fuego también escuchara.
Y entonces, retomando la calma, el anciano miró el horizonte y prosiguió con voz grave, retomando el relato que el viento apenas se atrevía a repetir:

Chapter 12

El viento sopló con fuerza, haciendo vibrar las lanzas de los Nerythar.
El lago se agitó, y el reflejo de las estatuas serpentinas pareció moverse bajo el agua.
Por un instante, todos guardaron silencio.
Desde las profundidades, se oyó un rugido lejano… grave, triste, eterno.
El anciano cerró los ojos y murmuró una plegaria en su lengua ancestral.
—Los Thalassor escuchan.
Los mares despiertan.
Y el destino, una vez más, se agita bajo la superficie.
El viento sopló con fuerza, haciendo vibrar las lanzas de los Nerythar.
El lago se agitó, y el reflejo de las estatuas serpentinas pareció moverse bajo el agua.
Por un instante, todos guardaron silencio.
Desde las profundidades, se oyó un rugido lejano… grave, triste, eterno.
El anciano cerró los ojos y murmuró una plegaria en su lengua ancestral.
Su voz era un cántico rasposo, como un rezo que solo el mar podía entender.
—Los Thalassor escuchan —dijo con solemnidad—.
Los mares despiertan.
Y el destino, una vez más, se agita bajo la superficie.

El aire se volvió pesado, cargado de presagios.
Las olas rompieron con furia contra las rocas y un silencio reverente envolvió a todos.
Luego, el anciano habló nuevamente, pero esta vez su voz tembló con el peso de la memoria.
—No solo los del fuego sufren, Tharros.
Ellos… —su mirada se nubló— tienen cautivo a uno de los nuestros.
Nuestro guardián del agua, el dragón sagrado del clan Thalassor:
Neryon, el Corazón del Océano.
Alethea alzó la vista con asombro.
Tharros sintió un estremecimiento recorrerle la espalda.
—¿Neryon…? —repitió, en voz baja.
El nombre parecía traer consigo el sonido del oleaje y la tristeza de los abismos.
El anciano asintió, con el ceño fruncido.
—Sí.
Neryon fue traicionado en las guerras del sur.
Los Vördrung, aliados de los Infernox, le tendieron una emboscada.
Lo engañaron con promesas de tregua, y cuando bajó su guardia, lo apresaron.
Desde entonces, lo mantienen prisionero bajo tierra, junto a la bestia prohibida, Sethra.
Dicen que sus rugidos se oyen mezclados, como si ambos pelearan en un tormento sin fin.
El anciano bajó la voz, y todos inclinaron la cabeza.

El viento había dejado de soplar, y hasta las aguas parecían escuchar.

—Lo tienen encerrado en un foso de magma —continuó—, bajo las forjas ardientes del reino Infernox.

Es un lugar donde el agua se convierte en vapor antes de tocar el suelo.
Las paredes son de roca viva, negras como el carbón, y en ellas corren grietas que escupen fuego.

A Neryon lo encadenaron con hierro verde, forjado con el veneno que corrompe la sangre de los dragones.

Tharros alzó la mirada, con los ojos ardiendo.
—El mismo veneno… —murmuró—.
El mismo que usaron contra mí.
Las flechas que me hirieron… tenían ese brillo esmeralda, ese olor a azufre y muerte.
El anciano lo miró con gravedad.
—Entonces no cabe duda. Los Infernox perfeccionaron su arte con tu sangre.
Usan ese metal maldito para quebrar los dones.
Neryon está encadenado con él. Y sin agua limpia, no puede transformarse.
Su cuerpo se marchita lentamente, y su magia… se ahoga.
El silencio se hizo insoportable.
El rugido distante del mar sonaba como un lamento.
Alethea apretó los puños, sintiendo una punzada en el pecho, como si algo dentro de ella respondiera al sufrimiento del dragón cautivo.

El anciano continuó, su voz cada vez más baja, pero cargada de imágenes.
—Dicen que Neryon yace sobre una planicie de piedra negra, encadenado de las patas y el cuello.
El aire es espeso, sofocante, y el suelo tiembla cada cierto tiempo, como si la bestia de siete cabezas se moviera cerca.
Las cadenas lo atan al centro de una gran cámara iluminada solo por ríos de lava.
No hay agua allí, ni un solo cristal que refleje la luz del mar.

Su cuerpo, antaño azul y plateado como las olas, está ahora cubierto de ceniza.
Pero sus ojos… aún brillan con el fulgor del océano.
Tharros sintió la furia arderle en el pecho.
Su respiración se volvió áspera, su voz, grave y rota.
—Ningún dragón debería morir en la tierra, lejos de su elemento.
Neryon es el guardián del equilibrio de las aguas.

Si él cae, el mar entero se volverá contra nosotros.
El anciano asintió con pesar.
—Lo sabemos.
Ya las corrientes cambian sin sentido, las mareas se tornan violentas y las tormentas no obedecen los ciclos antiguos.
Es como si el océano llorara su pérdida.
El fuego de las antorchas titiló.
El reflejo danzante del lago se tornó rojizo, como si una sombra de magma lo tiñera desde las profundidades.
Alethea dio un paso adelante.

Su voz, temblorosa, rompió el silencio.
—¿Y no hay forma de liberarlo?

El anciano la miró, con una tristeza que parecía de siglos.
—Solo el fuego puro podría derretir el hierro verde.

Pero ese fuego ya no existe en este mundo… —hizo una pausa, observando los ojos dorados de Tharros—

…a menos que vuelva a despertar en quien aún lo porta.
Tharros apretó los dientes.

—Entonces no hay elección —dijo con firmeza—.
Iremos al sur.

Si Neryon sigue vivo, lo traeremos de vuelta.
El anciano lo observó, y en su mirada se mezclaron la esperanza y el miedo.

—Las aguas hablarán por ti, Tharros de los Eternos —murmuró—.
Pero no olvides: donde reposa el fuego, también duerme la oscuridad.

Y si Sethra despierta antes de que llegues… no habrá mar ni cielo que pueda contenerla.

El lago volvió a calmarse, pero el aire seguía vibrando.

Era como si los antiguos dragones, desde las estatuas que los rodeaban, hubieran escuchado su promesa.
La superficie del agua se onduló suavemente, como si un corazón dormido latiera bajo ella.

El destino, una vez más, había elegido su camino.

}

Chapter 13

El Llamado del Agua

El amanecer se extendía como una marea plateada sobre el horizonte.

El agua del lago se movía apenas, respirando con un ritmo antiguo, como si el propio océano aguardara el inicio de algo sagrado.

El anciano Nerythar avanzó descalzo hasta la orilla. Su túnica, hecha de escamas y algas trenzadas, dejaba un rastro húmedo sobre la arena. Tharros y Alethea lo siguieron en silencio. Las olas lamían sus pies, y el viento traía un murmullo que no pertenecía al mundo de los hombres.
—Antes de dominar la llama o el trueno —dijo el anciano, sin volverse—, debes comprender lo que fluye en ti.
El poder de un Eternal no nace del fuego ni del aire, sino del equilibrio.
Y todo equilibrio comienza en el agua.
Extendió su bastón hacia el lago. La superficie se agitó, revelando un resplandor profundo, casi vivo. Era como si el fondo se abriera, mostrando un abismo lleno de memorias.
—Los antiguos Thalassor creían que cada gota del mar guarda un recuerdo —continuó el anciano—. Que cuando el primer dragón cayó, su aliento se mezcló con la sal del océano. Desde entonces, quien bebe de esas aguas puede escuchar el eco de todos los que fueron antes.
Tharros se acercó un paso.
El brillo del lago se reflejaba en sus ojos, tornándolos de un azul luminoso, casi sobrenatural. Sintió el llamado. Una voz lejana, femenina, como un canto que viajaba desde lo profundo.
—¿Qué es eso? —preguntó, en un susurro.
—La voz del mar —respondió el anciano—. Te está reconociendo. Bebe.
Tharros se inclinó. El agua estaba fría, pero al tocar sus labios, sintió un calor recorrerle la garganta, expandiéndose hasta su pecho. El mundo pareció detenerse.
De pronto, ya no estaba en la orilla.
Bajo sus pies no había arena, sino un inmenso vacío azul. Flotaba.
A su alrededor, sombras gigantescas se movían entre columnas de luz. Eran dragones del agua: colosales, majestuosos, con escamas que brillaban como lunas sumergidas.
Uno de ellos emergió frente a él. Sus ojos eran como remolinos, su voz un trueno ahogado.
—Eternal… ¿por qué has despertado nuestro sueño?

Tharros sintió el peso de esas palabras dentro del pecho, como si el agua quisiera reclamar su alma.
—Porque el equilibrio se ha roto —respondió—. Y tememos que el fuego destruirá todo lo que existe.
El dragón bajó la cabeza, observándolo con una mezcla de juicio y respeto.
—Entonces, bebe de mí —dijo—. Bebe del corazón del agua, y recuerda quién eres.
Tharros extendió la mano. Una corriente lo envolvió. El mundo giró. Y al abrir los ojos, volvió a la orilla, jadeando. El lago seguía en calma, pero su cuerpo vibraba con energía. Pequeños hilos de agua danzaban entre sus dedos, siguiendo los movimientos de su respiración.
Se transformo en su forma original por respeto, la energía que sentía era especial, lo hacía sentir vivo.
Alethea retrocedió, maravillada.
—¿Cómo… cómo haces eso?
El anciano sonrió.
—No lo hace él. Lo hace el agua, cuando reconoce su reflejo.
Tharros miró sus garras. Cada gota parecía viva. Intentó dirigirlas, y el agua se elevó, formando una espiral perfecta. Pero al perder la concentración, se deshizo con un chasquido, empapándolo por completo.
Nerythar soltó una risa grave.
—El agua no obedece órdenes. Obedece emociones.
Si la fuerzas, se escurre. Si la temes, te hunde.
Debes fluir con ella, no contra ella.
Durante horas, el entrenamiento continuó.
El anciano lo hizo sumergirse hasta el pecho, cerrar los ojos y dejar que el agua lo sostuviera.
—Siente su pulso —le decía—. No la mires, escúchala.
Cada corriente tiene un propósito, cada ola una intención.
Tharros obedecía. Al principio, solo oía su respiración. Pero con el tiempo, comenzaron a surgir murmullos: ecos del pasado, memorias que no eran suyas.

.Vio ciudades hundidas, dragones nadando entre ruinas de coral, y una figura femenina envuelta en luz que lo observaba desde lo más profundo.
Su voz se coló entre las burbujas, susurrando:
—Tu poder no pertenece al fuego… sino a la marea.
El agua comenzó a moverse con él, formando círculos que rodearon su cuerpo.

Alethea aun lo observaba desde la orilla, maravillada y asustada.
Por un momento, el lago se elevó, como si respondiera a su voluntad.
Nerythar lo detuvo con un gesto.
—Suficiente.
El poder recién nacido debe respirar antes de crecer.
Tharros abrió los ojos. Estaba exhausto, pero vivo. El lago había quedado en calma, y su corazón latía con una sincronía perfecta con las olas.
El anciano se acercó y colocó una concha en su palma.

—Cada Eternal que despierta debe portar una ofrenda.

Esta proviene del fondo del Reino de Neryon, el Corazón del Océano.
Guárdala, porque un día el agua te pedirá que se la devuelvas.
Alethea lo miró, confundida.
—¿Y yo? ¿Qué debo aprender?
El anciano la observó con detenimiento.

—Tu alma escucha el agua, aunque aún no la reconozca.
Pero tu destino… será distinto.

El fuego y el mar no siempre se oponen. A veces se buscan.
Alethea sintió que el lago vibraba bajo sus pies. Una gota le rozó la piel, y durante un segundo, creyó oír un latido.

El anciano se volvió hacia ambos, señalando el horizonte.

—Esto apenas comienza. El agua es solo el primer espejo.
Cuando domines su calma, aprenderás a invocar su furia.

El viento cambió.
Las nubes se abrieron, dejando que un rayo de luz se reflejara en la superficie del lago.

El anciano habló una última vez, con voz solemne:
—Recuerda, Eternal: el agua es la memoria del mundo.
Y tú… eres la promesa que ella nunca olvidó.
El silencio cayó como una bendición.
El lago, ahora en calma, guardó sus secretos bajo el reflejo del sol naciente.
Pero en las profundidades, algo despertó.
Un rugido ahogado, un eco que respondía al llamado de Tharros.
El Corazón del Océano había escuchado.
Y su nombre, por fin, se había pronunciado otra vez.

Chapter 14

El amanecer siguiente amaneció cubierto de niebla.

El lago respiraba lentamente, como si el mundo aún durmiera. Las aguas estaban quietas, pero había en el aire una vibración distinta, un silencio expectante que presagiaba el despertar de algo.
Alethea estaba de pie sobre la orilla, con los pies desnudos hundidos en la arena húmeda. Tharros la observaba desde unos metros atrás, sin intervenir. Aquella era su lección, no la suya.
El anciano Nerythar se acercó con paso lento. Sus cabellos, largos y entretejidos con conchas, relucían bajo el tenue sol.
Traía el bastón apoyado en la mano izquierda y un cuenco tallado en coral en la derecha.
—El agua del mundo —dijo, alzando el cuenco— duerme en todos los lugares.
No solo en los ríos, los mares o las tormentas.
Habita en ti, en mí… en cada respiro, en cada lágrima.
Si logras sentirla, no habrá frontera que te separe de ella.
Alethea frunció el ceño.
—¿Y cómo se siente algo tan invisible?
El anciano sonrió con ternura.
—Con humildad.
Los Eternos dominan porque recuerdan.
Los Thalassor vivimos porque escuchamos.

Al decir esto, extendió su mano y dejó que el sol acariciara su piel.
Una gota de sudor descendió lentamente por su muñeca.

Nerythar la miró, con un brillo sabio en los ojos.
—Ahí está. La primera lección.
Esa gota que ves… es el océano entero, viajando en pequeño.
Alethea lo observó, confundida.
La gota cayó, pero antes de tocar el suelo, el anciano alzó el bastón.
El aire se tensó.
La gota se detuvo en el aire, suspendida frente a ambos, como si el tiempo mismo la sostuviera.
—No hay diferencia entre esta gota y el lago —continuó el anciano —.
Ambas responden al mismo pulso.
La diferencia… está en quien las llama.
Dejó que la gota flotara frente al rostro de Alethea.

—Hazlo tú —dijo suavemente—.
Haz que te escuche.
Ella tragó saliva. Extendió la mano, temblorosa.
El agua titilaba, pero permanecía inmóvil.

—No me responde —susurró, frustrada.
—Porque la estás buscando con miedo —replicó el anciano, acercándose—.
No la sientas como algo ajeno. No la veas como un objeto.
Mírala como si fuera una parte de ti… perdida hace mucho tiempo.
Cerró los ojos.
El sonido del lago se desvaneció.
Solo quedó el rumor de su respiración y el latido de su corazón.
Y entonces lo sintió.
Un estremecimiento, una vibración leve que recorría el aire entre su palma y la gota.
No era fuerza… era afinidad.
Una conexión invisible, antigua, que despertaba como una semilla al sol.
El agua se movió.

Alethea abrió los ojos y vio cómo la gota temblaba, expandiéndose en pequeños círculos de luz.
Una sonrisa cruzó sus labios.
El anciano asintió.
—Eso es. No la ordenes.
Invítala a moverse contigo.
Alethea levantó lentamente su mano, y la gota la siguió, como si respondiera a su intención.
El reflejo del sol dentro de ella parecía un corazón diminuto latiendo entre los dedos.
Pero cuando la emoción la sobrepasó, la gota estalló, deshaciéndose en una bruma que le rozó el rostro.
—No te lamentes —dijo Nerythar con una risa suave—.
El agua no muere cuando se rompe. Solo cambia de forma.
Y tú, niña, acabas de recordarle cómo hacerlo.
El entrenamiento continuó durante horas.

El anciano le hizo repetir el ejercicio con distintas fuentes: la humedad del aire, una lágrima que rodó sin querer por su mejilla, el rocío que cubría las hojas.
Cada intento era un descubrimiento.

A veces el agua la rechazaba; otras, respondía como si la conociera desde siempre.
Al caer la tarde, el lago reflejaba un cielo rosado.
Alethea ya podía mantener varias gotas flotando al mismo tiempo, girando alrededor de sus manos como pequeños planetas.

El aire vibraba con su energía.
Tharros la observaba desde lejos, con una mezcla de asombro y orgullo.
La veía aprender a respirar con el mundo.
De pronto, Nerythar levantó el bastón, interrumpiendo el momento.

—Detente.
El agua cayó, y Alethea respiró hondo, agotada.
—¿Por qué? —preguntó.

El anciano la miró con seriedad.
—Porque el agua es generosa, pero celosa.
Si tomas más de lo que te da, te hunde.
Debes aprender a dar algo a cambio.
—¿Dar? ¿Qué puedo darle yo?
El anciano señaló su pecho.
—Tu calma.
El agua ama la quietud del alma.
Mientras tu corazón arda con miedo o ira, ella se alejará.
Alethea cerró los ojos.
El viento sopló, trayendo olor a sal.

Dejó que sus pensamientos se disolvieran, y entonces lo sintió de nuevo: el pulso, el latido compartido entre su cuerpo y el mundo.
Abrió los ojos… y las gotas que la rodeaban comenzaron a elevarse solas, trazando una espiral luminosa sobre su cabeza.
El anciano sonrió, con los ojos humedecidos.
—Lo has hecho, niña del amanecer
Has recordado el lenguaje del agua.
El lago entero pareció responder.
Pequeñas olas se levantaron suavemente, sin viento alguno.
El reflejo del sol se fragmentó en miles de destellos que danzaban a su alrededor.
Tharros dio un paso adelante, con la voz temblorosa.
—La está escuchando… igual que me escuchó a mí.
—No —corrigió el anciano, sin apartar la vista de ella—.
No la escucha.
La reconoce.
El agua envolvió los pies de Alethea, subiendo hasta sus tobillos.
Era tibia, protectora.
En su interior, juraría haber oído un susurro:
"El fuego no destruye al agua cuando nace de su corazón."
La luz del atardecer cubrió todo con tonos dorados y azules.
Nerythar inclinó la cabeza, solemnemente.
—El equilibrio empieza a restaurarse.
Y tú, hija del alba, eres la primera chispa de esa unión.

El viento sopló, agitando las olas con suavidad.
Alethea miró sus manos: una gota aún permanecía suspendida entre sus dedos.
Sonrió, con una certeza nueva en los ojos.
—Entonces el agua me eligió… —susurró.
El anciano respondió con una voz tan baja que apenas fue un murmullo:
—No, niña.
El agua no elige.
Solo recuerda lo que le pertenece.
Y en ese instante, el lago reflejó una imagen imposible:
la silueta de Alethea convertida en un dragón de escamas líquidas, surcando un océano sin fin.

Chapter 15

El tercer amanecer llegó.
Alethea despertó antes que el sol, con el cuerpo aún cansado del entrenamiento anterior, pero con el alma vibrando como si hubiera soñado con las mareas.
Nerythar la esperaba junto al lago, donde la bruma se enroscaba en su bastón como una serpiente viva.

Tharros estaba sentado sobre una roca, afinando una pequeña lira hecha de hueso de leviatán. Su música era lenta, casi ritual, un murmullo que parecía despertar el agua que dormía en el aire.
—Hoy no tocarás el lago —dijo el anciano sin mirarla—.
Hoy aprenderás a llamar al agua que no ves.
Alethea frunció el ceño.
—¿Cómo puedo invocar algo que no está?
El anciano la miró por fin, y en sus ojos había un reflejo antiguo, un océano contenido.
—El agua siempre está.
Aunque no la veas, respira contigo.
Cada aliento que exhalas lleva su memoria.
Hoy aprenderás a devolverle ese suspiro.
Nerythar levantó el bastón y lo hundió en la arena.
Una vibración recorrió el suelo.
El aire se volvió pesado, húmedo, como si la atmósfera misma recordara que alguna vez fue mar.
El anciano extendió una mano y exhaló con fuerza. De su aliento brotó una bruma densa que se condensó frente a ellos, tomando forma líquida.
En cuestión de segundos, una esfera de agua pura flotaba en el aire, girando lentamente, reflejando la luz del amanecer.
Alethea observó, maravillada.
—¿Eso vino… del aire?
—Del aire, del calor, del pulso de la vida —asintió el anciano—.
El agua no se crea ni se destruye, solo cambia de estado.

Lo que ves es su recuerdo materializado.
Tú debes aprender a recordarla también.
El anciano dio un paso atrás.
—Ahora, inténtalo tú.
Alethea tragó saliva.
El viento le rozaba la piel, cargado de humedad.
Cerró los ojos, buscando el ritmo del mundo.
Recordó las palabras del día anterior: "El agua no te obedece, te reconoce."
Respiró.
Sintió cómo el aire entraba en sus pulmones, tibio, denso.
El cuerpo empezó a vibrar.
Sus manos se levantaron despacio, dibujando un gesto circular.
Al principio no pasó nada.
Solo el sonido de su respiración.
Luego, un estremecimiento.
El aire frente a ella comenzó a brillar.
Partículas de vapor se reunieron en un punto, titilando como polvo de luna.
De pronto, una pequeña gota apareció, suspendida, temblorosa.
Alethea sonrió.
Pero la gota cayó antes de tiempo, disolviéndose en el suelo.
Nerythar no dijo nada.
Se limitó a observarla con paciencia.
Ella respiró hondo y volvió a intentarlo.
Una, dos, tres veces.
Nada.
El anciano caminó hasta quedar a su lado.
—Estás pidiendo con la mente —dijo suavemente—, pero el agua responde al corazón.
Escucha tu interior, no al mundo.
El viento sopló más fuerte.
El lago murmuró a lo lejos.
Alethea bajó la cabeza, cerró los ojos y recordó.

Recordó su infancia junto al mar, las tardes en las que corría entre las olas, las veces que sintió que el agua la abrazaba como si la conociera.
Recordó la risa de su padre, el sabor salado del aire, la sensación de ser parte de algo inmenso.
Y entonces, el aire cambió.
Pequeñas gotas comenzaron a condensarse a su alrededor.
Miles de esferas diminutas flotaban, como polvo suspendido en la luz.
Alethea alzó las manos, y las gotas se reunieron frente a ella, girando lentamente, uniéndose hasta formar una esfera perfecta, tan clara que parecía hecha de cristal líquido.
El anciano asintió con solemnidad.
—Eso es.
El agua no responde a la voluntad, sino al recuerdo.
Cada molécula te ha sentido alguna vez.
Tú solo la has llamado por su nombre.
Alethea giró la muñeca, y la esfera la siguió.
El movimiento era suave, armonioso.
Podía sentirla como una extensión de sí misma.
Intentó alargarla, estirarla… y la esfera se convirtió en una cinta ondulante, como un velo flotando en el aire.
Rió sin poder evitarlo.
Tharros dejó de tocar y la observó fascinado.
—Es hermosa —susurró.
Pero el anciano la interrumpió.
—No te dejes engañar por la belleza.
El agua, cuando se eleva, se vuelve caprichosa.
Ahora debes darle forma… o te consumirá su danza.
Alethea asintió.
Concentró su energía.
La cinta de agua se contrajo, se retorció… y comenzó a transformarse.
Primero en una espiral, luego en una figura más definida.
Una flor.

Una flor hecha de agua pura, suspendida frente a ella, latiendo con su mismo pulso.
Cada pétalo brillaba con destellos azules.
El anciano cerró los ojos un momento, emocionado.
—La flor del mar… símbolo de los antiguos Thalassor.
Hace siglos que nadie lograba invocarla.
Alethea la observó, maravillada.
La flor parecía viva.
Pero de pronto, un estremecimiento la recorrió.
La figura tembló, el agua perdió cohesión, y todo se derrumbó sobre la arena.
Ella cayó de rodillas, agotada.
El anciano la ayudó a incorporarse.
—No es un fallo —dijo con voz tranquila—.
Es el precio.
Cada forma que das al agua te roba una parte de ti.
Por eso debes aprender a fluir, no a forzar.
Alethea respiró, con el pecho ardiendo.
—Entonces… ¿cómo se moldea sin romper?
—Con equilibrio —respondió el anciano—.
Así como el mar abraza a la tierra sin destruirla.
Deja que tu energía fluya con la suya, no contra ella.
Volvió a intentarlo.
Esta vez no buscó crear una forma bella, sino acompañar el ritmo.

Su respiración se sincronizó con el movimiento de las gotas que flotaban en el aire.
Y entonces, lentamente, el agua se alzó una vez más, formando un arco fluido que se movía con ella, como si bailaran juntos.
Era una danza antigua, serena, un lenguaje sin palabras.
Nerythar sonrió.
—Ahora comprendes.
No moldeas el agua… la convences de moverse contigo.
El sol comenzaba a caer, tiñendo la niebla de tonos dorados.
El lago reflejaba el brillo de la esfera que aún giraba sobre las manos de Alethea.

El aire se llenó de vapor, de luz, de un poder que parecía despertar desde los tiempos más antiguos.
Tharros se levantó, con una sonrisa leve.
—Cuando domines eso, Alethea… el mar entero responderá a tu voz.
Ella lo miró, aún jadeante.
—Entonces no descansaré hasta escucharlo.
El anciano golpeó suavemente el suelo con su bastón.
El sonido retumbó en el aire como un eco marino.
—Y así debe ser, hija del agua.
Porque dominar el aire es dominar la memoria del océano.
Y hoy, el océano ha recordado tu nombre.
El viento sopló una última vez.
La esfera de agua se disolvió lentamente en la neblina, regresando a su origen.
Y en el silencio que quedó, Alethea comprendió algo:
el verdadero poder no estaba en invocar el agua… sino en aceptar que ella siempre había estado allí, esperándola.

Chapter 16

El amanecer llegó cubierto por un velo azul.
El aire estaba tan quieto que se oía el murmullo del agua respirando.

El lago, antes sereno, parecía observarlos, como si presintiera que algo antiguo volvería a despertar.
Alethea se arrodilló frente a Nerythar, con las manos aún húmedas del entrenamiento anterior.
Sus ojos reflejaban el brillo del amanecer, un azul tan profundo que parecía no pertenecerle del todo.
Tharros permanecía detrás de ella, en silencio, apoyado sobre su lanza trenzada de coral oscuro.
El anciano habló con voz grave:
—Has aprendido a invocar el agua.
Has logrado darle forma.
Ahora aprenderás a dejar que ella tome la tuya.
Alethea alzó la mirada, confundida.
—¿Cómo puede el agua tomar mi forma?
Nerythar se acercó. En su mano llevaba una concha tallada, llena de un líquido que parecía contener la aurora.
—El agua es más que un elemento —dijo—.
Es la memoria del mundo.
En cada gota vive un fragmento de energía.
Y en ti, Alethea, vive la chispa de los Eternos.
Cuando ambas memorias se encuentran, el agua se vuelve sangre, y la sangre… se vuelve poder.
Dejó la concha frente a ella.
—Bebe.
Alethea obedeció.
El líquido era frío, pero al tocar su lengua, una corriente cálida la recorrió por dentro.
Sintió que algo se agitaba bajo su piel, como si su corazón latiera al ritmo del lago.
El aire se volvió espeso, vibrante.
Su respiración cambió de ritmo; era como si respirara agua.
El anciano levantó su bastón.
Del extremo surgió un resplandor que se extendió en espiral, dibujando sobre el suelo un círculo de símbolos antiguos.
Las runas brillaban con un tono turquesa, pulsando como si tuvieran vida.

—Dentro de este círculo —dijo—, el agua que toques será tu reflejo.
Si tu espíritu está en calma, curará.
Si tu espíritu está herido… destruirá.
El viento sopló con fuerza, levantando la arena.
Alethea se incorporó y extendió las manos.
El aire respondió de inmediato.
Una bruma translúcida la envolvió, elevándose a su alrededor.
El agua surgió del aire, de sus poros, de su respiración misma, como si su cuerpo hubiera aprendido a recordarla.
El anciano asintió lentamente.
—Ahora siente el pulso.
No pienses.
Solo deja que fluya.
Alethea cerró los ojos.
El agua comenzó a girar en torno a ella, formando un espiral que subía desde sus pies hasta su pecho.
Podía sentirla dentro, atravesando su corazón.
Un temblor la recorrió.
Su piel brilló con un resplandor acuático, y las venas de sus brazos se iluminaron, trazando líneas azules que pulsaban al compás de su respiración.
El anciano hizo un gesto.
Una pequeña roca se elevó del suelo frente a ella.
—Concéntrate —ordenó—.
Toca el agua que corre por tu interior y extiéndela hacia afuera.
Convierte tu energía en movimiento.
Alethea levantó la mano.
El aire tembló.
El agua que giraba a su alrededor se detuvo un instante, luego se condensó en un rayo azul que impactó contra la roca.
El sonido fue seco, contenido, pero cuando el vapor se disipó, la piedra estaba partida en dos.
Tharros silbó entre dientes.
—Eso fue…
—Imperfecto —interrumpió el anciano—.
Destruir es fácil.

Ahora debes aprender a sanar.
El anciano sacó de su túnica una rama marchita, casi sin vida, y la colocó frente a ella.
—Haz lo contrario.
No la rompas. Devuélvele el pulso.
Alethea tragó saliva.
Todavía sentía el agua latiendo en sus venas, pero ahora debía cambiar su dirección.
Respiró profundo.
Su energía giró dentro de su cuerpo, volviéndose más suave.
Las luces azules se tornaron verdes, como el reflejo del mar bajo el sol.
Acercó las manos a la rama.
Pequeñas gotas emergieron de su piel, se elevaron lentamente y cayeron sobre la madera seca.
Durante unos segundos no ocurrió nada.
Tharros, se hizo atrás de ella y guio sus manos haciéndose uno con ella, sintieron una conexión profunda
Luego, un brote minúsculo surgió del tallo, temblando.
Una hoja.
Después otra.
Y finalmente, la rama volvió a vivir.
Alethea jadeó.
Su cuerpo temblaba.
El anciano sonrió apenas.
—Eso fue equilibrio.
El agua es vida, pero también es juicio.
Si tu alma arde de rabia, ahogará.
Si tu alma fluye en calma, curará.
Ella miró sus manos, aún temblorosas.
—¿Y si pierdo el control?
—Entonces el agua te recordará como a todos los que se atrevieron a desafiarla. —La voz del anciano se volvió grave—.
Los antiguos Thalassor decían que el mar no castiga, solo devuelve.
Recuerda eso, Alethea.
El agua devuelve todo lo que tocas.

Tharros, apoyo una mano en su hombro.
—Tu energía brillaba como si el mar respirara contigo —susurró—. Nunca había visto algo así.
Alethea lo miró, con el rostro pálido pero firme.
—Tampoco yo.
Es como si el agua me conociera… como si supiera lo que temo.
El anciano asintió.
—Lo sabe.
El agua no escucha las palabras.
Escucha la verdad que intentas ocultar.
Un silencio se extendió entre ellos.
El viento trajo el olor a tormenta.
Las nubes se cerraban sobre el lago, oscuras, pesadas.
El anciano alzó la vista.
—El entrenamiento ha terminado por hoy.
Pero el mar no descansa.
Cuando duermas, él te hablará.
Y si escuchas su voz, no le temas.
Solo los que aceptan su llamado pueden sanar… o destruir.
El cielo rugió con un trueno lejano.
Tharros tomó la mano de Alethea, y juntos observaron cómo la lluvia comenzaba a caer sobre el lago.
Cada gota que tocaba su piel brillaba con un tenue resplandor azul.
El agua los reconocía.
Y, por primera vez, el poder de los Eternos se manifestaba en ella por completo.
El anciano sonrió, mirando hacia el horizonte.
—El equilibrio ha despertado.
Y el mundo… empezará a recordarlo.

Chapter 17

El amanecer se desangraba sobre el horizonte en tonos de acero y espuma.
El aire olía a sal y electricidad, y el lago —que hasta la víspera había permanecido quieto— rugía ahora como si algo se agitara en sus entrañas.
Alethea se incorporó de golpe.
La brisa que entraba por la grieta de la roca era tan densa que su respiración se volvió un esfuerzo.
Las aguas estaban inquietas.
El poder del día anterior no había desaparecido… solo dormía, esperando volver a despertar.
El anciano Nerythar la observaba desde la entrada de la cueva.
Sus ojos, grises como conchas viejas, brillaban bajo la luz azul del amanecer.
—El agua te escuchó —dijo con gravedad—.
Pero todavía no te respeta.
Hoy aprenderás lo que sucede cuando olvidas el equilibrio.
Alethea frunció el ceño, aún con el cuerpo entumecido por la energía del entrenamiento.
—¿Qué debo hacer?
—Nada —respondió el anciano, con un leve giro de su bastón—.
El agua ya ha decidido por ti.
Un trueno retumbó a lo lejos, y el lago se partió en ondas violentas.
El cielo se oscureció de inmediato, como si una mano invisible apagara el sol.
Tharros salió detrás de ella, con los ojos fijos en el horizonte.
—No es una tormenta común —murmuró—.
Esto… esto es su poder llamándola.
Alethea sintió el mismo temblor que la recorrió la noche anterior.
Las nubes se arremolinaban sobre el lago, formándose en espiral, y el agua respondía como si respirara su nombre.
El anciano levantó el bastón.
—Ve.

La tormenta te pertenece, pero no te obedecerá si no le demuestras quién eres.
El viento la empujó hacia adelante.
El agua salpicaba su rostro con gotas tan frías que parecían cortar.
Alethea caminó hasta quedar frente al lago, el corazón latiendo con fuerza.
Cuando extendió las manos, el agua se elevó en una pared líquida que la superaba en tamaño.
Un rugido resonó desde las profundidades, tan profundo que el suelo tembló.
Tharros dio un paso al frente.
—¡Algo viene! —gritó.
El lago se abrió como una herida.
Una figura emergió lentamente, envuelta en vapor y relámpagos.
Era un dragón.
Su cuerpo era inmenso, cubierto de escamas de un azul oscuro que reflejaban el relámpago como espejos.
De sus fauces salía humo salino, y su mirada…
Esa mirada atravesó a Alethea como un filo.
El dragón se detuvo frente a ella, con las alas plegadas.
El lago se calmó un instante, solo para dejar oír el retumbar de su respiración.
Alethea dio un paso atrás.
No por miedo, sino por respeto.
El aire a su alrededor cambió; era como si el tiempo se contuviera.
El anciano Nerythar inclinó la cabeza.
—Salve, Aegaron… Guardián de las Profundidades.
El dragón giró su cabeza lentamente hacia el anciano.
Su voz, cuando habló, fue como el rugido de mil olas estrellándose contra acantilados.
—¿Por qué has traído aquí a una humana?
Alethea sintió que la fuerza de esa voz le atravesaba el pecho.
Intentó hablar, pero las palabras no salieron.
Tharros avanzó un paso, con la mirada fija en el dragón.
—No es una humana cualquiera —dijo—. Lleva la sangre de los Eternos.

Aegaron rugió.
El sonido fue tan potente que las olas golpearon la orilla como látigos.
—¡Eternos! —tronó—.
¿Debo creer otra vez en esas mentiras?
¡Los humanos destruyeron nuestras aguas!
¡Nos cazaron, nos traicionaron, nos robaron nuestros hijos!
—Sus ojos, de un celeste fulgurante, se posaron sobre Alethea—.
Y ahora me dices que una de ellos viene a "aprender" el don de los Thalassor.
El anciano levantó su bastón.
—Ella no es una de ellos, Aegaron.
Su espíritu es antiguo.
El mar la llamó por su nombre.
Y tú lo sabes.
El dragón bajó la cabeza lentamente.
El vapor se acumulaba alrededor de su hocico, y el agua temblaba con cada respiración.
Alethea lo miró a los ojos.
No había miedo en ella, solo una tristeza profunda.
—No busco robar lo que no me pertenece —dijo, apenas en un susurro—.
Solo quiero aprender a protegerlos.
Un silencio denso cayó entre ambos.
El dragón la observó por largo rato, inmóvil.
Luego, sin previo aviso, extendió sus alas.
La presión del aire los empujó hacia atrás.
El cielo rugió con un trueno.
—Si realmente hablas en nombre del mar —gruñó Aegaron—, entonces contrólalo.
La tormenta que has despertado responde a tu corazón.
Si no puedes dominarla… el lago te tragará.
El anciano dio un paso atrás.
—Es la prueba —dijo en voz baja—.
Aegaron probará si el equilibrio realmente vive en ella.
Alethea cerró los ojos.

El agua rugía en torno a ella, enfurecida, viva.
Podía sentirla dentro de su pecho, vibrando con su respiración.
Las olas subían, los rayos estallaban en el cielo.
Su poder se desbordaba, amenazando con consumirla.
"Equilibrio", recordó.
Las palabras del anciano resonaron como un eco.
"El agua devuelve todo lo que tocas."
Alethea alzó las manos.
El viento la rodeó, girando con fuerza.
Cada gota suspendida en el aire comenzó a brillar con luz azulada.
El lago se alzó en columnas líquidas que ascendían hasta el cielo, girando a su alrededor.
El rugido de la tormenta se mezcló con su voz, firme y clara:
—¡Soy Alethea de los Eternos!
¡Y el mar me escucha!
El trueno estalló, pero no con violencia.
Las aguas se calmaron de golpe, cayendo en cascadas suaves que devolvieron la calma al lago.
El cielo se abrió, dejando pasar un rayo de sol dorado que iluminó el rostro de Alethea.
Aegaron permaneció inmóvil.
Sus ojos, antes duros como el hielo, se suavizaron apenas.
Luego bajó la cabeza, y su voz retumbó grave:
—El agua te respondió… pero aún no confío en ti.
Solo el tiempo dirá si tus palabras son tan puras como tus dones.
Alethea asintió, agotada pero erguida.
—No busco tu confianza.
Solo quiero que me permitas proteger lo que amo.
Aegaron la observó unos segundos más, luego extendió sus alas y se sumergió en el lago con un rugido que sacudió la orilla.
El agua se cerró sobre él, y la calma volvió.
El anciano se acercó a ella, posando una mano sobre su hombro.
—El mar te aceptó.
Y Aegaron te ha visto.
Puede que aún no crea en ti… pero eso ya es un comienzo.
Tharros sonrió levemente.

—Si sobreviviste a su mirada, podrás sobrevivir a cualquier cosa.
Alethea lo miró, y por primera vez en días, dejó escapar una risa cansada.
El viento sopló, trayendo consigo el aroma del mar abierto.
El anciano alzó su bastón una vez más.
—El equilibrio se fortalece —dijo—.
Y pronto, Alethea… deberás probarlo más allá del agua.
Porque donde el mar termina… comienza la guerra.

Chapter 18

La bruma del amanecer cubría el lago como un velo sagrado.
Los primeros rayos del sol se filtraban entre las montañas, y el agua reflejaba su luz con un resplandor tan sereno que parecía respirar.
Alethea estaba de pie en la orilla, descalza, con los cabellos aún húmedos por el rocío.
El anciano Nerythar observaba en silencio, apoyado en su bastón trenzado con coral.
A un costado, Tharros jugaba con un puñado de arena húmeda, dibujando líneas sobre la superficie como si intentara entender el flujo invisible de la corriente.
—El agua fluye, Alethea —dijo el anciano finalmente—.
Pero hoy no quiero que la domines.
Hoy quiero que seas ella.
Alethea levantó la vista, confundida.
—¿Ser el agua?
El anciano asintió lentamente.
—Hasta ahora has hecho que el lago obedezca tus manos.
Pero el poder verdadero no está en controlar… sino en disolverse.
El mar no lucha.
El mar espera, abraza y transforma.
La joven respiró hondo.
El aire estaba impregnado de sal y un leve aroma a algas.
Cerró los ojos y dejó que la brisa le acariciara la piel.
El anciano se acercó y, con un leve gesto, limpió una gota de sudor que caía por su frente.
Aquella diminuta gota quedó suspendida entre sus dedos, brillando con una luz azulada.
—De aquí nace todo —dijo con voz baja—.
Un océano comienza en una sola gota.
Si logras encontrar el agua en ti… podrás volverte ella.
Alethea observó la gota flotar.
Era perfecta, redonda, viva.
Y en su interior, algo latía.
Un pulso.
El mismo que vibraba dentro de su pecho.
Se arrodilló y posó las manos sobre la superficie del lago.

El agua estaba fría al principio, pero luego comenzó a responder a su energía.
Las ondas que nacían de sus dedos eran suaves, armónicas, como si el lago la reconociera.
—Concéntrate —dijo el anciano—.
Siente el agua dentro de ti.
En tu sangre, en tu aliento, en tus lágrimas.
Todo lo que eres es agua…
Déjala hablar.
Alethea exhaló lentamente.
Una sensación extraña recorrió su cuerpo, como si cada célula despertara.
Su piel comenzó a volverse translúcida, brillante.
Los rayos del sol se filtraban a través de ella, y por un instante, sus manos se disolvieron en corrientes suaves, moviéndose como si fueran parte del lago.
Tharros silbó, maravillado.
—Por los dioses del mar… ¡tus manos parecen de cristal!
Ella sonrió, sorprendida por la sensación.
Podía sentir cada gota, cada vibración del entorno.
El agua y ella ya no eran cosas separadas.
Eran una sola voz.
—Ahora —dijo el anciano—, trata de adoptar una forma distinta.
La más pequeña que conozcas.
No la más poderosa… sino la más humilde.
Alethea parpadeó, insegura.
—¿La más pequeña?
—Sí —confirmó el anciano con una sonrisa velada—.
El agua no teme ser diminuta.
Incluso una gota puede contener la inmensidad del océano.
Ella cerró los ojos otra vez, concentrándose.
Sintió cómo su cuerpo se volvía ligero, etéreo.
El agua la envolvió con un suave zumbido.
Su respiración se mezcló con la corriente, y poco a poco comenzó a desaparecer.
Primero su piel, luego su cabello, su voz, sus pensamientos…

Hasta que ya no hubo Alethea.
Solo un remolino suave en medio del lago.
De pronto, una sombra gigantesca emergió de las profundidades.
Una inmensa silueta azulada rompió la superficie, lanzando un chorro de agua al cielo.
El lago tembló, y Tharros cayó de espaldas entre carcajadas.
—¡Por el tridente de Thalassor! —gritó riendo—.
¡Dijo "la más pequeña", no "la más enorme"!
El anciano se llevó la mano al rostro, intentando mantener la compostura.
—Alethea… —dijo con una sonrisa contenida—.

No me parece que una ballena azul sea precisamente el ejemplo de humildad.
La inmensa criatura que ahora flotaba en el lago emitió un sonido grave, profundo, que retumbó como un canto bajo el agua.
Tharros, sin poder contenerse, añadió entre risas:
—Bueno, al menos no escogió un calamar gigante.
Eso habría sido… mucho más húmedo.
El anciano lo miró de reojo.
—¿Y qué tiene de húmedo un calamar, Tharros?
—Todo, maestro. Absolutamente todo.
Ambos estallaron en carcajadas.
El cuerpo de la ballena se sacudió levemente, provocando una ola que los empapó por completo.
Tharros tosió, empapado hasta los huesos.
—Bueno… creo que eso fue una venganza en toda regla.
Desde las profundidades, un resplandor azul observaba la escena.
Aegaron, oculto entre columnas de agua fría, contemplaba a la joven que había desatado una tormenta y ahora jugaba riendo en forma de ballena.
La observaba con cautela… pero algo en su interior se suavizaba.
Su mente recordaba tiempos antiguos, cuando los humanos y los Thalassor nadaban juntos, cuando las aguas no conocían el sabor de la traición.
Era un recuerdo lejano, casi extinguido.

Pero verla allí, reír, brillar y fluir sin miedo, despertó algo que creyó perdido: curiosidad.
La ballena giró en el lago, lanzando un chorro que formó un arco iris sobre la superficie.
Por un instante, Aegaron olvidó su amargura.
Sus fauces, enormes y temibles, se curvaron apenas en una sonrisa contenida.
Tharros lo notó.
—Mira, maestro… —susurró divertido—.
¿El dragón acaba de sonreír?
El anciano asintió con una calma solemne.
—El mar siempre sonríe…
Solo hay que saber cuándo mirarlo.
El lago volvió a tranquilizarse poco a poco.
La ballena se hundió lentamente, y cuando emergió de nuevo,
Alethea estaba allí, de pie, empapada, riendo.
Su risa era ligera, limpia, como el sonido del agua al romper una roca.
—Lo siento —dijo entre risas—.
Prometo intentar algo más pequeño la próxima vez.
Tharros levantó las manos en broma.
—Por favor no, o acabarás convirtiéndote en una tormenta entera.
El anciano sonrió y asintió.
—Por hoy basta.
El agua ya te ha aceptado…
Y alguien más también.
Alethea lo miró confundida, pero el anciano solo señaló hacia el lago.
Bajo la superficie, un par de ojos luminosos la observaban desde las profundidades antes de desaparecer entre la bruma.
Aegaron.
El dragón no dijo nada, pero su mirada lo dijo todo:
seguía sin confiar del todo en ella,
pero por primera vez…
no quería dejar de observarla.

Chapter 19

La noche había caído sobre el valle como una cúpula de cristal oscuro.
El lago, sereno durante el día, ahora parecía un espejo líquido que respiraba bajo la luna.
Las antorchas de los Nerythar titilaban a lo lejos, reflejándose en el agua como fragmentos de fuego atrapados en su superficie.
Alethea no podía dormir.
Había pasado horas intentando conciliar el sueño, pero algo en el aire parecía llamarla.
Era un sonido que no era sonido… una vibración leve, apenas perceptible, que nacía justo detrás de sus pensamientos.
Cada vez que cerraba los ojos, lo sentía más fuerte.
"¿Me oyes…?"
Abrió los ojos de golpe.
El murmullo se apagó, como si nunca hubiera existido.
Solo el rumor de las olas chocando suavemente contra las piedras.
Se incorporó y miró hacia el lago.
El agua estaba quieta, demasiado quieta.
Ni el más mínimo rastro de viento.
Solo ese silencio espeso, expectante, que antecede a algo.
Alethea se levantó, envuelta en una túnica de lino ligero.
El frío la rozó, pero no le importó.
Cruzó descalza el sendero que conducía a la orilla.
El suelo estaba cubierto de rocío, y cada paso dejaba una huella luminosa, como si el agua reconociera su paso.
Al llegar al borde del lago, el mundo pareció detenerse.
El reflejo de la luna se quebró levemente, y un destello azul profundo se encendió en el fondo.
El mismo resplandor que había visto cuando bebió del agua por primera vez.
"No temas…"
La voz era profunda, grave, pero no humana.

Tenía la cadencia del mar, el ritmo de las mareas.
Resonaba dentro de su mente, pero no con palabras.
Era un idioma antiguo, una mezcla de emociones y sonidos líquidos.
Aun así, la entendía.
Alethea respiró hondo.
—¿Quién… quién eres?
El agua se agitó apenas, como si una risa muda recorriera la superficie.
"No soy enemigo.
Solo observo.
Desde muy cerca."
El corazón de Alethea latía con fuerza.
Miró alrededor, buscando alguna silueta, algún indicio de presencia, pero solo vio el reflejo del cielo.
—¿Eres uno de los Nerythar? —susurró.
Silencio.
Luego, un eco suave:
"Soy más antiguo que ellos.
Más antiguo que el aire, que la roca, que las montañas mismas."
Una corriente fría recorrió su piel.
La sensación era tan intensa que casi cayó de rodillas.
El agua parecía moverse hacia ella, atraída, viva.
Un filamento líquido se deslizó desde el lago y rozó su tobillo, como si la estuviera reconociendo.
"Tu sangre… canta.
Pero aún no sabes qué melodía lleva dentro."
—¿Qué quieres de mí? —preguntó con voz temblorosa.
"Quiero saber… si puedes escuchar."
Alethea cerró los ojos.
Y entonces todo cambió.
Ya no estaba en la orilla.
Ni siquiera en el mundo.
Se encontraba suspendida bajo una cúpula de agua luminosa.
Miles de burbujas flotaban a su alrededor, cada una mostrando fragmentos del pasado: dragones nadando entre ruinas antiguas,

vikingos luchando junto a bestias marinas, la caída de templos sumergidos.
En el centro de ese abismo líquido, dos ojos brillaban.
Azules como el hielo, infinitos como el océano.
No eran hostiles, pero tampoco dulces.
Eran ojos que habían visto siglos de guerra, traición y silencio.
Y ahora la observaban con la cautela de quien teme volver a ser herido.
"Los humanos olvidaron nuestras canciones…"
La voz era un rugido contenido, como una marea bajo presión.
"…pero tú las llevas en tu piel."
Alethea trató de hablar, pero el agua la rodeaba, llenándole los oídos con su pulso.
No podía moverse.
No podía respirar.
Y, sin embargo, no se ahogaba.
El dragón avanzó un poco más.
Su silueta era colosal, majestuosa.
Cada escama emitía un resplandor de luz líquida.
El poder que emanaba de él hacía vibrar el espacio a su alrededor.
"Te observo desde el primer día.
Y aún no decido si eres bendición… o amenaza."
De repente, todo desapareció.
El agua se desvaneció como humo.
Alethea se encontró otra vez en la orilla, empapada, con las manos temblando.
Su respiración era entrecortada, su corazón un tambor frenético.
El anciano apareció detrás de ella, sosteniendo una antorcha.
—Alethea… —dijo con voz grave—.
¿Has vuelto a tocar el agua esta noche?
Ella lo miró, sin saber cómo explicarlo.
—No la toqué.
Fue ella quien me tocó a mí.
El anciano frunció el ceño, y sus pupilas se reflejaron en la luz azul del lago.
—Entonces ya comenzó…

—¿Qué comenzó? —preguntó ella, inquieta.
El anciano miró hacia el horizonte, donde la luna se reflejaba como un ojo abierto.
—El despertar de los antiguos lazos.
Aquellos que se creían perdidos.
El lago te ha elegido, Alethea…
Pero no solo el lago.
A lo lejos, bajo las aguas, algo inmenso se movió.
Una sombra que cruzó el fondo con la gracia de un dios dormido.
Dos ojos se abrieron un instante… y luego se cerraron, como si una promesa silenciosa hubiera sido hecha.
Alethea sintió un escalofrío recorrerle la espalda.
Porque en el fondo de su mente, una voz susurró de nuevo, apenas un murmullo:
"Te encontraré cuando estés lista."
El agua volvió a calmarse.
Y aunque el silencio reinó una vez más, algo había cambiado.
Ya no era solo un lago.
Era un corazón que latía al compás del suyo.

Chapter 20

El amanecer se levantó sobre el lago con una luz azulada, fría, como si el propio cielo contuviera la respiración.
Las aguas estaban en calma, pero bajo la superficie algo se agitaba.
Los Nerythar formaban un círculo en torno al espejo líquido, sus lanzas hincadas en la arena, los ojos fijos en la bruma que cubría el horizonte.
Alethea sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era miedo. Era anticipación.
A su lado, Tharros cerró los ojos, su respiración acompasada con el murmullo del viento marino.
El anciano Nerythar dio un paso al frente y alzó su bastón.
—Hoy, los mares verán si el equilibrio aún habita entre nosotros —dijo, y su voz retumbó como un trueno lejano—.
El Guardián de las Profundidades aguarda. Y no tolerará debilidad.
El lago comenzó a brillar.
Primero fue un resplandor tenue, luego un estallido de luz líquida que envolvió a todos.
Las aguas se separaron con un rugido, y del fondo emergió una sombra inmensa, reptante, majestuosa.
Kaelthrys.

Su cuerpo era como un océano encarnado: escamas que reflejaban cada tono del azul, ojos profundos como abismos y una presencia que hacía temblar el aire.
Las olas se arrodillaron ante él, y los Nerythar bajaron las lanzas con respeto.
—Dragones del equilibrio —tronó la voz del anciano guardián—. Mostrad lo que habéis aprendido.
Tharros intercambió una mirada con Alethea.
Sus ojos dorados brillaron con determinación.
—¿Estás lista? —preguntó.
Ella asintió, aunque su corazón latía con fuerza bajo el pecho.
Ambos dieron un paso hacia el agua.
El lago los recibió con una oleada de energía. Sus cuerpos se transformaron lentamente, la piel tornándose luminosa, las manos extendiéndose en escamas líquidas.
Un rugido surcó el aire cuando las alas de Tharros se desplegaron, salpicando espuma y viento.
Alethea lo siguió, su silueta tornándose grácil y serpenteante, con reflejos plateados y ojos que brillaban como lunas bajo el agua.
El aire vibró.
El poder de los Eternos y el flujo de los Thalassor se entrelazaron por primera vez ante los ojos del guardián.
Kaelthrys los observó, inmóvil, con sus fauces cerradas y su mirada severa.
Su voz resonó dentro de sus mentes, no en el aire.
—El agua no es fuerza… es paciencia. No se conquista, se comprende.
Mostradme si sois capaces de escucharla.
De inmediato, las aguas se levantaron contra ellos.
Torrentes en espiral, columnas que giraban y los envolvían como serpientes líquidas.
Alethea se movió con agilidad, esquivando los remolinos, mientras Tharros extendía sus alas para estabilizarse.
Cada gota era un desafío; cada ola, una lección.
El anciano observaba desde la orilla, sin intervenir.

—La prueba del flujo —murmuró—. Si el agua los acepta, podrán fundirse con ella.
Alethea cerró los ojos.
Sintió las corrientes rozarle el cuerpo, guiándola.
Se dejó llevar… hasta que comprendió que el agua no quería dominarla, sino danzar con ella.
Extendió las garras y giró, trazando un espiral perfecto que hizo que el lago se iluminara en tonos turquesa.
Kaelthrys inclinó la cabeza, apenas, con aprobación silenciosa.
Pero cuando Tharros intentó imitarla, el agua se endureció.
Las olas lo azotaron, derribándolo con un rugido ahogado.
El dragón se levantó, resoplando, el fuego brillando bajo su piel acuática.
—Tu orgullo pesa más que tus alas —resonó la voz del guardián en su mente—.
El equilibrio no nace del control, sino de la entrega.
Tharros gruñó, pero se contuvo.
Alethea lo miró, y en ese instante una conexión invisible los unió.
Sus pensamientos se cruzaron como dos corrientes de un mismo río.
«Déjala fluir», le susurró ella sin mover los labios.
«No luches contra el agua. Sé parte de ella.»
Tharros respiró hondo y cerró los ojos.
Las llamas interiores se apagaron.
El agua comenzó a moverse a su alrededor, suave, obediente.
Cuando abrió las alas, las olas lo elevaron, y su rugido se mezcló con el estruendo del mar.
Por primera vez, el fuego y el agua no se enfrentaban… danzaban.
Kaelthrys los observaba desde las alturas.
Sus ojos titilaron con algo que no era desdén, sino una chispa de esperanza.
La voz telepática volvió a sonar en sus mentes, más baja esta vez.
—No estáis completos, pero hay equilibrio en vuestra unión.
El poder de los Eternos no debe despertar solo; necesita un reflejo, una corriente que lo contenga.
Sois las dos caras de un mismo mar.
De pronto, el lago rugió con una fuerza descomunal.

Del fondo emergieron torbellinos de energía, estallidos líquidos que formaban figuras de dragones antiguos.
Alethea y Tharros se elevaron sobre ellos, girando en perfecta sincronía.
Era una danza ancestral, un ritual de reconocimiento.
El aire se llenó de luces y de un sonido grave, casi musical.
Los Nerythar miraban con asombro.
El anciano sonrió por primera vez en años.
Cuando el movimiento cesó, ambos dragones descendieron suavemente hasta el centro del lago.
Las aguas se abrieron para recibirlos, y Kaelthrys se inclinó ante ellos.
—La prueba está cumplida —dijo con solemnidad—.
El agua os reconoce, pero recordad: aún no dominái lo que sois.
Los mares son antiguos… y observan.
Sus ojos, dos faros abisales, se clavaron en los de Alethea.
Una corriente invisible cruzó entre ambos.
Por un segundo, ella sintió que el dragón hablaba directamente a su alma.
«Hay algo en ti que el océano teme… y necesita.»
Antes de que pudiera responder, Kaelthrys se sumergió, arrastrando consigo una ola inmensa que cubrió el valle.
El lago volvió a la calma.
Tharros y Alethea, agotados, emergieron de nuevo en forma humana.
El sol del amanecer los envolvía, tibio, reflejando en sus pieles los rastros líquidos del poder que acababan de desatar.
El anciano se acercó con paso lento.
—El equilibrio no se enseña —dijo con voz profunda—. Se vive.
Y a partir de hoy, el agua los recordará.
Alethea alzó la vista hacia el lago.
Por un instante creyó ver, bajo la superficie, el brillo de unos ojos inmensos, observándola.
No supo si era Kaelthrys o algo más antiguo… pero sintió que su destino acababa de cambiar.

Chapter 21

El bosque se extendía como un sueño antiguo.
Las raíces respiraban, las hojas susurraban plegarias al viento, y el aire tenía ese aroma a tierra húmeda que solo aparece cuando los dioses despiertan.

Alethea caminaba sola.
Sus pasos eran suaves sobre el musgo, pero cada crujido parecía responderle.
Había una fuerza que la guiaba, un llamado invisible que tiraba de ella hacia el corazón del bosque, donde el aire se volvía más denso, y la luz caía como si el cielo se disolviera en sombra.

Al fin llegó al claro.
Ante ella se alzaba el círculo de piedra: las estatuas de los antiguos dragones.
Cuando llegaron a esas tierras, ese fue el lugar que más le cautivó y desde ese día no había regresado.

Había oído hablar de ellas en las historias del clan, guardianes tallados en tiempos donde los dragones aún caminaban entre los mortales, pero ese día se sentía distinto, se sentía mágico, no sabía

si por estar sola y por primera vez pensar y analizar todo lo ocurrido, pero sentía que encontraría respuestas.

Cada figura tenía un peso espiritual que cortaba la respiración.
El aire vibraba alrededor, y los árboles parecían inclinarse ante su presencia.

Alethea avanzó despacio, deteniéndose frente a una estatua en particular: el dragón del fuego.
Su cuerpo parecía hecho de roca fundida; sus ojos, aunque petrificados, brillaban con un fulgor interno.
Sintió algo extraño, una presión en el pecho.
Era como si el dragón la observara.
No con los ojos de piedra, sino con algo más profundo… un eco de conciencia atrapado en el tiempo.

El bosque guardó silencio.
Las hojas dejaron de moverse.
El aire tembló.

Y entonces, lo sintió.
Una voz grave, antigua, cruzó su mente como un trueno que no provenía de los cielos.

—No temas… aún.

Alethea giró sobre sí misma, buscando el origen.
El aire comenzó a arder.
Las sombras se doblaron y de entre ellas emergió una figura colosal.
Una forma que destrozaba la lógica y la distancia.

Kaelrath.

Su nombre se formó en su mente antes de que él hablara.
Un dragón majestuoso, de escamas rojas como magma líquido y ojos dorados que parecían contener soles.
Su respiración era fuego puro, y cada exhalación hacía temblar los árboles.

Alethea retrocedió un paso, con el corazón latiendo con fuerza.
El dragón la miró, con la serenidad de un dios y el rencor de un

sobreviviente.

—No confío en los humanos —dijo, su voz rugiendo como un volcán —.
No confío en ti.
Pero tampoco confío en Tharros.

Alethea lo miró confundida, sin entender.
—¿Qué quieres decir?

Kaelrath bajó la cabeza lentamente, su mirada ardiente clavada en ella.
—Quiero contarte la verdad.
La verdad que los tuyos ocultan.
La verdad a la que todos temen.

El fuego de su pecho crepitó, y un resplandor rojo iluminó los rostros tallados de las estatuas.

—Tharros no lo recuerda —continuó—, es un Eternal, pero su clan inicio la guerra.
Su poder… fue un error.
Una mezcla prohibida.
Ellos nacieron con los dones de todos los clanes, sí, pero su existencia rompió las leyes del equilibrio.
Y cuando quisieron más… cuando quisieron reinar sobre todos, la ruina comenzó.

Las palabras se arrastraban como fuego por la hierba.
Alethea apretó los puños, tratando de comprender.

—Eso no puede ser cierto. Tharros no es…

—¿Un traidor? —interrumpió Kaelrath, con un rugido que estremeció el suelo—.
No aún.
Pero lo fue su clan desde antes de nacer.

Alethea sintió un escalofrío.
El dragón avanzó un paso; su sombra la cubrió por completo.

—Los Eternos quisieron gobernar los elementos.
El agua, el fuego, el aire, la magia… todo bajo su mandato.
Los Infernox —mis hermanos— fuimos los únicos que los enfrentamos.
Y pagamos el precio.
Nos llaman impetuosos, salvajes, destructores… pero solo defendimos la libertad del mundo.

Un rayo de luz atravesó las copas de los árboles, iluminando su rostro escamoso.
El fuego parecía danzar en sus pupilas.

—Tharros era apenas un niño —dijo más bajo—.
Su madre se opuso a la guerra, como también lo hizo la tuya.
Ella eligió huir.
Abandonó su naturaleza, se convirtió en humana… y desapareció entre los aliados de los Valdreinn.

Alethea lo miró con desconcierto.
—¿Mi madre… era una Eternal, eso me han dicho?

—Sí —respondió el dragón—.
Una de las últimas.
Pero tu padre… no era humano.

El silencio se quebró como cristal.
El fuego a su alrededor se tornó azul, místico.

—Tu padre fue uno de los míos —continuó—.
Un dragón de fuego.

Tu madre y él compartieron sus almas, se entregaron mitad de corazón cada uno.
Y al hacerlo, sellaron su destino.
Murieron como humanos, pero su unión… cambió todo.

Alethea dio un paso atrás, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.
—Entonces yo…

—Eres ambas cosas —dijo Kaelrath, acercándose hasta que el calor la envolvió por completo—.
Corazón de fuego.
Alma de agua.
Y un poder que ni tú misma comprendes.

El dragón la miró, profundo, casi con tristeza.
—Por eso te temen.
Por eso confían en ti, pero también te vigilan.

Si un día eliges el fuego sobre el agua, si dejas que la ira de tu sangre te gobierne,
todo lo que han protegido… se quemará.

Su voz se volvió un susurro cargado de poder.
—Tharros confía en ti, pero no todos confiamos en él.
Y cuando el equilibrio se rompa otra vez, tendrás que decidir.
Si ardes para salvar… o para destruir.

El fuego comenzó a girar a su alrededor.
De las llamas emergió una figura: una mujer envuelta en luz, de rostro sereno y mirada familiar.
Alethea la reconoció de inmediato, aunque nunca la había visto.

—Mamá…

Kaelrath inclinó su cabeza.
—Ella me pidió que te buscara.
Que te dijera quién eres.
Que te recordara que el equilibrio no se hereda.
Se elige.

El dragón exhaló, y el fuego se elevó hacia el cielo, consumiéndose en una espiral luminosa.
Su figura se desvaneció lentamente, dejando tras de sí un rastro de calor y ceniza.

Su voz resonó una última vez, como un eco dentro del alma de Alethea:

—Eres la unión de dos mundos que no debieron tocarse.
Eres la llama y la marea.
Y cuando ambos despierten en ti… el destino arderá de nuevo.

El silencio regresó.
El bosque volvió a respirar.
Pero Alethea ya no era la misma.
Su corazón latía con fuego, sus venas con agua,
y en el fondo de su mente, la voz de Kaelrath seguía viva…
como un juramento,
como una advertencia.

Chapter 22

El fuego aún flotaba en el aire cuando la silueta de Kaelrath comenzó a desvanecerse.
Su figura colosal se fragmentaba en brasas, como si el mismo bosque estuviera respirando su ira contenida.
El suelo vibraba bajo sus garras, y el eco de su voz seguía suspendido entre las hojas como un juramento no cumplido.

Alethea apenas podía moverse.
Su corazón latía con fuerza, mezclando miedo y asombro.
El aire estaba caliente, denso, cargado de energía que parecía querer escapar de su cuerpo.

Pero justo cuando Kaelrath desaparecía del todo, una nueva presencia rasgó el silencio.

Una corriente helada recorrió el bosque.
Las llamas se curvaron hacia atrás, como si temieran algo más antiguo y más poderoso.
Y entonces, una voz profunda, cortante, resonó desde la espesura:

—¿Por qué mejor antes de irte y parecer un héroe… no cuentas toda la verdad, Kaelrath?

El aire tembló.
De entre los árboles emergió una sombra que brillaba con reflejos azulados.
Aéragon.

Sus escamas, de un tono cobalto oscuro con destellos plateados, reflejaban la luz de las brasas que aún danzaban en el suelo.
Sus ojos eran un abismo de agua y tormenta.

Su sola presencia hacía que el calor fuera lentamente reemplazado por un frío que mordía los huesos.

Alethea retrocedió, atrapada entre ambos titanes.
Podía sentir cómo el aire se tensaba, como si el mundo contuviera el aliento.

Aéragon dio un paso al frente.
Su voz, grave y resonante, cortó el aire como una ola contra la roca.

—Hablas de equilibrio y libertad —dijo con desprecio—, pero olvidas que tú y los tuyos también anhelaban el poder.
Olvidas que fueron los Infernox quienes primero soñaron con dominar a los Eternos.
Que ustedes se aliaron con los Vördrung, los vikingos del sur, para destruirlos.
Y cuando creyeron tener el control, sus propios aliados los traicionaron.
Los esclavizaron.
Crearon veneno para someter a todos los dragones, incluso a los tuyos.

u rugido sacudió el bosque.
Las estatuas de los antiguos dragones parecieron estremecerse, como si las palabras de Aéragon despertaran memorias enterradas.

—Por culpa de esa guerra —continuó, su voz volviéndose más amarga—, pagamos todos.

Los del mar, los del aire, los de la magia…
Todos sufrimos la ambición de los Infernox y la soberbia de los Eternos.
Por eso Neryon está cautivo, Kaelrath.
Por su culpa, por la tuya, por la guerra que nunca debió existir.

Kaelrath reapareció entre una llamarada.
Su rugido fue tan fuerte que las aves del bosque huyeron en masa.
El suelo se abrió en grietas por donde brotó magma ardiente.

—¡NO FUE CULPA NUESTRA! —bramó, y su voz hizo temblar los árboles más viejos—.
¡Todo fue un caos!
¡No queríamos que salieran las cosas así!
Fuimos traicionados también.
¡Traicionados por quienes juraron luchar a nuestro lado!

El fuego de su pecho se elevó como un sol.

Kaelrath rugió de nuevo, acercándose, su calor derritiendo la corteza de los árboles.
—¡Todo era para ser libres! —gritó, su voz retumbando entre los truenos—.
¡No solo somos caos!
Del fuego también nace la calma… ¡Del fuego también nace la vida!

La lluvia comenzó a caer con fuerza, humeando al tocar el suelo ardiente.
Ambos dragones se enfrentaron, uno rodeado de llamas, el otro envuelto en agua.
El bosque se convirtió en un campo de guerra contenido, un choque de elementos opuestos, de pasados manchados por el mismo dolor.

Alethea gritó sus nombres, pero ninguno la escuchó.
La energía que desprendían era abrumadora; fuego y agua chocaban en espirales que hacían vibrar el aire.
Los relámpagos iluminaban las estatuas, proyectando sombras de antiguos dragones sobre los troncos.

Y entonces, ocurrió.

Alethea sintió un zumbido en su pecho.
Primero leve.
Luego insoportable.
Su corazón latía tan fuerte que el suelo bajo sus pies comenzó a agrietarse.

El aire a su alrededor se volvió pesado, casi líquido.
Una corriente de energía la envolvió, levantándola del suelo.

—Alethea… —susurró Aéragon, retrocediendo un paso.

La joven no respondió.
Su cuerpo comenzó a brillar con un resplandor que mezclaba fuego y agua.
Su piel se volvió translúcida, sus venas irradiaban luz azul y roja al mismo tiempo.

El cielo rugió.
Las nubes se cerraron sobre sí mismas, y un trueno sacudió el valle.

De pronto, su cuerpo se expandió en un destello cegador.
Donde antes estaba Alethea, ahora se alzaba una criatura gigantesca, majestuosa:
un dragón de escamas plateadas con vetas carmesí que parecían latir.
Sus alas eran tan grandes que con solo un movimiento hicieron volar hojas, ramas y hasta rocas pequeñas.

Sus ojos, completamente blancos, reflejaban un poder que ninguno de los dos dragones había visto antes.

lanzó un rugido que partió el aire en dos, alzando sus alas, invocando una tormenta que oscureció el cielo.

Las nubes se arremolinaron sobre ellos, cargadas de electricidad y furia ancestral.

—Por los dioses… —susurró Kaelrath, retrocediendo por primera vez.

El rugido de Alethea atravesó el bosque.
No fue de ira.

Fue de fuerza pura.
El aire se volvió huracán, el fuego se apagó, la tormenta se detuvo.
Todo obedecía a su presencia.

En un movimiento preciso, abrió sus alas y el viento azotó con tal potencia que los árboles se inclinaron hasta romperse.
El bosque entero pareció respirar con ella.

Habló.
Pero no con palabras humanas.
Su voz fue un canto antiguo, un idioma que ni siquiera los dragones habían escuchado en siglos.
Cada sílaba resonaba como un conjuro que tejía fuego, agua y aire al mismo tiempo.

Las llamas de Kaelrath se congelaron al instante.
Su cuerpo entero quedó envuelto en una capa de escarcha azulada.
El fuego, su esencia, no respondía.
Aéragon, atónito, intentó moverse… pero una fuerza invisible lo detuvo.

Alethea los miró a ambos.
Su mirada era pura energía.
Ni ira ni ternura.
Equilibrio absoluto.

El aire estalló en silencio.
Una calma sobrenatural envolvió el bosque.
Ni una hoja se movía.

Y entonces, en el centro de esa quietud imposible, su voz resonó, como una ola que arrastra todo a su paso:

—El equilibrio… no se impone. Se siente… —susurró, mientras un viento circular comenzaba a girar a su alrededor—. El fuego no es enemigo del agua… y el aire no teme al fuego…

Pero antes de que terminara su frase, una voz suave, casi imperceptible, se deslizó entre las hojas.

—Basta…

Chapter 23

El aire seguía vibrando tras el caos.
Los árboles aún temblaban, sus raíces parecían retorcerse por la fuerza de lo que acababa de ocurrir. El cielo permanecía oscuro, cubierto por nubes que giraban lentamente, como si aún guardaran la memoria del poder que Alethea había liberado.

Ella respiraba con dificultad. Su cuerpo temblaba, no de miedo, sino de una energía que no lograba contener. Las llamas que habían nacido de su interior se disipaban en el aire, mezclándose con el rocío helado que descendía de las ramas.

Kaelrath seguía inmóvil, su cuerpo colosal cubierto por una capa de escarcha azulada que se derretía poco a poco. Aéragon, aún jadeante, lo observaba con los ojos entrecerrados, preparado para reaccionar. La tensión entre ambos era un hilo encendido, frágil y peligroso.

Los tres giraron al mismo tiempo.
La voz no venía de un cuerpo visible, sino de todas partes. El susurro se movía entre los árboles, acariciando el aire, llenándolo de calma. La temperatura descendió. Las hojas parecieron inclinarse, y una luz tenue emergió desde el suelo, como si el bosque respirara.

—Tú eres Alethea —dijo la voz con dulzura, aunque cargada de autoridad—. Debes aprender a controlar cada don. He visto que ya manejas el agua… dominas un poco el fuego, pero en eso te falta. Casi mueres por no saber contenerlo.

Alethea miró a su alrededor, sin poder ubicar el origen. La voz era femenina, antigua, llena de un eco maternal que le erizó la piel.

—¿Quién eres…? —susurró, apenas audible.

La voz se volvió más firme, y su resonancia iluminó el aire.

—No soy quien importa… sino lo que debes escuchar.
Kaelrath —añadió, dirigiéndose al dragón—, ya que estás aquí, impetuoso… es tu hora de redimirte. De enseñar lo que el fuego puede ser cuando no destruye, sino guía. Ayúdala… porque solo con tu llama aprenderá a dominarse.

Kaelrath bajó la cabeza, con un gruñido grave que resonó en el suelo.
El orgullo ardía en sus ojos, pero había algo distinto: comprensión.

Entonces, un suave destello rosado cruzó el claro.
El reflejo del lago comenzó a brillar, y de entre la bruma emergió una pequeña silueta. Era un dragón diminuto, de escamas rosadas y reflejos lilas, que caminaba con gracia hacia el agua. Su cuerpo irradiaba serenidad, una calma tan pura que el aire mismo pareció contener el aliento.

Alethea la observó maravillada. Su corazón latía con fuerza, pero no sentía miedo.
El dragón se acercó al borde del lago, bebió un sorbo, y luego giró su cabeza hacia ella. Sus ojos eran grandes, suaves, cargados de sabiduría y ternura.

—Hola —dijo, inclinando su cabeza en un gesto de cortesía—.
Yo soy **Eldryon**, dragona de la magia, del clan **Mysticor**.

Su voz era armoniosa, como el sonido de un cristal al tocar el agua.
Alethea parpadeó, aún entre la incredulidad y la fascinación.
Sus alas lilas reflejaban cada chispa de luz, y su pequeña figura parecía envolverlo todo con una energía cálida y pura.

Pero antes de que pudiera responder, otra voz se escuchó desde el otro extremo del claro.
Era una voz masculina, traviesa, ligera como una brisa.
Un segundo dragón enano emergía del bosque, caminando entre los rayos de luz y jugando con una mariposa que revoloteaba frente a su hocico. Tenía escamas plateadas con tonos celestes, y sus ojos brillaban como el cielo en calma.

—Y yo soy **Zhaelor**, su gemelo —dijo con una sonrisa—.
El dragón del aire, del clan **Zephyrion**.

Eldryon lo miró con un gesto divertido, como si ya conociera su teatralidad.
Zhaelor estiró sus pequeñas alas y dio una vuelta sobre sí mismo, dejando una estela de viento que movió el cabello de Alethea.

—No creas que por ser pequeños somos menos fuertes —añadió, con un toque de orgullo—.
Nosotros te hemos acompañado toda la vida, Alethea.
Siempre hemos estado contigo.

Ella frunció el ceño, confundida.
—¿Conmigo…? Pero… yo nunca…

—¿Nos viste? —interrumpió Eldryon con una sonrisa suave—.
Claro que sí. Solo que no en esta forma.

La dragona dio un paso hacia ella, su mirada llena de cariño.
—¿Recuerdas a Rigo y a Luna… tu gato y tu perrita? —susurró.

El aire se congeló un instante.
Alethea la miró con los ojos abiertos de par en par, su corazón se aceleró.
—No… eso no puede ser…

Zhaelor soltó una pequeña risa, divertida y melancólica a la vez.
—Claro que puede. Éramos nosotros.
Nos quedamos contigo, escondidos en formas simples, porque debías aprender a amar antes de comprender.
A cuidar antes de destruir.

Eldryon asintió con dulzura.
—Recuerdas cuando el viento los guio hasta esta isla, cuando creíste que fue suerte… —su voz se volvió un susurro—.
Ese fui yo.

Alethea sintió las lágrimas subirle a los ojos. Cada palabra parecía devolverle un fragmento de su vida, un significado oculto tras la rutina de los años.

Zhaelor bajó la mirada, más seria esta vez.
—Y cuando la sacerdotisa apareció para ayudarte durante tu cautiverio… no fue coincidencia.
Yo la envié.
Siempre hemos estado a tu lado, pequeño amanecer.
Solo esperábamos que despertaras.

El silencio se apoderó del bosque.
Las nubes comenzaron a disiparse, dejando pasar rayos de luz dorada que se filtraban entre los árboles.

Alethea, temblando, cayó de rodillas frente a ellos. El aire alrededor se volvió cálido, y una lágrima cayó sobre el suelo cubierto de hojas.

Eldryon se acercó y tocó su mano con su hocico.
—No estás sola, Alethea.
Nunca lo estuviste.
Somos parte de ti, como tú lo eres del equilibrio.

Zhaelor levantó su cabeza hacia el cielo y exhaló un suave soplido.
Una mariposa, la misma que había estado jugando con él, se posó sobre el hombro de Alethea.
Ella la miró, y por un momento, el mundo entero pareció detenerse.

Los dragones la rodearon. El bosque respiró.
Y entre el fuego, el aire y la magia…
nació el silencio más puro.

Chapter 24

El bosque aún respiraba el eco de la magia.
El mundo parecía detenerse un instante… hasta que, a lo lejos, una figura emergió entre la bruma.

Tharros.

Caminaba con paso firme, aunque sus ojos cargaban la tensión de alguien que había visto demasiado. A su lado, el anciano de las túnicas grises avanzaba con la serenidad de quien conoce los secretos del tiempo.
El silencio se hizo absoluto mientras ambos cruzaban el claro.

Alethea se puso de pie, su respiración entrecortada, y los dragones —Kaelrath, Aéragon, Eldryon y Zhaelor— guardaron un respeto silencioso.
El anciano se detuvo en el centro, justo bajo el primer rayo de sol que atravesó las copas.

Sonrió.
Su voz, grave y llena de sabiduría, resonó entre las piedras antiguas.

—El amanecer… —dijo con solemnidad— ha logrado lo que siglos de guerra no pudieron.
Hoy, el fuego, el aire, el agua y la magia se han encontrado.
Hoy inicia un nuevo mundo.

Los árboles respondieron con un murmullo leve, como si el bosque mismo aprobara sus palabras.
Tharros miró alrededor, su atención deteniéndose en Alethea.
Su ceño se frunció.
Ella bajó la mirada, incapaz de sostener la suya.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz contenida, dando un paso hacia ella—.
¿Por qué me miras así, Alethea?
Esa mirada… inquisidora… ¿qué significa?

Alethea abrió los labios, pero las palabras no salieron.
El silencio se volvió más denso.

Fue entonces cuando Eldryon avanzó despacio, sus pequeñas patas rosadas dejando marcas brillantes sobre el suelo húmedo.
Levantó la mirada hacia Tharros, con la dignidad de una reina en cuerpo diminuto.

—Debes saberlo —dijo suavemente—.
No se trata de culpa… sino de verdad.

Y con una voz clara, comenzó a contar todo.
El encuentro con Kaelrath, las revelaciones, la guerra entre los Infernox y los Eternos, las alianzas con los Vördrung, la traición, el veneno que esclavizó a los dragones, el caos que consumió los cielos.
Cada palabra era como una chispa encendida en el aire.
El fuego de Kaelrath brilló con furia contenida, Aéragon cerró los ojos, y el anciano permaneció inmóvil, escuchando con atención serena.

Cuando Eldryon terminó, el silencio fue más pesado que cualquier rugido.
Tharros se quedó quieto, con la mirada perdida.
Sus labios temblaron.
Dio un paso atrás… y otro.

—No… —murmuró, con voz quebrada—. No puede ser…

Sus rodillas cedieron, y cayó al suelo.
Sus manos se enterraron en la tierra, y la rabia empezó a arderle en la piel como brasas vivas.
El eco de las palabras de su madre regresó a su mente, como fragmentos de un sueño que se desmoronaba.

"Los Eternos fueron la esperanza… fuimos los guardianes de la pureza, los herederos del equilibrio…"

—¡Mentiras! —gritó, golpeando el suelo con fuerza.
El fuego brotó entre sus dedos.
Sus ojos ardían de dolor, de traición, de confusión.
—Toda mi vida creí… que éramos los buenos. Que mi madre… —su voz se quebró—, que ella me había dejado un legado de luz… y ahora… ahora todo es ceniza.

El anciano se acercó lentamente, su sombra cubriéndolo.
Colocó una mano sobre su hombro.
Su voz, grave y compasiva, resonó como un trueno suave.

—Te dijo la verdad, Tharros.
Solo que te contó la parte que recordaba antes de la guerra.
Te mostró lo bello, lo noble… lo que aún existía antes de la corrupción.
Pero ocultó lo que no pudo soportar.
Lo que temía que te convirtiera.

Tharros levantó la mirada, con los ojos llenos de rabia y lágrimas.
El anciano continuó:

—El que no conoce la historia… está condenado a repetirla.
Ahora la conoces, muchacho.
Y quiero saber…
¿De qué lado estás?

El viento se detuvo.
El bosque enmudeció.
Tharros permaneció en silencio, con la respiración agitada. Su cuerpo temblaba.
Alethea dio un paso hacia él, pero no alcanzó a tocarlo.

El fuego comenzó a envolverlo.
Su piel se tornó dorada, sus ojos brillaron como brasas, y sus alas surgieron en un estallido de luz.
En un rugido desgarrador, Tharros se transformó.

Un dragón inmenso, de escamas relucientes y mirada llena de tormenta.
Abrió sus alas con violencia, levantando una ráfaga de viento y polvo.
Sin pronunciar una palabra, alzó el vuelo y desapareció entre las nubes que comenzaban a arder con el amanecer.

Alethea extendió la mano.
—¡Tharros! —gritó—. ¡Espera!

Pero una pequeña garra la tomó del brazo.
Era Zhaelor.

Su mirada, aunque dulce, estaba llena de firmeza.

—No lo sigas —dijo con voz grave, casi paternal—.
Déjalo ser.
Debe encontrarse a sí mismo…
para poder encontrarse contigo.

El silencio regresó una vez más.
Solo el sonido del viento llenaba el bosque, soplando entre las ruinas del pasado.
Alethea cerró los ojos, y una lágrima rodó por su mejilla.
Sabía que algo se había roto…
pero también, que algo nuevo acababa de comenzar.

El amanecer los envolvió a todos, bañando el claro con una luz dorada.
Eldryon levantó el rostro, respirando la brisa.
El anciano observó el horizonte con calma.

Y en el aire flotaron sus palabras, como una profecía silenciosa:

—Para que un nuevo mundo nazca…
primero, deben arder los cimientos del antiguo.

Chapter 25

El cielo rugía.

Tharros volaba entre nubes que ardían como brasas.
El aire se cortaba contra sus alas extendidas, cada aleteo era una exhalación de fuego y furia.
No había dirección, no había destino: solo la necesidad de escapar.
De Alethea.
De Kaelrath.
De sí mismo.

El horizonte era una línea roja, hirviente.
El amanecer lo perseguía, pero él volaba más rápido, intentando dejar atrás lo que acababa de escuchar.
Las palabras del anciano retumbaban en su cabeza como truenos:

"El que no conoce la historia está condenado a repetirla…"

Cerró los ojos un instante, pero las imágenes regresaron.
Su madre, su voz, las enseñanzas, los rezos que repetía cuando era niño.
Todo se mezclaba con el rugido del viento.

—¡No puede ser! —gritó, y de su garganta brotó un rugido que estremeció los cielos.

El fuego lo envolvía.
El aire alrededor vibraba con su energía.
Y sin darse cuenta, su cuerpo lo guió, como si un instinto más antiguo que él mismo lo arrastrara.
Volaba hacia el norte.
Hacia las ruinas que una vez fueron su hogar.

El castillo surgió entre la niebla como un recuerdo espectral.
Sus torres, erosionadas por el tiempo, aún conservaban el brillo dorado de los Eternos.
Las columnas estaban talladas con símbolos antiguos: círculos de poder, runas que alguna vez contenían la energía de todo un clan.
Ahora solo quedaban grietas, silencio… y ecos.

Tharros aterrizó en el patio central.
El suelo crujió bajo sus garras.
El aire estaba impregnado con el olor a piedra y ceniza.

Avanzó lentamente, y a cada paso, las memorias dormidas comenzaron a despertarse.
Las paredes susurraban su nombre.
Las sombras parecían moverse, proyectando imágenes que no sabía si eran recuerdos o ilusiones.

Cerró los ojos, buscando calma.
Pero entonces, la vio.

Una imagen fugaz.
Él mismo, de niño, corriendo por esos pasillos.
Su madre —una figura serena, de mirada dulce— inclinándose para acariciar su rostro.
Su padre, imponente, con la armadura de escamas doradas, observando desde la distancia.
El niño reía.
El guerrero, no.

Un temblor recorrió el suelo.
El fuego danzó sobre las paredes, formando figuras que se retorcían en el aire.

De pronto, el dolor lo atravesó.
Su cabeza ardió.
Cayó de rodillas.
Su mente se abrió como una herida.

Y las visiones llegaron.

Los dragones de fuego, los Infernox, ardían con un resplandor feroz.
Los Eternos, con escamas que reflejaban todos los colores del firmamento, avanzaban con solemnidad.
El aire estaba cargado de poder.
No había unidad, solo orgullo.

Tharros respiraba con dificultad. Sentía el peso de la visión oprimiéndole el pecho, una fuerza invisible que lo arrastraba dentro de su propia sangre, dentro del eco del pasado.

A su alrededor, el cielo era un campo de guerra suspendido. Las nubes se desgarraban por el choque de las alas, por los rugidos que hacían temblar el aire mismo.
Dragones de todos los clanes volaban en círculos, amenazantes, esperando la orden final.

El fuego y la luz se enfrentaban.
El mundo parecía contener la respiración.

Desde lo alto, vio la formación de los Eternos: majestuosos, luminosos, sus escamas reflejaban el oro del sol y el azul del océano. Entre ellos, un dragón sobresalía.
Gigante. Dorado. Con una corona natural de puntas cristalinas que parecían canalizar la luz misma.
Sus ojos eran truenos comprimidos. Su voz, cuando habló, partió el firmamento.

—El equilibrio no se comparte. Se impone.

Los Eternos rugieron como un solo ser. Frente a ellos, el ejército de los Infernox respondió con llamas que ascendieron hasta oscurecer el cielo.
Sus líderes avanzaron en un semicírculo de fuego vivo.
El más imponente era un dragón rojo oscuro, de mirada indómita. Tenía cicatrices que cruzaban su pecho como relámpagos petrificados. En sus ojos ardía una mezcla de furia y orgullo que solo los condenados poseen.

—No somos tus sombras, *Maelvorn* —bramó el Infernox, abriendo las alas—. No obedeceremos a los que nacieron creyéndose dioses.

Tharros sintió que su pulso se aceleraba.
Maelvorn. El nombre resonó dentro de su mente como un tambor de advertencia.
Sabía, sin saber por qué, que ese era el título de su padre.
Y que lo que estaba viendo no era un sueño… era un recuerdo.

Los dragones se elevaron, y el aire se volvió un campo de rayos y ceniza.
Los hechiceros Mysticor habían sellado su magia para no intervenir, pero sus runas flotaban en la atmósfera, encendidas como ojos.

Los Zephyrion rugían desde las alturas, lanzando ráfagas que agitaban las llamas.
Y los Thalassor, desde los lagos cercanos, veían reflejarse el caos en sus aguas.

Maelvorn habló de nuevo, su voz atronadora.
—El fuego no comprende límites. Pero el fuego también destruye lo que ama.

El Infernox rugió con rabia, su voz vibró con siglos de resentimiento.
—¡Y la luz que predicas quema igual! ¡Nos llamas caos, pero tú eres soberbia disfrazada de orden!

El choque fue inevitable.
El cielo se partió en dos.

Fuego y resplandor chocaron como mares en tempestad.
Tharros sintió el aire vibrar dentro de su pecho, el rugido de Maelvorn expandiéndose como una tormenta de luz pura.
Los rayos de la *Voz de Trueno* atravesaban las llamas de los Infernox, mientras su ejército avanzaba bajo un rugido que parecía el eco mismo del amanecer.
El estruendo era un canto de destrucción.

A lo lejos, vio a dragones caer envueltos en fuego líquido.
Otros chocaban contra la tierra, dejando cráteres humeantes.
El aire se llenó de ceniza, de gritos, de plegarias que nadie escuchaba.

Y entonces lo vio.
La escena que partiría su alma para siempre.

Maelvorn descendió. Frente a él, una Infernox fue arrastrada por cadenas forjadas con magia.
Su cuerpo temblaba, pero sus ojos seguían desafiantes.
Era Oryndhal la esposa de Kaelrath.

—¡Inclínate! —rugió la Voz de Trueno, su pecho brillando como un sol.
—Nunca —escupió Oryndhal, exhalando fuego negro.

El silencio fue insoportable.
Solo se oían los tambores de guerra a lo lejos y el crepitar del fuego.

Tharros sintió el dolor antes de que sucediera.
El aire se llenó de un rugido seco.
Maelvorn se abalanzó sobre la dragona rebelde, y con una fuerza descomunal, hundió sus fauces en su ala izquierda.

El sonido fue atroz.
Carne desgarrada. Escamas quebrándose como vidrio.
El rugido de Oryndhal se convirtió en un lamento que heló los cielos.
Su sangre cayó como lluvia encendida, tiñendo la tierra con fuego líquido.

Tharros cayó de rodillas, tocando su propio pecho.
Podía sentir el dolor de Oryndhal, podía oler el humo, podía oír el crujido del hueso.
Maelvorn soltó el ala mutilada y rugió hacia los demás.

—Así se forja la obediencia.
—Así se extingue el alma —susurró Oryndhal, cayendo entre las llamas.

Los dragones del aire se apartaron.
Los del agua se hundieron en silencio.
Los Mysticor cerraron sus ojos, incapaces de presenciar la caída.

Y fue entonces cuando la visión cambió.

El campo de batalla ardía.
Los cuerpos caídos se mezclaban con el metal fundido.
Los Eternos gritaban victorias, pero sus rostros eran máscaras de dolor.
El poder que habían desatado ya no podía detenerse.
Incluso el cielo lloraba fuego.

Tharros caminó entre los restos.
Vio dragones jóvenes clamando por sus madres.
Vio a los Infernox encadenados, arrastrados hacia forjas donde su fuego sería usado para crear armas.
Y al fondo, vio a su madre.

Una dragona blanca, luminosa, de ojos de agua.
Estaba huyendo, sosteniendo algo entre sus garras: un huevo dorado.

El viento rugía, los hechizos caían, los relámpagos partían la tierra.
La madre gritó:

—¡Corre! ¡Corre, Maelvorn los encontrará!

Pero ya era tarde.
Maelvorn descendió frente a ella, su mirada ardiendo con el peso de una corona que había dejado de ser símbolo de guía para convertirse en sentencia.
Su voz, grave y rota, resonó en todo el valle:

—Te advertí lo que pasaría si mezclabas nuestra sangre con la de ellos. Has condenado todo lo que somos.

La dragona lo miró con tristeza infinita.
—No. Lo salvé.

Abrió sus alas y, con un último rugido, invocó un portal de luz.
El huevo desapareció entre las llamas.

Y en ese instante, Maelvorn gritó.
Un grito que no era de furia, sino de pérdida.
La luz se quebró. El mundo se derrumbó.

Chapter 26

El aire se volvió más espeso.
El tiempo olía a hierro.
Y el mundo… sangraba.

Las imágenes se encendieron con el brillo enfermizo del amanecer.

Aunque era solo un niño en aquella visión, su pecho ardía con un dolor desconocido.
Sus manos pequeñas temblaban mientras veía cómo los más antiguos Eternos, aquellos que una vez habían gobernado los cielos, ahora jadeaban en el suelo, arrastrándose, intentando alzar el vuelo sin conseguirlo.
El eco de sus rugidos moría en el aire.

Y en medio de aquel infierno silencioso, Maelvorn.

El rey de los Eternos.

Sus alas doradas estaban marchitas, su fuego interior palpitaba débilmente bajo la piel resquebrajada.

Frente a él, Lyssara.
Su belleza, luminosa y serena en otros tiempos, estaba empañada por la angustia.

—Te lo advertí —A nadie le gusta ser humillado, abusaste de tu poder—.

—NO, — grito molesto Maelvorn—
Su voz retumbó en las columnas, resonando con el peso del trueno.

Lyssara negó, con lágrimas que no eran de miedo sino de furia.
—No te atrevas —susurró—. No entiendes lo que hiciste. No entiendes lo que liberaste.

El rey respiró con dificultad, un hilo de vapor escapando de sus labios.
—La bestia que enviaste, esa abominación… puede destruirnos a todos si no se controla. Dime dónde está.

Ella dio un paso atrás. La luz del fuego tembló detrás de su silueta.
—Jamás.

El sonido de su negativa cortó el aire.
Un instante después, Maelvorn sintió un golpe seco en el pecho. Su respiración se detuvo. Los músculos de su cuello se tensaron.
Intentó hablar… pero el suelo lo traicionó.

El rey cayó.
Un estruendo metálico sacudió las paredes.
El eco se propagó como una ola que alcanzó cada sala, cada alma, cada rincón del reino.

Los Eternos caían uno tras otro.

Sus alas se plegaban a medio vuelo, chocaban contra el mármol y se quebraban como porcelana.

El suelo estaba cubierto de escamas apagadas, cuerpos febriles y un silencio que dolía más que cualquier grito.

Un murmullo recorría los pasillos:
—No pueden transformarse…
—Las alas no responden…
—El fuego interno… se apagó…

Lyssara lo miraba , pero lo que encontró en su mirada no era vida: era la sombra del veneno.

Sus ojos, antes bañados en oro líquido, ahora se volvían opacos, quebrados, sin brillo.

—No… —murmuró ella, tocándole el rostro—. No

Detrás, los Eternos se desmoronaban.
Algunos tosían sangre dorada. Otros convulsionaban.
Sus alas, antaño símbolo de eternidad, se deshacían como hojas secas.
El aire estaba cargado de ceniza y miedo.

Lyssara sintió que el mundo se hundía.
El rugido del viento parecía llorar por ellos.
Y en medio del caos, su instinto habló.

Se volvió hacia Tharros.

El pequeño la miraba, sin comprender del todo, pero sabiendo que algo irrecuperable se estaba muriendo.

Ella lo tomó entre sus garras, envolviéndolo con sus propias alas.
No hubo palabras. Solo el sonido de su respiración temblorosa.

El cielo se partió en dos cuando Lyssara y tharros alzarón el vuelo.
El castillo quedaba atrás, envuelto en fuego y niebla.
Los dragones enfermos trataban de seguirla, pero caían uno por uno, rompiéndose contra la tierra.
El rugido del mundo era un réquiem.

Tharros alcanzó a mirar hacia abajo.
El cuerpo de su padre yacía inmóvil entre los pilares.
Los Eternos se arrastraban, sus llamas consumiéndose en un último destello.
Y el niño, con lágrimas ardiéndole en los ojos, comprendió sin entender: el cielo ya no los protegería.

Lyssara voló hasta donde el aire aún respiraba.
Las nubes eran densas, grises, cargadas de tormenta.
Su aliento se mezclaba con el de su hijo, y su vuelo se hacía más pesado con cada segundo.
Pero no se detuvo.

En la espesura del bosque, donde los rayos del sol apenas tocaban la tierra, una sombra los seguía.
Vaelkor.
El hermano de Oryndhal.
El dragón de fuego que había jurado venganza.

Sus ojos ardían con la misma furia que el día en que su hermana fue mutilada.
Había esperado ese momento.
Los Infernox habían envenenado el agua.
Los Vördrung habían preparado las armas.
Y ahora, los Eternos estaban arrodillados ante la ruina.

El veneno ya había hecho su obra.
Un polvo verde, tan sutil como el aire, había entrado en su agua, sus

frutos y su pan. No tenía olor. No tenía sabor. Pero cada sorbo, cada bocado, los había ido vaciando por dentro.

Su fuerza, su magia, su fuego… se estaban muriendo lentamente.

Vaelkor levantó una mano.
El metal de su armadura tintineó suavemente, como el preludio de una tormenta.
Una sonrisa siniestra se dibujó en su rostro.

Entre los árboles, las sombras respondieron a su señal.
Los guerreros vikingos emergieron, con dagas manchadas de veneno, arcos tensos y flechas verdes que parecían respirar muerte.
El aire se llenó de un silbido bajo, seco, implacable.

Vaelkor bajó la vista hacia el valle donde el castillo de los Eternos se hundía en el humo.
—Por mi hermana —susurró.

Y la orden fue dada.

Los Vördrung y los Infernox descendieron juntos, desatando el principio de la masacre.
El cielo se tiñó de rojo.
El fuego cayó como lluvia.
Y mientras Lyssara desaparecía con su hijo entre las nubes, el rugido de la venganza marcó el fin de una era.

Tharros, desde el presente, vio la escena desmoronarse en su mente como un espejo roto.

El suelo del castillo estaba cubierto de polvo y ruinas. El aire olía a ceniza. Sus manos temblaban. Ahora lo sabía. No solo había heredado el poder de los Eternos. Había heredado su culpa. Miró hacia el horizonte, con el corazón dividido entre fuego y sombra. Y por primera vez, comprendió el peso de su destino. Él era el hijo del equilibrio… pero también, el hijo de la guerra.

El eco del pasado lo atravesó hasta los huesos.
Sus ojos ardieron.
Y comprendió, con el alma temblando, que la visión no era solo recuerdo… era advertencia.

Chapter 27

Por su lado Alethea con todos los pilares de los clanes reunidos iniciaría El despertar de los elementos.

El amanecer se desplegaba lento, casi temeroso, como si incluso la luz dudara en interrumpir la quietud de aquel lugar sagrado.

Alethea estaba de pie frente al mar, descalza, con la túnica empapada de rocío y el corazón latiendo con fuerza.

Podía sentir la energía que vibraba bajo la tierra.
Cada ola parecía susurrar su nombre, cada brisa le recordaba que

ese día no era como los demás.

El rumor de alas cortando el viento hizo temblar la arena a su alrededor.
Una sombra inmensa se proyectó sobre el suelo, y con ella, una corriente de aire levantó los cabellos de Alethea.

Giró lentamente.

El dragón descendía con una elegancia que parecía quebrar las leyes del cielo.

Era **Vaeryn**, el dragón del aire.

Sus escamas eran translúcidas, de un tono plateado que capturaba la luz y la devolvía multiplicada en miles de reflejos.
Parecía hecho de vapor condensado, de cristales líquidos suspendidos entre el sueño y la realidad.
Su mirada —dos remolinos infinitos— giraba suavemente, como si en su interior respirara una tormenta eterna.
Cuando habló, su voz no provenía de una garganta, sino del viento mismo.

—Hoy no eres solo hija de los vientos —dijo con solemnidad—. Hoy aprenderás lo que significa ser parte del equilibrio.

Alethea lo miró, intentando disimular la tensión en sus manos.
La brisa le rozó el rostro como un susurro antiguo, recordándole cada duda que había intentado silenciar.

—No sé si estoy lista —murmuró.

Vaeryn inclinó su cabeza, acercando su enorme hocico hasta quedar a la altura de ella.
El aire a su alrededor zumbó, como si el mundo contuviera la respiración.

—Nadie lo está —respondió—. Pero el viento no pregunta si puede soplar. Solo lo hace.

Su voz era una mezcla de sabiduría y tempestad.
Con un leve movimiento, extendió una de sus garras.
El suelo tembló bajo los pies de Alethea y, de repente, la tierra desapareció.

Un torbellino se formó en torno a ella, levantándola del suelo con una fuerza invisible.

El viento la envolvió por completo.

El cielo se abrió sobre su cabeza.
Las nubes giraban como remolinos gigantescos, y Alethea era apenas una chispa suspendida en medio de su danza.
El rugido del aire llenaba sus oídos; no podía pensar, solo sentir.
Su cuerpo giraba, caía, flotaba, volvía a subir.
Cada corriente la empujaba en una dirección distinta, desafiándola.
Por un instante, creyó que el aire quería destruirla.

Intentó gritar, pero el sonido se perdió.
El viento era más fuerte que su voz.
Sintió miedo.
Miedo de caer, miedo de fallar… miedo de sí misma.

Desde abajo, la voz de Vaeryn resonó como un trueno distante.

—¡Concéntrate! —bramó—. No controles el aire… **sé el aire**.

Las palabras lo atravesaron todo.
El vértigo, el ruido, el caos… todo se redujo a un pulso constante.
Alethea cerró los ojos.

Y el mundo cambió.

El rugido se transformó en un murmullo.
Podía escuchar el movimiento invisible de las partículas, el roce entre las ráfagas, la danza de las corrientes que cruzaban el cielo.
Era como si un millón de voces cantaran en un idioma antiguo que solo ella podía entender.
Sintió cada vibración en su piel, cada cambio de presión en su pecho.
Su sangre fluía con el mismo ritmo con que soplaban los vientos.

—Eso es… —susurró la voz del dragón, apenas audible—. Déjalo fluir.

Alethea respiró.
Una vez.
Dos veces.
Y en esa exhalación, su cuerpo se estabilizó.

Las ráfagas dejaron de golpearla.
En lugar de empujarla, la sostenían.

Abrió los ojos.
Estaba suspendida en el centro de una espiral perfecta.
El cielo giraba en torno a ella, obediente.
Las nubes formaban anillos luminosos, y en el corazón del remolino, ella era el centro del equilibrio.

Movió una mano.
El viento giró.
Giró con ella, con dulzura, como un ser vivo que respondía a su voluntad.

Descendió lentamente, guiada por una brisa tibia que parecía acariciarla.
Cuando sus pies tocaron el suelo, el torbellino se disolvió como polvo de luz.

Vaeryn la observaba desde la orilla.
Sus alas extendidas proyectaban sombras que ondulaban sobre el mar.

—Tu voz interior sopla con fuerza —dijo—. Pero recuerda: el aire nunca se somete, solo acompaña.

Alethea asintió, con el pecho agitado y las mejillas húmedas de sudor y emoción.
Sentía el corazón liviano, como si el peso del mundo hubiera desaparecido por un instante.

—¿Esto es… volar? —preguntó, apenas un susurro.

Vaeryn inclinó su cabeza, sus ojos girando lentamente, mostrando destellos de plata y azul.

—No —respondió con serenidad—. Esto es **ser libre**.

El viento se levantó otra vez, revolviendo su cabello, jugueteando con la tela de su túnica.
Las hojas de los árboles cercanos danzaron en espirales, y el mar respondió con una marea suave que rozó la arena.
Todo parecía moverse al ritmo de su respiración.

Alethea extendió los brazos, cerró los ojos y dejó que el aire la envolviera de nuevo.
El poder fluía sin resistencia.
Podía sentirlo en cada músculo, en cada vena.
El aire no obedecía; la reconocía.

El cielo, complacido, lanzó un soplo cálido que la hizo sonreír.

Vaeryn dio un paso hacia atrás y desplegó sus alas, alzando el vuelo con un rugido majestuoso.
Su cuerpo trazó círculos sobre ella, dejando un torbellino de energía que ascendía hasta romper las nubes.
El cielo se abrió, y una ráfaga descendió como una bendición.

Alethea levantó la vista.
El dragón giraba cada vez más alto, fundiéndose con el azul infinito.

Una última frase llegó hasta ella, arrastrada por el viento:

—**El equilibrio no se conquista. Se respira.**

El aire volvió a calmarse, pero en su interior algo había cambiado para siempre.
Ya no era solo la hija de los vientos.
Era la guardiana de su propio espíritu.
La portadora del susurro eterno.

Y en el horizonte, el amanecer finalmente se alzó, rompiendo el velo de la bruma con un resplandor dorado que parecía reconocer su poder.

En ese momento solo una frase estaba en su mente , una frase que de aquí en adelante era su paz. **¨El aire es libre, ella era libre¨,** libre de elegir su destino, libre de elegir con quien estar, a quien ayudar, ser guerra o paz era su elección, era libre de todo, tenia el poder amplio y suficiente para destruir o crear.

—Ya conoces a mis gemelos, ellos confían en ti, no los defraudes. Ellos te han guiado, te han ayudado a llegar aquí.

Chapter 28

El amanecer no había terminado de alzarse cuando el aire de la isla comenzó a arder.
El calor surgió sin aviso, como si la tierra misma recordara un antiguo rencor.
Alethea caminaba descalza sobre la arena negra, y cada paso le

quemaba.
Las corrientes de aire, antes suaves, se volvieron densas, cargadas de ceniza y electricidad.

Una sombra cruzó el cielo.
El rugido llegó antes que el fuego.

Kaelrath descendió envuelto en una llamarada que convirtió la bruma en vapor.
Sus escamas relucían con tonos carmesí y oro líquido; su mirada, intensa y arrogante, la atravesó como una lanza.

—Bueno… —su voz resonó como el retumbar de un volcán distante —. Ya aprendiste lo fácil.
Controlar el agua, acariciar el viento… qué tierno.
Veamos si puedes sobrevivir al fuego.

Alethea tragó saliva, sintiendo cómo el aire se volvía insoportable.
El calor la obligó a entrecerrar los ojos, pero no retrocedió.
Kaelrath bajó la cabeza hasta quedar a pocos metros de ella. Su aliento ardía, el suelo se agrietó bajo sus garras.

—No quiero controlarlo —dijo Alethea con firmeza—. Quiero entenderlo.

El dragón soltó una carcajada grave que hizo vibrar las piedras.
—¿Entender el fuego?
De pronto, el suelo explotó.
Una columna de llamas emergió frente a ella.
Alethea dio un salto hacia atrás, cayendo de rodillas.
El fuego rugió como un animal vivo, y Kaelrath extendió las alas, provocando una tormenta de brasas que la envolvieron por completo.

—¡Detente! —gritó, cubriéndose el rostro.
—¿Detenerme? —gruñó Kaelrath—. El fuego no se detiene por compasión.
Tampoco lo haré yo.

Las llamas la empujaron al suelo.
Su piel ardía, su respiración era un hilo quebrado.
Trató de invocar el agua, pero el calor evaporó cada intento antes de

formarse.
Solo quedaba el fuego, riendo, danzando, castigándola.
Kaelrath la observó sin moverse.
Sus ojos dorados eran fríos, implacables.
—Vamos, "hija del equilibrio" —dijo con desdén—.
Muéstrame de qué estás hecha.

Alethea apretó los dientes, sintiendo cómo la rabia le subía al pecho.
Las lágrimas se mezclaron con el sudor y la ceniza.
—¡Basta! —gritó, levantando la mano, pero solo salió un chorro débil de vapor.
Kaelrath rugió una carcajada.
—Patético.
¿Esto es lo que protegerá el equilibrio?
Una niña que llora frente al fuego.
Dio un paso hacia ella.
Cada pisada era un temblor.
El calor era tan intenso que el aire se doblaba a su alrededor.
—Eres inútil —dijo con voz baja, pero letal—.
Dices que llevas dentro el fuego y el agua, pero solo veo humo y miedo.
¿Nuestro futuro? No.
Eres nuestro fracaso.
Alethea lo miró, furiosa, pero sin fuerza para responder.
Su cuerpo temblaba, su mente giraba en un torbellino de frustración.
Intentó levantarse, pero el calor la derribó otra vez.
Las brasas se pegaron a su piel como mil agujas encendidas.
Kaelrath la rodeó con un círculo de fuego.
—Mírame bien —dijo—.
Esto es lo que enfrentamos durante siglos.
La debilidad disfrazada de virtud.
El fuego no necesita amor, Alethea.
Necesita coraje.

Se giró, extendiendo las alas, el suelo tembló.
—Cuando lo encuentres —añadió, dándole la espalda—, vuelve.
Si sobrevives.

Y con un rugido que partió el amanecer, se elevó hacia el cielo, dejando un torbellino de brasas girando a su alrededor.
Alethea quedó sola, jadeando, rodeada por fuego vivo.
Su respiración era humo.
Su orgullo, ceniza.

Por primera vez, el equilibrio en su interior tembló.

Chapter 29

El aire ardía.
Las brasas seguían girando a su alrededor, lamiendo la arena como si buscaran consumirla.
Alethea seguía de rodillas, respirando con dificultad, con las manos hundidas en la tierra caliente.

Las palabras de Kaelrath se repetían en su mente como cuchillos:
"Eres inútil… nuestro fracaso…"

El corazón le golpeaba el pecho con una fuerza animal.
El fuego rugía dentro de ella, exigiendo salida.
No era rabia.
Era algo más profundo, más primitivo.
Una ira que no venía de su mente, sino de su alma.

El viento cambió.
La temperatura se volvió insoportable.
La arena empezó a flotar, como si el aire mismo se deshiciera.

Alethea alzó la cabeza.
Sus ojos ardían.
Literalmente.

—No… —susurró, temblando—. No soy inútil.

El fuego que la rodeaba se encendió como si la reconociera.
Su cuerpo se arqueó hacia atrás, su piel brilló con una luz incandescente.
De su espalda surgieron destellos de escamas, y en cuestión de segundos, un rugido desgarró el cielo.

El suelo se abrió bajo sus pies.
Alethea se alzó convertida en dragón.

Sus escamas eran de un azul profundo con reflejos dorados.
El fuego se deslizaba sobre ellas sin consumirlas.
Su mirada era una tormenta encendida.
Las alas, amplias, poderosas, azotaron el aire con un golpe que hizo vibrar toda la isla.

Kaelrath, en el cielo, giró su cabeza al oír el rugido.
Una sonrisa orgullosa y peligrosa se formó en su hocico.

—Así que por fin despiertas.

Alethea se elevó, dejando tras de sí una estela de fuego azul.
El aire rugía a su paso.
Su voz, cuando habló, hizo eco en el firmamento.

—¡NO SOY INÚTIL! ¡AL MENOS YO NO TRAICIONÉ A MIS HERMANOS!

El rugido que siguió fue tan potente que las olas golpearon las costas con furia.
Kaelrath rugió también, una explosión de fuego carmesí que cruzó el cielo y chocó con su llama azul.

El impacto fue ensordecedor.
El aire se partió en dos.

Las nubes se incendiaron.
El fuego azul y el fuego rojo se entrelazaban como ríos de energía pura, formando figuras imposibles en el aire.
Los rayos del amanecer se deformaban al contacto con sus cuerpos.

Kaelrath ascendió, girando sobre ella, rodeándola con un círculo de fuego vivo.
Su voz tronó desde lo alto.

—¡No sabes nada, niña! ¡Nada de lo que el fuego ha sufrido!

Alethea rugió, lanzando una llamarada que atravesó el aire como una lanza azul.
Kaelrath la esquivó, girando con elegancia, y el fuego cortó una nube en dos.

—¡Aprende esto! —bramó él, y agitó sus alas, liberando una onda de calor tan intensa que el cielo se volvió blanco por un instante.
Alethea fue lanzada hacia atrás, girando entre brasas.
El fuego la golpeó, la cegó.
Pero se negó a caer.

Recuperó el control y se lanzó hacia él.
Las garras chocaron.
El rugido de ambos se mezcló con el trueno.
El cielo ardía.
Desde abajo, la isla parecía bañada por una tormenta de fuego.

El choque de sus cuerpos generó una onda que arrasó parte del bosque cercano.
Los dragones de la isla levantaron la vista, sintiendo la vibración.
Dos destellos —uno dorado, otro azul— cruzaban el aire en espirales imposibles, como si el día y la noche estuvieran peleando por existir.

Kaelrath descendió en picada y chocó con ella en el aire.
El impacto fue tan violento que el cielo rugió.
Ambos rodaron entre llamaradas, cayendo hacia el mar.

Antes de tocar el agua, Kaelrath detuvo su caída y, con un rugido, lanzó una llamarada que evaporó el oleaje.
Alethea emergió del vapor, furiosa, con las fauces abiertas.
Su fuego azul cortó el aire como una espada.
Las llamas chocaron.
El cielo se volvió violeta.

—¡Dices que no sabes traicionar! —gritó Kaelrath, ascendiendo entre brasas—.
¡Pero traicionar es lo único que los tuyos han sabido hacer!
¡Tu linaje mató a los míos, rompió el equilibrio, desató la guerra!

Alethea lo enfrentó, agitada.
Su voz rugió entre relámpagos.

—¡Y los tuyos respondieron con sangre!
¡Los Infernox destruyeron aldeas enteras, quemaron los cielos!

Kaelrath descendió de golpe y la golpeó con la cola, lanzándola contra una columna de humo.
—¡Porque Maelvorn lo provocó! —rugió con rabia, descendiendo tras ella—.
¡Tu precioso rey eterno arrancó las alas de mi esposa con sus propias fauces!
¡Y tú vienes a hablarme de justicia!

El nombre resonó en el aire como un trueno.
Maelvorn.
El padre de Tharros.
Alethea se detuvo en seco, confundida por la revelación.
Su fuego vaciló.

Kaelrath siguió, con la voz cargada de odio y dolor.

—Yo vi cómo lo hizo.
Oryndhal, mi esposa, se negó a inclinar la cabeza.
Le suplicó que detuviera la guerra.
Y él… —sus ojos ardieron con lágrimas de fuego— …la mutiló frente

a todos.
Le arrancó un ala.
La humilló.
Y cuando cayó, la dejó morir entre las brasas.

El silencio que siguió fue insoportable.
Solo el crujir del fuego llenaba el aire.

Alethea bajó la mirada, temblando.
El viento se detuvo.
Su fuego se apagó lentamente, dejando solo humo alrededor.

Kaelrath respiraba agitado, sus alas extendidas.
El odio en su voz se transformó en cansancio.
En dolor.

Ambos descendieron lentamente, sin pronunciar palabra.
El fuego del cielo empezó a disiparse.
El mar, calmo, reflejaba ahora los tonos violáceos del crepúsculo.

Cuando tocaron tierra, Kaelrath dobló las alas con solemnidad.
El silencio los envolvió.
Solo el sonido de las olas y el crepitar de la arena caliente acompañaban sus respiraciones.

Alethea dio un paso hacia él, todavía sin entender del todo.

—¿Por eso odias a los Eternos?
—No —respondió Kaelrath, mirando al horizonte—.
No los odio.
Odiaría a un fuego que se apaga solo.
Pero sí odio lo que hicieron…
Y lo que su orgullo destruyó.

Sus ojos, dorados y antiguos, se clavaron en los de ella.

—Vaelkor… —dijo con un suspiro que parecía un rugido contenido—.
El hermano de Oryndhal.
Él desató lo que vino después.
El veneno, las sombras, la traición.
Pero esa historia… aún no está lista para ser contada.

Se giró lentamente hacia el mar, y su silueta, bañada por la luz roja del atardecer, se reflejó sobre el agua como una herida abierta.

—El fuego enseña a través del dolor, Alethea —murmuró sin mirarla —.
Y tú…
Aún no has aprendido a arder sin destruirte.

Alethea lo observó en silencio.
Las brasas seguían flotando entre ellos, como fragmentos de un pasado que ambos compartían, aunque en lados opuestos de la historia.

El sol se ocultó detrás del horizonte.

Chapter 30

El mar ardía en reflejos dorados.
Las olas se mecían como si temieran romper el silencio.
El cielo, teñido de escarlata, parecía sangrar por las heridas del día.
Kaelrath estaba allí, inmóvil, mirando el horizonte, mientras el calor que emanaba de su cuerpo teñía el aire de un resplandor tenue.
Alethea permanecía detrás de él, aún con las alas plegadas, su respiración entrecortada por la intensidad del entrenamiento y el peso de las verdades recién dichas.
Las brasas flotaban todavía entre ellos.
Parecían estrellas atrapadas, diminutas, obstinadas en no apagarse.
Kaelrath rompió el silencio con una voz profunda, grave, pero ya sin la ira que lo había dominado antes.
—Has empezado a comprenderlo… —dijo con un tono más bajo—.
Sabes dominarlo un poco más ahora.
Pero como te dije, aún no ardes sin destruirte.

Alethea levantó la mirada.
Su fuego interior seguía encendido, pero ya no ardía con rabia, sino con algo nuevo: una calma extraña, una claridad que la hacía sentir parte del aire mismo.
Las brasas que flotaban a su alrededor se apagaron lentamente, como si entendieran que ya no eran necesarias.

Kaelrath respiró hondo, su pecho se expandió como una montaña viva.
El fuego de su garganta se encendió y se apagó, sin salir, como si cada palabra que estaba por pronunciar le pesara en el alma.

—Nosotros… fallamos —dijo finalmente—.
Y digo "nosotros" porque aunque no derramé la sangre de mis enemigos, tampoco detuve a los míos cuando lo hicieron.
No los justifiqué, pero tampoco tuve el valor de alzarme contra ellos.
Y eso… —su mirada se perdió en el mar— …es una culpa que no deja de quemar.

El viento se levantó, trayendo consigo el murmullo del agua.
Era como si el océano escuchara.

Alethea permanecía en silencio, observando al dragón con respeto.
Por primera vez, lo veía no como un maestro, ni como una criatura indomable, sino como algo más… una herida viviente.

Kaelrath continuó:
—Si aquello no hubiese sucedido… —sus ojos ardieron con un brillo dorado—, ninguno de nosotros existiría ahora.
Ni tú, ni Tharros, ni los dragones libres, ni los clanes que aún respiran bajo los mares o entre las montañas.
Todo fue consecuencia del fuego… del poder mal entendido, del orgullo que confundimos con fuerza.

Sus palabras resonaban como campanadas en la mente de Alethea.

—A Maelvorn lo cegó el poder —dijo con un rugido contenido—.
Quería esclavos, no familia.
Quería dominarlo todo, incluso aquello que no podía comprender.
Su ambición no tenía medida.
Creía que, si todos se inclinaban ante él, el equilibrio se mantendría

porque nadie se atrevería a desafiarlo.
Y lo cierto es que… —su voz se quebró apenas— …era el más fuerte.
El más brillante.
El más temido.

Kaelrath giró apenas su cuello, su ojo dorado se clavó en ella.
—Pero cometió el peor error que un ser poderoso puede cometer: creer que el poder basta para ser eterno.
Pensó que someter a los demás lo protegería.
No entendió que el pueblo, por más débil que parezca, siempre se cansa de las humillaciones.
Y cuando un corazón humillado se enciende, arde con un fuego que ni los dioses pueden apagar.

Alethea apretó las manos, sintiendo la verdad de esas palabras.
Había visto en Tharros la misma sombra, el mismo peso.
La herencia del fuego que dominó y destruyó a la vez.

Kaelrath alzó su cabeza al cielo, exhalando una columna de humo que se perdió en las nubes.
Su voz, al retumbar, parecía hablar tanto al pasado como al presente.

—Maelvorn me quitó lo que más amaba —dijo con una calma helada —.
Y yo, por primera vez en mi vida, no respondí con fuego.
No porque no quisiera.
Sino porque el fuego dentro de mí se había apagado.
Mi alma ardió tanto aquel día, que solo quedó ceniza.

El aire se volvió denso.
La brisa del mar se mezcló con el vapor del fuego que aún brotaba de su pecho.

—Podría haberlo matado —continuó—.
Podría haberlo hecho, y muchos lo esperaban de mí.
Pero no lo hice.
Y eso me condenó a vivir en este limbo, entre la furia y el arrepentimiento.
No vivo en paz… solo a la espera.

Esperando que alguien —como tú— demuestre que no todo está perdido.

Alethea dio un paso hacia él.
Sus pies descalzos rozaron la arena aún caliente.
Cada palabra de Kaelrath se hundía en su pecho como una marca invisible.

—Dices que esperas —susurró ella—, pero sigues mirando el pasado como si aún pudieras cambiarlo.
Quizá el fuego que te queda… no está ahí para destruir, sino para iluminar.

Kaelrath la observó en silencio.
El fuego en su garganta titiló una vez más, luego se extinguió.
Por primera vez, no parecía un dios, sino un ser cansado, antiguo, que había vivido demasiado.

—Tienes la lengua afilada, pequeña —dijo con una sonrisa casi imperceptible—.
Pero no me equivoco contigo.
Eres distinta.
Tienes el agua en el alma, pero tu fuego es puro.
No el que destruye… sino el que transforma.

El mar rugió suavemente, como si aprobara sus palabras.
El sol comenzó a ocultarse por completo, tiñendo todo de un rojo profundo.
Las sombras se alargaron en la arena.

Alethea miró hacia el horizonte, pensativa.
—¿Y si yo también caigo en el mismo error que Maelvorn? —preguntó, apenas audible.
Kaelrath respondió sin dudar:
—Entonces el ciclo continuará, y todos los clanes arderán otra vez.
Pero si logras comprender el fuego sin dejarte consumir…
Entonces, Alethea, tú serás la primera en romper el destino que nos condenó.

Sus miradas se cruzaron.
El viento sopló con fuerza, levantando una nube de brasas y cenizas

que los rodeó.
Por un instante, el tiempo pareció detenerse.
El fuego, el aire y el agua se mezclaron alrededor de ella, como si el mundo mismo reconociera su existencia.

Kaelrath se giró y comenzó a caminar hacia el bosque, cada paso dejando un rastro de calor que hacía vibrar el suelo.
Antes de desaparecer entre las sombras, habló sin mirar atrás:
—Descansa, hija de dos mundos.
Mañana aprenderás lo que el fuego guarda cuando no destruye.
Aprenderás lo que significa renacer.

Y con un rugido que hizo eco en toda la isla, su figura se elevó hacia el cielo, desapareciendo entre las nubes ardientes.

Alethea quedó sola frente al mar.
Las olas brillaban con luz anaranjada.
Por primera vez, el fuego dentro de ella no dolía.
Solo ardía…
silencioso, firme, vivo.

Chapter 31

Alethea caminaba sola hacia el claro
Por primera vez en semanas, no había fuego, ni ruinas, ni rugidos que quebraran el aire.
Solo el murmullo del bosque y el eco de su respiración.
Frente a ella, el lago despertaba en calma.
Sobre su superficie flotaban pétalos de flores marinas y pequeñas burbujas de aire que ascendían desde el fondo, como si el propio Thalassor respirara allí abajo.
El aire tenía olor a magia, a tierra húmeda y sal.

Dos sombras se reflejaron en el agua, proyectadas por el sol naciente.
Alethea levantó la vista y sonrió.
—Llegas tarde, pequeña llama —dijo una voz juguetona, clara como el viento entre las montañas.
Zhaeldor estaba recostado sobre una roca, sus alas plegadas con elegancia y su cola moviéndose en círculos como si marcara un ritmo secreto.
Sus escamas brillaban en tonos turquesa y perla, y cada movimiento hacía que la luz se rompiera en un arcoíris diminuto.
—¿Tarde? —replicó Alethea con una sonrisa cansada—. El sol ni siquiera ha terminado de asomarse.
Zhaeldor fingió un suspiro dramático.
—El sol no tiene por qué asomarse para mí. Yo soy el amanecer, querida aprendiz.
Eldryon soltó una risa suave, musical.
—Mi hermano cree que el mundo se detiene a escuchar sus discursos. No le hagas caso.
Zhaeldor infló el pecho, indignado.
—¡No son discursos, son declaraciones de grandeza!
—Sí, claro —murmuró Eldryon con ironía—. "Declaraciones de grandeza" de un dragón que se queda dormido a mitad de los entrenamientos.
—¡Eso fue meditación avanzada! —replicó él.
Alethea no pudo evitar reír.
Aquella escena le recordó por un instante lo que era sentirse humana, libre de cargas, sin la sombra de la guerra sobre los hombros.
Esa isla era un refugio, y los gemelos, la personificación del equilibrio que tanto anhelaba.
Eldryon se acercó flotando apenas unos centímetros sobre el suelo. Su cuerpo emitía un resplandor tenue, una aura violeta que parecía latir con cada respiración.

Sus ojos, profundos y serenos, se clavaron en los de Alethea.
—Hoy aprenderás la unión del aire y la magia. Dos fuerzas que no luchan, sino que danzan.
Zhaeldor giró en el aire, riendo.
—Y esperemos que no explotes en el intento.

—Gracias por la motivación —ironizó Alethea, cruzándose de brazos.
—De nada —respondió él con un guiño—. A eso estamos los maestros, para inspirar terror y esperanza a partes iguales.

Eldryon lo empujó suavemente con la cola.
—Deja de hablar y muestra el primer paso.
Zhaeldor resopló.
—Está bien, está bien… pero solo porque no quiero que nuestra querida aprendiz se muera de aburrimiento.

Los dos dragones se elevaron a la vez, girando en el aire con movimientos perfectamente sincronizados.
A cada giro, el viento se arremolinaba, levantando hojas, arena y gotas del lago.
Luego Eldryon extendió una garra, y de su palma surgió un halo de luz mágica, un círculo flotante de energía azul y dorada.
Las dos corrientes —aire y magia— se fundieron, creando una espiral viva que giraba sobre sí misma.

—Así nacen los remolinos del equilibrio —explicó Eldryon—.
El aire mueve la energía… la magia le da propósito.
Zhaeldor sonrió, suspendido en el aire.
—Y cuando los dos se entienden… el mundo responde.

La brisa se transformó en un soplo cálido que recorrió el cuerpo de Alethea.
Ella cerró los ojos.
Por primera vez no sintió miedo, ni el peso del fuego, ni el recuerdo de Kaelrath o Tharros.
Solo escuchó.

El viento le habló.
Susurraba palabras sin voz, caricias invisibles que se enredaban en su piel.
La magia, en cambio, latía dentro de ella, suave, profunda, casi

maternal.
Dos pulsos, uno interno y otro externo, que comenzaron a latir al mismo ritmo.

Eldryon la observaba, flotando a unos metros, con la elegancia de quien domina siglos de conocimiento.

—El aire no es un sirviente… es un compañero.

Zhaeldor descendió de golpe, posándose detrás de ella.
—Y si ese compañero te abofetea, no te enojes. Es parte del cariño.

Eldryon rodó los ojos con paciencia infinita.
—Hermano, ¿podrías tomarte en serio al menos un respiro?
—¡Me lo tomo muy en serio! —respondió él con fingida indignación —. Por eso respiro tanto.

Alethea soltó una risa que se perdió entre las corrientes.
De pronto, una ráfaga juguetona le levantó el cabello y la hizo girar.
El remolino la envolvió con una fuerza ligera, y cuando abrió los ojos, estaba flotando.
No era una sensación de caída, sino de libertad.
Podía sentir cada molécula de aire moverse con ella, responderle, sostenerla.

—Eso es —susurró Eldryon—. Ahora deja que la magia escuche tu respiración.

Un resplandor tenue empezó a brotar de sus manos.
El aire vibró, las hojas se elevaron a su alrededor, girando en una danza hipnótica.
Zhaeldor dio un salto y la rodeó volando, riendo.

—¡Mira eso, hermana! ¡La niña aprende rápido!
Eldryon lo miró severamente.
—No la distraigas.
—¿Distraer? Estoy ayudando con motivación visual.
Alethea abrió un ojo y replicó divertida:
—Más bien con interferencia aérea.

El dragón fingió un bufido ofendido.
—¡Malagradecida! Y eso que pensé en hacerle un espectáculo de bienvenida.

Eldryon suspiró.
—Ya estás haciendo el espectáculo.

Los tres comenzaron a reír.
La tensión se disolvió por completo, y el entrenamiento se volvió un juego.
Eldryon elevó una esfera de energía mágica que flotaba frente a ellos, brillante como una estrella.
Zhaeldor la rodeó con su vuelo ágil, haciendo que el aire creara ondas a su alrededor.
El equilibrio entre ambos formó un remolino perfecto, una danza entre lo invisible y lo tangible.

—Ahora, Alethea —dijo Eldryon—. Une tus manos.
Ella lo hizo.
El aire se arremolinó entre sus dedos, un torbellino translúcido lleno de luz y movimiento.
Sintió que la magia latía dentro de su pecho, y de pronto, la energía estalló en una ráfaga luminosa que se expandió con fuerza.
Una ola de aire tibio recorrió el claro, haciendo vibrar los árboles.

Zhaeldor se dejó llevar por la corriente, rodando por el aire con dramatismo fingido.
—¡Ah! ¡Nos ataca! ¡La aprendiz se ha rebelado contra sus maestros!
Eldryon estalló en risa.
—No dramatices.
—¡Pero casi me despeina! —gritó Zhaeldor—. Y tú sabes lo mucho que cuesta mantener las escamas con este brillo celestial.

Alethea no pudo contenerse.
Soltó una carcajada limpia, luminosa.
Era la primera vez que reía así desde que llegó a la isla.
Zhaeldor le guiñó un ojo.
—¿Ves? El humor también es parte de la magia.

Cuando el viento se calmó, los tres se tumbaron sobre la hierba húmeda.
El sol estaba alto y atravesaba las ramas, dibujando luces doradas sobre ellos.
El silencio era cómodo, casi sagrado.

Zhaeldor bostezó ruidosamente.
—Deberíamos hacer esto más seguido. Enseñar me da hambre.
Eldryon lo miró de reojo.
—Tú comes como si cada lección fuera una guerra.
—La enseñanza es una guerra, querido hermano —respondió el dragón con tono solemne—, contra la ignorancia y el aburrimiento.
Alethea se tapó la cara riendo.
—Ustedes dos son imposibles.
—Y adorables —corrigió Zhaeldor.
—Y ruidosos —añadió Eldryon.
El viento los rodeó, fresco, amable.
Eldryon movió una garra, y pequeñas mariposas de luz se elevaron desde la hierba.
Zhaeldor sopló suavemente, y las hizo girar en espirales luminosas.
Alethea extendió la mano, dejando que una de ellas se posara sobre su dedo.
La magia se sintió cálida, viva.
Por un instante, todo fue perfecto.
—¿Sabes qué es lo que más extraño? —preguntó Zhaeldor de pronto, con una voz más suave—. Los días en que el cielo no ardía.
Eldryon lo miró en silencio.
—El mundo cambió desde la guerra —susurró.
—Sí, pero a veces… aún puede sentirse en paz. —Zhaeldor la miró a ella y sonrió—. Gracias a ti.
Alethea bajó la mirada, ruborizada.
—No sé si soy la razón de algo así.
—Lo eres —respondió Eldryon—. El aire te escucha. La magia te reconoce.

Eldryon, Zhaeldor y Alethea se habían tendido en la hierba, uno al lado del otro, con las alas plegadas y el cuerpo aún tibio por la energía del entrenamiento.
Arriba, las nubes cambiaban de forma: dragones, espirales, constelaciones imaginarias.
El mar, a lo lejos, era un espejo de fuego y calma.

Alethea permaneció en silencio, observando el cielo.
Sus ojos reflejaban los tonos rosados del atardecer, pero detrás del brillo había una sombra.
Una nostalgia profunda, imposible de disimular.

—¿Saben? —dijo finalmente, en voz baja—. Hay momentos en los que pienso que no voy a poder hacerlo.
—¿Hacer qué? —preguntó Zhaeldor, girando la cabeza hacia ella.
—Cumplir con lo que esperan de mí.
El viento sopló suavemente, como si quisiera calmarla.

—Desde que llegué aquí —continuó ella— todo ha sido un torbellino. He visto cosas que no comprendo, he sentido fuerzas que apenas puedo controlar.
Su voz tembló apenas.
—Y todos me miran como si ya supiera quién soy, como si llevara siglos preparándome para esto… pero yo… solo soy una chica intentando entender por qué el destino me eligió.

Eldryon guardó silencio, con los ojos cerrados, escuchando.
Zhaeldor se incorporó lentamente, su mirada más seria que de costumbre.
—A veces el destino no elige —dijo—. A veces simplemente te encuentra.
—¿Y si no estoy lista para lo que me encontró? —preguntó Alethea, mirando el cielo con los ojos húmedos.
—Entonces aprenderás a estarlo —respondió Eldryon, con voz serena—. El equilibrio no nace del control, sino del amor hacia lo que no puedes controlar.

Ella respiró hondo.

—Extraño a Tharros —dijo de pronto, y su voz se quebró en un susurro.
—Lo sé —susurró Zhaeldor—. Se nota cuando pronuncias su nombre, el aire se vuelve distinto.
Alethea sonrió, triste.
—Siento que sin él… estoy incompleta.

—Eso no es debilidad —respondió Eldryon—. Es conexión. Los vínculos no te restan fuerza, Alethea, te la dan.

Ella cerró los ojos, dejando que las lágrimas se mezclaran con la brisa.

—Quisiera ir a buscarlo.

—Y lo harás —dijo Zhaeldor, con una sonrisa—. Pero no ahora.

—¿Por qué no? —preguntó ella, mirándolo.

—Porque todavía no eres tú completamente. —Eldryon giró el rostro hacia el cielo—. Cuando el aire y la magia en ti hablen el mismo idioma, entonces lo encontrarás.

Un silencio profundo cayó sobre ellos.

Zhaeldor volvió a recostarse, entre risas.

—Además, si te vas ahora, ¿quién me aguantará a mí? Eldryon no tiene sentido del humor.

Eldryon lo miró de reojo.

—Y tú no tienes filtro.

—Por eso hacemos buen equipo —replicó el dragón con una sonrisa traviesa.

Alethea soltó una risa suave, Se quedó mirando el cielo hasta que el último rayo del sol se despidió tras el horizonte.

El aire la envolvió con ternura, y una voz antigua pareció susurrarle desde el interior del viento:

"No temas al fuego ni al recuerdo…
porque el equilibrio nace cuando dejas de huir de lo que eres."

Alethea cerró los ojos.

—Tharros, —suspiro profundo—

Tan profundo y tan sincero que llego ese suspiro al corazón de Tharros

Chapter 32

Alethea cerró los ojos.

—Tharros —susurró con un hilo de voz.
El suspiro escapó de sus labios como una plegaria al viento, tan profundo y tan sincero que cruzó la distancia entre mundos, rozando el corazón de Tharros.

El dragón dorado alzó la mirada hacia el firmamento. el resplandor del sol convertía sus escamas en un espejo ardiente. Por un instante, el cielo pareció detenerse, como si el propio aire escuchara su alma latir.

Había pasado días sin dormir. Su cuerpo resistía, pero su mente era un torbellino.
Desde que vio las visiones del pasado, desde que entendió la culpa que cargaban los Eternos, algo en él se había quebrado.

Miró el horizonte: el fuego del sol naciente bañaba los restos del mundo.

Tharros batió sus alas con fuerza. El viento lo siguió como un río obediente, levantando espirales de polvo y fuego bajo él. No volaba para escapar. Esta vez volaba con propósito.
Había decidido lo que debía hacer.

El horizonte se extendía como una herida roja, abierta por la guerra. Los mares del sur rugían con furia contenida, recordándole la promesa que una vez hizo ante los Nerythar: *liberar al dragón cautivo, Neryon, el Corazón del Océano.*

Sabía que ese acto significaría enfrentarse directamente al infierno, a los Infernox y a los Vördrung, los vikingos del fuego.
Y aun así, no dudó.

Voló durante horas. El sol descendía y ascendía sobre el mar, y las sombras cambiaban de forma sobre su piel dorada.
Cada corriente de aire le traía recuerdos.
El olor a la arena donde entrenó con su madre.
El sonido del agua cuando Alethea aprendía a controlar su primer elemento.
El rugido de Kaelrath contándole verdades que no quería oír.

Tharros sentía el peso del pasado como una armadura que lo quemaba desde dentro.
Cada batalla, cada traición, cada grito perdido en la historia de los Eternos.
Cerró los ojos y dejó que el viento hablara por él.

Mientras ascendía, el aire cambió de temperatura. Pasó de la brisa fría del norte al calor denso que anunciaba la frontera de los dominios de magma.
Las nubes eran brasas.
El cielo ardía.

El corazón de Tharros latía con un ritmo ancestral, una sinfonía de poder y pena. En su interior aún resonaban las palabras de su padre, Maelvorn, las que alguna vez creyó sabias… y que ahora sonaban como una maldición.
"El equilibrio no se comparte. Se impone."

Cerró los ojos un instante, y el viento le devolvió el eco del suspiro de Alethea.
No la escuchó con palabras, pero la sintió: un calor leve en su pecho, un tirón invisible en el alma, un recuerdo de que no estaba solo.
Esa conexión, invisible y pura, fue suficiente para recordarle por qué debía seguir.

—Infernox… —gruñó entre dientes—. Prepárate, porque voy por Neryon.

Abrió sus alas y el cielo respondió con un rugido.

Volaba sobre tierras que alguna vez fueron fértiles. Ahora solo había cenizas. Los ríos, contaminados con hierro verde, serpenteaban como venas enfermas.
Podía ver a lo lejos los restos de antiguas torres dracónicas: pilares rotos, cubiertos de magma seco, donde los Infernox colgaban los símbolos de sus victorias.
Eran ruinas de lo que una vez fue la alianza de los clanes.

El aire se tornó espeso.
Las nubes ardían con destellos de relámpagos anaranjados.
Tharros sabía que estaba cerca de los límites de la isla Vördrung.
Debajo de esas tierras, bajo la roca negra y los túneles de magma, yacía el foso donde Neryon estaba encadenado.

Su mente planeaba, pero su alma temblaba.
No podía entrar como dragón. Lo reconocerían.
No podía usar su fuego; atraería a los Infernox y a sus aliados
Necesitaba pasar inadvertido.
Por eso, ideó algo que ningún enemigo esperaría: presentarse ante ellos como lo que más despreciaban… un humano.

El viento silbó entre sus alas, como aprobando su locura.
—Alethea —murmuró nuevamente en voz baja, como afirmándose él mismo—. Aprende. Domina. Yo cumpliré con mi parte.
Y cuando todo vuelva a su curso, te buscaré.

El cielo rugió, y Tharros se lanzó en picada.
El mar lo esperaba como un espejo oscuro.

La noche cubría la costa de los Vördrung.

Desde las alturas, Tharros distinguió los fuegos del campamento vikingo: antorchas en movimiento, barcos atracados con cabezas de dragón talladas en sus proas, hombres bebiendo y cantando junto a las hogueras.
Los observó un instante, eran su llave de entrada.

Tharros descendió lentamente, buscando un claro entre los árboles.
El viento se agitó cuando su cuerpo comenzó a cambiar.
Sus alas se replegaron.
Su fuego se extinguió dentro del pecho.
El oro de sus escamas se volvió piel humana, y su fuerza descomunal se transformó en fragilidad.

Cuando sus pies tocaron tierra, jadeó.
El proceso de transformación era doloroso, más ahora que su magia estaba saturada.
Se arrodilló entre la maleza, sudando, temblando.
Su cuerpo desnudo estaba cubierto de heridas que él mismo se había provocado con piedras filosas.
Sangre, polvo y sudor: el disfraz perfecto.

Caminó tambaleante hasta la playa.
La arena fría se pegó a su piel, el agua salada a sus heridas.
A lo lejos, las voces vikingas resonaban, mezcladas con risas y golpes metálicos.
Tharros cayó junto a la orilla, fingiendo perder el conocimiento.
El agua subía y bajaba, mojándole el rostro.

El viento, cómplice silencioso, llevó un último pensamiento a través del mar:
Alethea, espérame.

Unas sombras se acercaron.
Voces roncas. Pasos sobre la arena.
Uno de los vikingos levantó una antorcha y lo apuntó.

—¡Miren esto! —gritó el hombre, con sorpresa—. ¡Es el esclavo que escapó el día del ataque del dragón!

Los demás corrieron hacia él.
Tharros, aún con los ojos cerrados, dejó escapar un leve gemido.
Su plan funcionaba.
Lo levantarían, lo llevarían al campamento.
Y desde dentro…
desde las entrañas del enemigo…
comenzaría la redención.

El viento sopló una vez más, moviendo suavemente su cabello empapado.
Y aunque su cuerpo parecía dormido, dentro de su pecho ardía la determinación de un dragón que aún creía en el equilibrio.

Chapter 33

Las manos de los vikingos lo sujetaron por los brazos, arrastrándolo fuera del agua.
Uno de ellos lo golpeó en el rostro, sin cuidado.
—Aún respira. —Su tono mezclaba sorpresa con burla—.
Pensé que los dragones habían devorado a todos los esclavos fugados.

Tharros abrió los ojos con lentitud.
Fingió desconcierto.
Fingió miedo.
Fingió ser uno de ellos.

—¿Dónde… estoy? —murmuró, en el idioma del norte que había aprendido siglos atrás, ocultando su acento.

Los hombres rieron.
—En el fin del mundo, pobre desgraciado.
El campamento Vördrung te dará una segunda oportunidad… si sobrevives al amanecer.

El líder, un hombre de barba entrelazada y ojos helados, lo observó con desconfianza.
—Lo llevaremos al herrero.
Si es útil, vivirá.
Si no… ya sabes qué hacer con los cuerpos.

Tharros no opuso resistencia mientras lo arrastraban.
Sabía que esa era la puerta de entrada.
El disfraz perfecto.
El dragón de los Eternos, convertido en esclavo.
El fuego del cielo, caminando entre los enemigos que habían cazado a los suyos.

Mientras avanzaban, las antorchas de la aldea proyectaban sombras danzantes sobre su rostro.
Cada chispa de fuego le recordaba su naturaleza.
Cada grito de fondo, su misión.
Y en el centro de su pecho, la sensación de Alethea, tenue pero viva, seguía ardiendo como una brújula invisible.

El amanecer llegó sin piedad.
El cielo era un espejo de acero, sin color ni canto.
Tharros permanecía arrodillado en la forja, rodeado de hombres que martillaban metales y discutían en voz alta.
El calor era insoportable.
Pero él no se movía.
Tenía que soportarlo, tenía que parecer uno de ellos.

El herrero, un hombre corpulento cubierto de cicatrices, lo observó un largo rato antes de hablar.
—Tienes manos fuertes para ser un fugitivo.
¿Dónde trabajabas antes de huir?

Tharros bajó la mirada.
—En las minas del sur… antes de que el dragón atacara.

El hombre gruñó.
—Entonces ya sabes lo que es el fuego. —Le lanzó un martillo—.
Si sobrevives a hoy, quizás te dejen respirar mañana.

Tharros asintió, tomando la herramienta.
El peso era familiar, pero su cuerpo humano se resentía.
El sudor le cubría la frente, la sangre le marcaba los brazos, y aun así, no dejó que la ira se reflejara en sus ojos.
No debía.
Todavía no.

Mientras trabajaba, observó el movimiento de los guardias, las rutas de patrulla, los cargamentos que salían hacia las forjas del sur.
Y entonces vio algo.
Una jaula.
Una estructura de hierro verdoso transportada en un carro tirado por bestias.
Su pulso se aceleró.
Conocía ese color.
El metal maldito.
El mismo con el que habían encadenado a Neryon.

Los Vördrung estaban enviando más veneno, más armas, más muerte.
La guerra seguía viva, aunque todos creyeran que dormía.

Cuando cayó la noche, Tharros se apartó del grupo.
Las estrellas se reflejaban en las aguas cercanas.
Cerró los ojos y respiró hondo.
El aire salado le llenó el pecho, pero lo que buscaba no era aire: era conexión.

Las manos que lo arrastraron la noche anterior ahora humeaban sobre yunques. El sonido del metal golpeado marcaba el latido del campamento como un tambor de guerra. Tharros, encorvado en su ropa rasgada, fingía la fatiga de un esclavo recién capturado, pero su mente trabajaba con la precisión de la forja que lo rodeaba: observar, memorizar, esperar la grieta por la que colaría la verdad.

Una jaula, esa misma estructura de hierro verdoso que le había helado la sangre en su primer vistazo, cruzó el patio sobre un carro.

Las barras brillaban con un brillo enfermizo bajo las antorchas; el tono del metal era un recordatorio tangible de la astucia que había acabado con tantos de los suyos. Oídos humanos conversaban en tono grave mientras se acomodaban los fardos: "más veneno para las minas", "envíos para las forjas", "refuerzos para la caza". Sus voces eran rutinarias, carentes de poesía; en ellas, la crueldad era solo logística.

Tharros tardó un latido en decidir. Estar a la vista era peligro: su estatura, su postura, su mirada podían traicionarlo. El plan que había trazado en la noche no admitía errores minúsculos. Necesitaba una sombra menor que él, un cuerpo que pasara desapercibido entre los pies y los restos del campamento. Cerró los ojos, tomó la hebra más antigua de su magia y la dejó encogerse como un hilo: la piel, las garras, la respiración se plegaron, se compactaron, hasta que un ser pequeño y tembloroso emergió donde había estado el hombre.

Un ratón, oscuro como una sombra mojada, se movió con la agilidad de quien conoce la tierra que pisa. Sus patas eran veloces, sus ojos dos puntos negros que lo veían todo sin llamar la atención. Se deslizó entre los barriles, por debajo de las mesas, y se pegó al carro que llevaba la jaula. El mundo, de pronto, era otra medida: cada murmullo sonaba como un trueno, cada bota como una piedra que podía aplastarlo. Y sin embargo, ese mundo reducido le ofrecía ventajas: nadie esperaba que una criatura tan pequeña fuese la llave para descubrir el plan de destrucción.

El convoy avanzó fuera del perímetro del campamento, siguiendo un sendero que Tharros había visto en sus vuelos: una lengua de roca y matorral que se internaba en la isla, hacia el interior donde las cuevas y los valles ocultaban refugios. Los carros cruzaron por puentes de madera, pasaron al lado de pequeñas atalayas donde arqueros bostezaban entre guardias, y más adelante, se dispersaron en silencio para compartir el fuego de la noche y las jarras. La rutina de la tropa le mostró a Tharros cómo pensaban sus enemigos: a golpes prácticos, con soluciones de brutal eficacia.

Cuando la columna se detuvo, los hombres comenzaron a soltar cargas, a charlar sin cuidado. Tharros, todavía reducido a su forma

menor, se estiró contra la jaula, olfateó el hierro verdoso y sintió el repudio que ese metal había grabado en su sangre. Luego se escondió tras una piedra, asomando apenas la cabeza para escuchar.

—Nos falta balas —dijo uno, señalando con la barbilla las jaulas—. Si vamos a la caza, habrá que llevar buena carga. No es cuestión de fuerza, sino de persistencia: los dragones viejos no van a caer por un simple corte.

—A mí me importan poco las palabras —respondió otro con una risa seca—. Los quemaremos en sus nidos, les romperemos alas y los dejaremos sin vuelo; que luchen por el aire que les quede.

Hablaron como carpinteros planean una mesa: con medidas, con exactitud. No eran solo bravucones; sabían el oficio de quebrar lo vivo para convertirlo en herramienta.

La conversación se volvió más afilada cuando el jefe del grupo, el hombre de barba entrelazada y mirada cínica, se acercó con un par de lugartenientes. Se acomodó sobre un tronco y habló con la lentitud de quien enumera ventajas.

—Hemos encontrado una guarida —dijo, mientras los demás contenían sus sonrisas—. No es en otro lugar. Está en esta isla. Dragones jóvenes, poco guiados. Se esconden como ratas; los subestimamos. Vamos a cogerlos vivos, encadenarlos y llevarlos donde los necesiten.

Hubo risas, como el chasquido de huesos secos.

—Los usaremos como señuelos, —propuso uno—.

La mordacidad de la idea no encontró repulsión: fue celebrada con jarras que golpeaban madera.

Tharros sintió la mandíbula tensarse; la forma diminuta en la que se ocultaba parecía no contener toda la rabia de su interior. Se movió más cerca, hasta que una lengua de perro —un can de campamento — lo olfateó y pasó de largo, distraído por huesos viejos. No hubo tiempo para sentimentalismos: el plan debía ser conocido. Por eso presionó su cuerpo contra la piedra, recorrido por un frío que ya no tenía que ver con la noche sino con la evidencia de que la violencia estaba mecanizada en aquel lugar.

—No solo eso —continuó el líder, con voz de expediente—. Los jóvenes dragones son mejores cuando están asustados y hambrientos. Los llevaremos a los establos, los alimentaremos con lo que queramos, les enseñaremos la obediencia. La sangre de dragón en los hombres… eso les dará poder, o eso creen los Infernox. Pero si podemos controlar esa fuente… tendremos ventaja.

Una risa cruel rodó entre los presentes. La conversación derivó en detalles: ataduras, jaulas con barrotes reforzados, vendas que cubrirían el hocico para que no escupieran fuego, agujeros por donde introducirían comidas adulteradas, y un lugar excéntrico en la isla donde concentrarían a las presas sin que ninguna corriente las guiara hacia el mar.

La descripción fue precisa, fría, sin la calidez de un plan que podría parar por la piedad. Hablaron de humillar a las bestias, de forzarlas a recordar el miedo, de aprovechar los días de tormenta para moverlos; celebraron con chanzas crueles la idea de ver a un dragón joven romperse en silencio. No usaron palabras empalagosas: eligieron términos prácticos, como quien diseña una trampa para animales destinados al matadero.

Tharros escuchó cada frase como si fuera un martillo sobre su carne. El ratón que era se recogió aún más en la oscuridad, sintiendo cómo la rabia volcánica, contenida, se agrandaba con la evidencia de que no se trataba de un simple saqueo: se trataba de extinguir la posibilidad misma de futuro para su especie.

—¿Cuándo sale la partida? —preguntó uno de los hombres, y entonces el jefe alzó la vista, sus ojos centellearon con una mezcla de cálculo y gozo.

—Al amanecer. Partimos hacia la cueva del este en dos días. Hay entradas que los jóvenes usan, minas abandonadas y cámaras de eco. Allí no podrán llamar, porque la roca tragará su voz.

La charla se fue afinando en coordenadas, rutas y horarios. Nombraron a patrullas que se encargarían de cercar la salida, aventaron rutas de escape falsas para atraer a los dragones jóvenes hacia trampas, calcularon cuántas jaulas necesitarían, cuántos

hombres por jaula: a cada pregunta una respuesta práctica, sin moral. Era la voz de la guerra normalizada.

Tharros, No podía correr como humano; ni suyo ni ajeno. Por eso necesitó volver a su tamaño original cuando la noche lo permitió, pero con cuidado: la transformación exigía tiempo y soledad, y el riesgo de ser descubierto era mortal. Esperó a que los hombres bebieran, a que el fuego doméstico los ablandara, y se retiraran en su rutina de juerga. Cuando el campamento se quedó en un sopor de voces bajas, Tharros se apartó a una grieta de roca y, sin llamar la atención, comprimió la magia hasta desdoblarla.

La forma regresó a él de adentro hacia fuera: huesos que se alargaban, pliegues de piel que se tensaban, alas que se estiraban y recordaban cómo cortar el viento. No rugió. No hizo más ruido que el susurro de una brisa que cambia de dirección. Su cuerpo enorme se acomodó en un hueco de roca, oculto por la marea y la maleza, con la jaula verde no muy lejos, con los hombres ebrios aún intercambiando historias de cacerías.

Allí, bajo el peso de su propia magnificencia, Tharros pensó en Alethea: en el suspiro que lo había hecho venir y en la promesa que ardía en lo hondo. El plan que los Vördrung concebían era más que una ofensa: era una máquina preparada para romper vidas. Y él, con su forma y su astucia, debía ser el cauce que llevara esa máquina a la vista del mundo que todavía podría detenerla.

Se quedó despierto hasta que la primera grieta del alba palideció la costa. Sabía que las horas venideras serían de movimiento, de miedos y de pruebas; que los hombres cargarían con jaulas, que las palabras se convertirían en acciones y que el destino de alguna camada de dragones jóvenes pendía en la precisión de sus pasos. Cuando al fin se deslizó lejos, lo hizo con la solemnidad de quien va a preparar el fuego que fundirá las cadenas, no para destruir sin sentido, sino para liberar aquello que aún tenía derecho a respirar.

Chapter 34

La columna avanzaba arrastrando su sombra sobre la isla. Carros, bestias, hombres que reían en voz baja; una corriente de rutina donde todo parecía seguir un guion ya escrito. Tharros observó desde la maleza, midiendo los músculos del primer caballo, la distancia entre ruedas, la fatiga en los animales.

Se acercó al borde del sendero, donde los animales esperaban atados a estacas. Entre ellos, un caballo grande y moreno pestañeó

con indiferencia. Tharros cerró los ojos, dejó que la magia se plegara como un mapa hecho noche, y en silencio el hombre desapareció.

El cuerpo que emergió era otro: nariz húmeda, costillas marcadas, crines negras como la sombra. Los cascos tocaron la tierra sin aviso. Nadie miró dos veces; los viajeros estaban ocupados en cargar, en beber, en contar trayectos. Tharros —ahora caballo— se mezcló con los otros, respirando con calma y observando con ojos nuevos.

Cuando el sol estuvo cerca de la línea del mar, la columna se puso en marcha. Los carros crujieron, las ruedas mordieron el sendero. Tharros caminaba entre los animales, sintiendo el vaivén, el rumor de madera y cuero. Cerca de uno de los carros vio los pasadores; cerca del otro, tornillos viejos sujetaban una pieza clave del eje. Eran simples salvaguardas humanas contra el desgaste, pero para un dragón que conocía magia y materia, esos detalles eran puertas.

Echó la cabeza a un lado y, sin levantar sospechas hizo su magia, pequeña y dirigida, arrancó un suspiro de la madera sin ni siquiera tocarlo, solo mirándolo su magia hizo el resto—como si pidiera permiso— y luego, con la delicadeza de un artesano, comenzó a trabajar. Los pasadores se aflojaron como si la madera se durmiera; los tonillos cedieron, sus roscas aflojadas por un calor invisible que Tharros tejía como seda. Nada chirrió, nada alertó; la deformación fue lenta, imperceptible.

La primera carroza, de pronto, dio un gemido y sus ejes cayeron. Declaración instantánea de fracaso mecánico: las ruedas se separaron, los fardos cayeron. Hombres maldijeron, empujaron. Tharros mantuvo la calma y dio un paso hacia atrás, encarnando la pasividad del animal.

Pero había más por hacer. Miró al dosel del camino, a la fila de árboles que escoltaban la trocha, y en ellos vio la segunda oportunidad. Concentró la magia hacia el tronco de dos gigantes viejos: la energía no era violencia directa sino una invitación a la fisura. Desde su interior, la madera recordó la gravedad. Pequeñas grietas se abrieron, levísimas al principio, luego como bocas que se separan. Al mismo tiempo, con una orden invisible, la tierra en la

base cedió con una humedad que había estado aguardando la excusa para deslizarse.

Los árboles, enormes y cargados de años, comenzaron a vacilar. Un crujido sordo anunció la caída; los follajes golpearon el aire y, como dos lanzas, se desplomaron uno sobre el otro y cruzaron la senda formando una barrera imposible. Los hombres gritaron. Las bestias se encabritaron. Un carro más cedió, y el sonido de madera rompiéndose fue una campana.

—¡Maldición! —rugió uno de los jefes, mientras los otros juraban contra la mala suerte—. ¡Esto no estaba en los planes!

En la confusión, un caballo asustado se soltó de sus riendas. Dio un relincho y, en un salto, se lanzó contra la comitiva. El comandante intentó detenerlo pero fue un movimiento torpe: la bestia, presa del pánico, golpeó con sus patas el costado del hombre, lo arrojó de la silla y, en una secuencia brutal y veloz, le embistió contra la tierra. Un impacto seco, un giro, un batir de cascos que dejó al comandante aturdido; los hombres enmudecieron, algunos arroparon al herido, otros maldijeron la suerte.

Tharros, aún en forma equina, esperó el instante exacto. Cuando la marea del desconcierto alcanzó su pico, se separó del grupo de animales con la naturalidad de quien sigue un mandato, y con un ágil quiebro se mostró humano entre las hierbas. La transformación fue corta, afilada: la cabeza de caballo se recogió en hombros que se hicieron músculos; la crin se tensó, se hubo convertido en cabello. Los ojos de Tharros, dorados y contenidos, brillaron con decisión.

Alzó la vista y vio el caos: hombres desorientados, jaulas que rodaban por la pendiente. No pensó en redención bella; actuó. El primer movimiento fue una cadena: tomó la barra de hierro que yacía cerca y, con un golpe seco, la lanzó a la pierna del vigía más cercano. El sonido cortó el aire. Otro hombre quiso alzar la espada; Tharros corrió, corto y eficaz, y usó un movimiento de combate aprendido entre guadañas y lanzas antiguas: derribó, rompió tendones de equilibrio, dejó caer hombres que gruñeron al chocar con la tierra. No hubo estrépito, solo eficacia. Cada gesto suyo era

medido, preciso, absorbiendo golpes y devolviéndolos con la calma de quien ha visto demasiadas batallas.

En minutos la escena giró: el grupo que intentaba recomponerse vio cómo sus jefes caían o retrocedían. Tharros no buscó la masacre; buscó la oportunidad. En sus manos el hierro dejó de ser arma y se volvió herramienta: con un golpe sobre una barra clavada, Termino con la vida de muchos, pero quedaban algunos aun.

Mientras el caos crecía, Tharros avanzó hacia las jaulas de hierro verdoso. Con la misma contención de siempre, llevó las manos al barro del pantano cercano: sintió la vida que bullía en silencio en ese lugar. Hizo una mueca que fue plegaria: no pidió venganza, pidió protección. Sus dedos hundidos en el lodo invocaron a las corrientes antiguas, pidió a las raíces que trabajaran, que introdujeran el barro en los travesaños, que agarraran el metal como si fuera parte de la tierra.

Uno por uno, con movimientos que parecían golpes de artesano, Tharros inclinó las jaulas y las lanzó al pantano. No fue un desechar sin sentido: las colocó de forma que el barro las tragara, que las ruedas se enterraran, que los barrotes recibieran una primera capa de vida que prometía oxidación y sellado. Luego, con un gesto más antiguo, dejó caer sobre ellas un velo: no era solo barro; era un manto tejido con la magia del lugar. El conjuro era sencillo y clemente: una capa de silencio y olvido, borró de las sendas la memoria de lo que allí había, hizo que los ojos humanos pasaran por encima sin ver, que los perros olieran la tierra pero no asociaran el metal con presas. Era un manto de ocultación que la isla misma aceptó como retribución a su daño: la corrupción del hierro debía quedar oculta hasta que la naturaleza tuviera tiempo de hacer su obra.

Tharros no celebró. Se limpió las manos con la hierba, comprobó las rutas de patrulla desde un promontorio cercano y luego volvió a poner distancia. Sabía que las jaulas y los tonillos de los carros no eran la única maquinaria de su enemigo; serían reemplazadas, reabastecidas. Pero el golpe que había dado a su logística era una herida que tardaría en cerrarse. Había comprado tiempo. Tiempo

para que alguien más llegara, tiempo para que Alethea continuase su propio aprendizaje, tiempo para que Neryon respirase un poco más en la profundidad.

Tharros, ya de nuevo en la forma del dragón que le pertenecía, se elevó en silencio. Las primeras luces ascendían en el cielo y el paisaje parecía respirar otra frecuencia. Sobre la costa, él lanzó una mirada que no era ni de furia ni de triunfo: era decisión.

Antes de irse, dejó una última marca: con una garra raspó una línea en la tierra, un símbolo antiguo que los aliados podrían reconocer, una señal para los suyos de que esa parte de la isla estaba, por ahora, segura. Fue un mensaje pequeño y simple: *no caminéis por aquí*.

Y cuando el viento lo abrazó, llevando su figura hacia las alturas, la isla cerró el hueco tras él. El pantano tragó lo que tenía que tragar; la maleza cubrió las huellas. El mundo siguió girando. Pero algo había cambiado: la columna de la caza no marcharía tan ligera como había llegado. Y en el centro de la noche, bajo la niebla, Tharros voló sabiendo que había plantado una semilla de resistencia.

Pero nada había terminado.

Debía volver y seguir como humano, saber más, encontrar a Neryon.

Se dejo caer al mar y se dejo llevar a la orilla de la isla, transformándose en un ratoncillo nuevamente hasta llegar al lugar donde le habían dado para dormir.

Esperando así un nuevo día.

Chapter 35

El amanecer se levantó gris sobre la fortaleza Vördrung.
Cada golpe de martillo resonaba como un eco hueco en el aire. Los hombres despertaban con gruñidos y botas pesadas, arrastrando las sombras de la noche anterior.

Tharros, aún bajo su disfraz humano, salió del cobertizo donde los esclavos dormían amontonados. El aire olía a herrumbre y grasa quemada. Caminó con la lentitud de los acostumbrados al castigo, el paso encorvado de quien aprendió a fingir debilidad.

Pero detrás de esos ojos dorados apagados, su mente era un torbellino.
Cada día entre los Vördrung era una lección de estrategia, una danza silenciosa entre la paciencia y el fuego que lo habitaba.

Había pasado semanas aprendiendo el lenguaje de sus rutinas: el cambio de guardias, los horarios de las patrullas, la forma en que los capataces bebían más de lo que ordenaban. Todo se anotaba en su mente como piezas de un tablero que pronto se movería.

Ese día, mientras transportaba sacos de grano hacia las cocinas, oyó algo que detuvo su paso. Dos guardias conversaban cerca de la empalizada, en voz baja.
—la bestia no ha comido desde ayer —dijo uno, mirando con incomodidad hacia las montañas—.

Si no le llevamos alimento, el general nos colgará.
—Pues que nos cuelgue —respondió el otro—. A mí me da miedo mirarla siquiera. Esa cosa no es natural. Tres cabezas, y las tres odian vivir, antes eran 7, pero una a una se han vuelto cenizas, como extraen su sangre y la mezclan con la nuestra, la han debilitado, pero sigue siendo aterradora.

Tharros fingió no escuchar.
Pero por dentro, su mente ardía.
La bestia de tres cabezas.
El nombre había surgido antes, en rumores, en conversaciones a media voz. Algunos decían que era una criatura nacida del fuego y la magia prohibida; otros, que era un dragón capturado y deformado por los experimentos del enemigo.
Y ahora, tenía una oportunidad de acercarse.

Horas después, mientras los hombres descargaban cestas de carne y toneles de vino, Tharros se ofreció para ayudar.
—Yo puedo llevar la carga —dijo con voz neutra, fingiendo obediencia.
Uno de los guardias lo miró con fastidio, pero otro, de barba gris y mirada dura, asintió.
—¿Cómo te llamas, esclavo?
—Torren —respondió, usando el nombre falso que había adoptado.
—Bien, Torren. Caminas conmigo. No quiero cargar solo esta porquería.

El hombre se llamaba Gunnar, y aunque su rostro era pétreo, su andar no tenía la rigidez de un verdugo. Tharros lo siguió por los pasillos interiores de la fortaleza, donde las antorchas lanzaban sombras temblorosas sobre las paredes de piedra.
El olor cambió a medida que avanzaban: el aire se volvió espeso, caliente, cargado de azufre y hierro.
Descendieron por un túnel que vibraba como si el suelo respirara.
El sonido de cadenas resonaba a lo lejos.

—¿Qué es eso? —preguntó Tharros, fingiendo temor.
Gunnar soltó una risa seca.
—La gloria de los Vördrung. La bestia de tres cabezas, Sethra. Dicen

que los dioses la enviaron para recordarnos el poder que tenemos.
Hizo una pausa, y su tono se suavizó apenas.
—Aunque… yo creo que es una maldición, más para ella que para nosotros mismos.

El túnel desembocó en una cámara enorme.
Allí, tras rejas de hierro forjado, yacía Sethra
Tres cabezas, una dormida, otra despierta, la tercera observando en silencio con un ojo de fuego.
El cuerpo era de escamas negras, surcado por cicatrices que brillaban con un resplandor verdoso. Cadenas ancladas a la roca sostenían sus patas.
El aire estaba saturado de calor, pero también de tristeza.
Tharros lo sintió de inmediato.
Esa criatura no era un monstruo.
Era un dragón esclavizado.

Gunnar se acercó con cuidado, dejó la carne en un recipiente y habló sin levantar la voz.
—Tranquila, vieja amiga. No hay látigos hoy. Solo comida.

Tharros lo observó de reojo.
Ese hombre… no la trataba con odio. Había respeto en su tono. Tal vez compasión.
—¿Por qué le hablas así? —preguntó con cautela.
Gunnar soltó un suspiro.
—Porque la admiro. Dicen que antes fue siete dragones distintos, uno de cada clan, incluso restos de la sangre del rey maelvon, fueron combinados. Que los Vördrung los unieron con veneno y fuego. Y aun así… no muere. Mira más abajo, allá esta Neryon, el corazón del mar, lo tiene en una jaula de veneno, sin aire fresco, entre lava, cautivo, casi sin alimentación y sabes que hizo esta bestia, por más que esta acá para impedir que alguien intente rescatarla, hizo algo que solo yo sé, porque lo vi, una de esas cabezas es la reencarnación de maelvon , cada semana baja a revisarla y le da a Neryon de su sangre, por eso no muere, por eso a pesar del cautiverio Neryon sigue vivo, porq es parte del rey, no se si

por arrepentimiento, por benevolencia o porque lo hizo, pero me pidió guardar el secreto y así lo he hecho por años.

Alzó la mirada, y sus ojos azules brillaron con una chispa extraña.
—Y Si algo sobrevive al dolor que le damos… merece mi respeto. ¿Sabes porque te lo cuento?

—No, —contesto Tharros

—Porque él me dijo que vendrías.

Tharros asintió lentamente.

Era la primera grieta en la armadura de su enemigo.
Una chispa que podría usar.

Los días siguientes, Gunnar empezó a confiar más en él.
Le enseñó las rutas de los suministros, las contraseñas que usaban los guardias, los horarios en que el alto mando bajaba a inspeccionar la "bestia".
Tharros escuchaba, memorizaba, callaba.
Cada palabra era una llave.
Cada gesto, una oportunidad.

Una noche, mientras Gunnar limpiaba su lanza, habló con voz baja, como si las paredes pudieran oírlo.
—Dicen que el general planea exhibir a la bestia en el próximo eclipse. Quieren usar su sangre para bendecir las nuevas forjas.
Tharros apretó los puños.
—¿Y tú lo permitirás?
—No tengo elección, Torren. —El hombre lo miró, cansado—. Nadie la tiene aquí.

El silencio cayó entre ambos.
A lo lejos, los martillos seguían golpeando, marcando el pulso de un mundo que se desmoronaba.

Mientras tanto, en la sala del consejo, los líderes Vördrung discutían con voces roncas y copas de hidromiel.
El fuego del hogar ardía en el centro de la habitación, iluminando las runas talladas en el suelo.
Uno de los jefes, un hombre alto con capa de piel de oso, golpeó la

mesa.
—¡Han pasado tres días! ¿Dónde están los cazadores? ¡Les ordené traer los cráneos de los dragones rebeldes!
Otro, más viejo, alzó la voz.
—Quizás los dragones los encontraron primero.
Un murmullo incómodo recorrió la mesa.
El primero chasqueó la lengua.
—Imposible. Los Infernox fueron extinguidos. Los pocos que quedan están encadenados.
—Entonces, ¿qué explicación tienes? —replicó el viejo—. ¡Veinte hombres, tres carros desaparecen sin dejar huella!
Un silencio espeso llenó la estancia.
Finalmente, el general habló.
—Enviaremos un reconocimiento.
Que salga al amanecer.
Quiero respuestas antes de la noche.
Al día siguiente, el rugido de un dragón esclavizado estremeció los muros.
Era un Infernox joven, de escamas opacas y ojos apagados. Las runas grabadas en su pecho brillaban con una luz enfermiza, controlándolo como una marioneta.
Sobre su lomo, un jinete Vördrung ajustaba las correas.
—Vamos, Muéstrame qué tan lejos puedes volar antes de romperte.
El dragón se elevó, cruzando el mar y las colinas.
Su vuelo era pesado, pero sus sentidos seguían intactos.
Y entonces, al pasar sobre un claro en la selva, lo sintió.
Un pulso.
Una marca.
Invisible a los hombres.
El símbolo que Tharros había dejado días atrás.
Era pequeño, débil… pero vivo.
El Infernox lo reconoció de inmediato.
Una señal de los suyos.
Su pecho se expandió con una emoción que no recordaba: esperanza.

El jinete no vio nada. Solo maldijo la lentitud del vuelo y azotó al dragón con la lanza.
—¡Rápido, basura alada! ¡Encuentra algo o te haré trozos!
El Infernox obedeció, pero en su mente una chispa se encendió.
Alguien aún lucha. Alguien aún recuerda.

Dieron vueltas por la zona, sin hallar rastro de los cazadores ni de los carros.
Cuando regresaron, el jinete desmontó furioso.
—No hay nada. Ni cuerpos, ni señales de batalla. Es como si el bosque se los hubiera tragado.
El general frunció el ceño.
—Entonces el bosque se ha vuelto enemigo. Quemaremos cada árbol si es necesario.
El consejo asintió entre murmullos.

Tharros escuchó esas palabras desde un rincón del patio, fingiendo ser otro esclavo cualquiera.
Pero en su interior, el fuego crecía.
Sabía que había ganado tiempo, pero también que la respuesta del enemigo sería brutal.
Y aún debía encontrar a Neryon, la bestia prisionera bajo tierra, el hermano perdido del fuego.

Esa noche, mientras todos dormían, subió al acantilado que dominaba la fortaleza.
El viento del norte soplaba gélido, pero en sus venas ardía el calor de algo más grande.
Cerró los ojos y dejó que el aire hablara.
Sintió el eco de Alethea, lejos, como una llama que respiraba al mismo ritmo que él.
La conexión era silenciosa, pero viva.
Y mientras las olas golpeaban las rocas, juró en voz baja:

—Neryon… aguanta un poco más.

Chapter 36

Alethea estaba de pie frente al círculo de piedra.
El mismo lugar donde una vez había sentido miedo, donde había dudado de su poder y de sí misma.
Pero ya no era la misma.
El agua, el fuego, el aire y la magia fluían dentro de ella como una sola corriente.
Sus ojos brillaban con un matiz cambiante —azul, dorado, blanco, rojo— según el elemento que se agitara en su interior.
En su pecho, el equilibrio latía.

Los dragones se reunieron a su alrededor.
El suelo tembló con su presencia.
El aire se cargó de energía antigua, tan densa que parecía contener el peso de siglos.

Primero habló Kaelrath, el dragón del fuego.
Su voz era profunda, grave, y cada palabra hacía vibrar el suelo.

—Los Vördrung celebrarán dentro de tres días el ritual de *la persecución de Sköll y Hati*. Creen que cuando el sol se oculte, los lobos del fin del mundo devorarán la luz para dar paso al Ragnarök.

—Su mirada ardió con intensidad—. Estarán ebrios, confiados, adorando su propia destrucción. Ese será el momento de atacar.

Alethea asintió, cruzando los brazos.
—Durante el eclipse, los cielos se cubrirán. La oscuridad nos protegerá —dijo con calma, observando cómo las chispas danzaban sobre el cuerpo del dragón—. Pero necesitamos algo más que fuego. Si atacamos sin estrategia, solo repetiremos la historia.

De entre los árboles emergió Vaeryn, el dragón del aire.
Sus alas transparentes destellaban como espejos líquidos.

—Entonces usaremos el viento a nuestro favor. —Su voz era un susurro contenido en mil tormentas—. Cuando el sol se cubra, liberaré corrientes frías desde las montañas. Los vikingos creerán que es un presagio de sus dioses, una señal del Ragnarök. Y cuando busquen refugio… caeremos sobre ellos.

Kaelrath resopló, lanzando humo.
—Engañarlos con miedo. No es un mal inicio, aire y estrategia, la mezcla perfecta. Pero dudo que solo eso los detenga.

De las sombras del bosque surgieron los gemelos: Eldryon y Zhaeldor.
La primera, dragona de escamas lilas y mirada brillante; el segundo, de tonos plateados azulosos y aire burlón.
Ambos se acercaron con sonrisas ligeras, rompiendo la tensión.
—No subestimes la magia, Kaelrath —dijo Eldryon, sacudiendo la cabeza—. Alethea domina el flujo de energía, puede conjurar ilusiones que nublen los sentidos de los enemigos.

—Y yo puedo traer el viento a su favor —añadió Zhaeldor—. Si los cegamos con niebla, con espejismos de dragones falsos, creerán que los cielos se abren contra ellos.

Kaelrath gruñó.
—Ilusiones no matan guerreros.
Eldryon arqueó una ceja.
—Pero los confunden… y eso salva vidas.

Alethea los observaba debatir.
Por un instante, sintió que estaba presenciando algo sagrado: los clanes que alguna vez se destruyeron, ahora reunidos, discutiendo cómo luchar juntos.
La historia se repetía, pero esta vez, tal vez, con otro final.

El anciano Nerythar, líder de los vikingos del mar y aliado de los Thalassor, emergió de entre la niebla.
Su cabello blanco caía hasta el pecho, y su bastón llevaba talladas las runas de las mareas.
—El eclipse durará tres minutos —dijo con solemnidad—. Tres minutos donde el mar y el cielo se unirán en sombra. Si

sincronizamos bien el ataque, la marea subirá en el momento exacto y cortará sus rutas de escape por el sur.

Alethea inclinó la cabeza en señal de respeto.
—Entonces el mar se levantará con nosotros.

El anciano sonrió, con la serenidad de quien ya ha vivido demasiadas guerras.
—Y los Nerythar navegarán entre esa oscuridad. Nuestros barcos estarán listos. Si los dragones del aire abren paso entre las nubes, y los del fuego crean distracción, nosotros tomaremos el puerto y sellaremos el acceso a la fortaleza.

Un murmullo de aprobación recorrió el círculo.
Por primera vez en mucho tiempo, todos los clanes parecían hablar el mismo idioma.

Kaelrath dio un paso al frente, su cuerpo proyectando una sombra roja sobre Alethea.
—Tú liderarás, niña. —Sus ojos ardían, pero esta vez no de ira sino de reconocimiento—. Has aprendido a dominar cada don, y eres el único vínculo que une nuestras fuerzas.

Alethea bajó la mirada unos segundos, luego habló con firmeza.
—No soy líder. Soy una aliada. —Levantó la vista, encontrando la mirada de cada dragón—. Todos hemos perdido demasiado para seguir pensando en títulos. Hoy no pelearemos por clanes, ni por venganza. Pelearemos por lo que queda.

El silencio fue profundo.
El viento sopló, moviendo el agua del lago.

Vaeryn fue el siguiente en hablar.
—Entonces debemos dividirnos.
—¿Dividirnos? —gruñó Kaelrath.
—Sí —contestó Vaeryn con calma—. Si atacamos desde un solo frente, los Vördrung usarán sus máquinas de hierro y sus lanzas de veneno. Pero si dividimos el ataque, confundiremos su defensa. Los Mysticor crearán espejismos, los Zephyrion atacarán desde el cielo, los Thalassor desde el mar y los Infernox desde tierra.

Eldryon asintió.
—Y yo puedo convocar a las sacerdotisas del norte. Ellas levantarán un círculo protector sobre la isla, para que ningún conjuro de los humanos interfiera.

Zhaeldor levantó una pata con gesto juguetón.
—Y yo traeré a los Skjarvold, los vikingos del trueno. Los conoces, Alethea. Les gusta una buena pelea, sobre todo si el enemigo es ruidoso y huele a hierro.

Todos rieron.
Incluso Kaelrath soltó una sonrisa leve, como un trueno lejano que amaga con volverse tormenta.
—Trae a quien quieras, pequeño dragón. Pero asegúrate de que sepan obedecer órdenes.

—No obedecen, improvisan —replicó Zhaeldor con una mueca divertida—. Por eso ganan.

La tensión se disipó por un momento.
Era extraño verlos así: entre bromas, planeando una guerra.
Pero Alethea sabía que en ese instante, más que estrategias, estaban reconstruyendo confianza.

Se acercó al lago y se inclinó, tocando la superficie con la palma.
El agua tembló y mostró reflejos de fuego y sombra.
Las imágenes de la fortaleza Vördrung se dibujaron en su interior: torres, muros, bestias encadenadas, hombres con lanzas verdes.
—Ellos no esperan un ataque. Creen que ganaron —susurró—.

Kaelrath la observó desde atrás.
—Hablas como si hubieras vivido mil años.
—Tal vez los viví —respondió ella, sin mirarlo—. Tal vez todos los vivimos.

El fuego del dragón se reflejó en el agua.
Por un instante, Kaelrath pareció ver en ella a Lyssara, la madre de Tharros.
Y aunque no dijo nada, algo cambió en su mirada.

Eldryon rompió el silencio con voz alegre:
—Propongo algo. Si salimos de esta vivos… cada clan deberá dejar

un símbolo en este círculo. Uno que recuerde que una vez, fuimos uno solo.

Alethea sonrió.
—Hecho.

Las llamas de Kaelrath se elevaron en espiral.
El aire de Vaeryn giró a su alrededor, formando un torbellino luminoso.
Eldryon conjuró luces de colores, Zhaeldor levantó polvo y brisa.
El anciano Nerythar golpeó su bastón contra la tierra, invocando un rugido del mar.
Alethea levantó ambas manos, y todos los elementos se encontraron en un punto sobre su cabeza.
El resplandor fue tan intenso que los árboles se inclinaron.

De pronto, todo se volvió silencio.
Un silencio hermoso.
El de los pactos verdaderos.

Alethea respiró hondo, sintiendo la energía unirse.
Ya no era la joven confundida que llegó a esa isla; ahora era el puente entre lo que fue y lo que vendría.
Cuando abrió los ojos, las luces danzaban alrededor de ellos como espíritus antiguos.
El fuego y el agua no se repelían.
El aire y la magia no se anulaban.
Todo fluía.

—Entonces —dijo Kaelrath finalmente—, que los cielos sean testigos.
Tres días.
Durante la persecución de Sköll y Hati.
El sol se apagará… y el fuego despertará.

Alethea asintió.
—Y cuando el sol vuelva a nacer… el equilibrio también lo hará.

El rugido de los dragones llenó la isla.
Los árboles vibraron.
El mar respondió con una ola inmensa que golpeó la costa, levantando espuma blanca.

El plan estaba trazado.
El tiempo, contado.
El eclipse se acercaba.
Y con él, el inicio del último amanecer de los Vördrung.

Alethea se quedó mirando el horizonte, el cabello al viento.
Por un instante, a la distancia, creyó sentir algo más: una presencia familiar, un eco del alma que latía al mismo ritmo que la suya.
No necesitó verlo.
Sabía que Tharros estaba ahí, preparándose para el mismo destino.

Chapter 37

El cielo se extendía sobre la isla como un lienzo presagiando tormenta.
Las nubes, teñidas por el fuego del atardecer, se movían lentas, pesadas, como si el mundo contuviera la respiración.

Alethea estaba en el círculo de piedra, rodeada por los dragones antiguos. Las runas grabadas en el suelo brillaban con una luz azulada, cada una representando un elemento, cada símbolo pulsando como un corazón.

Kaelrath, el dragón del fuego, se acercó primero. Sus escamas emitían destellos de cobre fundido y su voz resonó con el peso de los volcanes.

—Ha llegado la hora, hija del equilibrio —dijo con solemnidad—. El juramento que hagas hoy marcará la línea entre la vida y el olvido.
Alethea alzó el rostro, sus ojos reflejaban la mezcla de miedo y determinación que solo tienen los que han perdido demasiado.
—Estoy lista.

Zhaeldor, el dragón del aire, dio un paso al frente, su forma translúcida parecía una corriente de viento con forma.
—El viento no se detiene ante nada —susurró—. Que tus decisiones sean así. Que nada te doblegue.

Eldryon, su hermana, se colocó al lado opuesto, representando la magia.

—Pero recuerda —añadió—, incluso el viento más libre necesita un propósito. La libertad sin dirección es solo caos.

Los dragones del agua emergieron desde el borde del círculo**:** **Naerya,** la guardiana de las mareas, se inclinó ante ella. Su cuerpo ondulaba con reflejos plateados, y su voz sonaba como una corriente profunda.

—Yo te ofrezco la paciencia del océano, Alethea. La fuerza de lo que fluye sin romper. Promete que no usarás tu poder por venganza, sino por restaurar el equilibrio.

Alethea asintió, con un nudo en la garganta.
Luego la tierra se alzó.

De las grietas del suelo surgió **Galdor**, el anciano dragón de piedra y raíces. Sus ojos eran cavernas de siglos.

—Jura ante la tierra, niña de los cielos —tronó—. Jura que tu fuego no volverá a destruir lo que juramos proteger.

Alethea respiró hondo y dio un paso al centro.
Las runas se encendieron a su alrededor, entrelazándose como hilos de destino.
El viento giró. El fuego danzó. El agua formó un anillo. La tierra retumbó.
Todo se unió en un solo pulso.

Alethea levantó las manos y pronunció las palabras antiguas que Kaelrath le había enseñado días atrás.
Su voz resonó como un eco entre montañas:
—Juro por los elementos que me forjaron, que mi fuego no consumirá sin razón, que mi aire no huirá del deber, que mi agua no ahogará la esperanza, y que mi tierra sostendrá lo que deba florecer.
Las runas respondieron.
Una luz blanca envolvió el círculo y los dragones inclinaron sus cabezas.
El juramento estaba hecho.
El vínculo con los elementos, sellado.

Cuando la luz se disipó, Alethea cayó de rodillas. El suelo vibraba aún bajo su piel, y las voces de los dragones resonaban en su mente como un canto coral.
Kaelrath se inclinó sobre ella.
—Ahora eres una con nosotros. Pero recuerda, Alethea… el equilibrio no se defiende con palabras, sino con fuego.
Ella alzó la vista, exhausta, y asintió.
El fuego reflejaba su rostro como si en él habitara un nuevo sol.

El crepúsculo cedía paso a la noche.
Eldryon y Zhaeldor se miraron; la calma había terminado.
El eclipse se avecinaba.
Alethea se levantó, el viento enredando su cabello, las escamas aún brillando en su piel por la energía de las runas.
—Tenemos seis horas para ir por los nuestros, reúnanlos y nos encontramos al salir el alba —dijo con voz firme—. No esperaremos más.

Kaelrath dio un rugido que retumbó en las montañas.
Los demás dragones respondieron.
La guerra se acercaba.

El campamento se encendió con una actividad febril.
Los dragones y sus guardianes movían provisiones, afinaban estrategias, marcaban los mapas que habían trazado sobre una roca cubierta de musgo.

Alethea observaba el mapa iluminado por las antorchas. Las sombras de las montañas formaban el contorno de la fortaleza Vördrung.
—Atacaremos durante el eclipse —dijo—. Cuando Sköll y Hati devoren al sol, los vikingos estarán celebrando. No verán venir el fuego hasta que ya los haya alcanzado.

Kaelrath soltó un resoplido que levantó chispas.
—Yo entraré por el flanco sur. Allí están las forjas y los depósitos de veneno. Si los destruyo, sus armas quedarán inútiles.
Zhaeldor asintió.
—Yo controlaré los vientos del este. Los distraeré con tormentas. Haré que crean que la isla misma los traiciona.

Eldryon añadió con una sonrisa luminosa:
—Y yo guiaré a los dragones jóvenes por el norte. Atacaremos desde las alturas, cuando las sombras cubran la luna.
Selyra habló entonces, con la serenidad de quien conoce la paciencia del océano.
—Mientras ustedes rugen, yo levantaré el mar. Haré que las olas invadan la costa y corten sus rutas de escape. Ningún barco saldrá de esa fortaleza.

Galdor, el anciano, golpeó el suelo con su garra.
—Y yo levantaré la tierra bajo sus pies. Haré que sus muros tiemblen y se abran. Cuando el fuego los alcance, no tendrán dónde huir.
El aire pareció contener el eco de esa promesa.
Alethea los miró uno por uno.
—Entonces es un acuerdo.
Kaelrath se inclinó, una chispa de orgullo brillando en su mirada.
—Hace mucho que no luchábamos juntos. Hoy lo haremos por los nuestros… y por Tharros.

El nombre resonó en el círculo como un eco profundo.
Alethea bajó la mirada, y por un instante, la calma se quebró.
Pero solo un instante.
Luego habló con voz decidida:
—Él está cumpliendo su parte. Nosotros cumpliremos la nuestra.

El viento cambió.
Una corriente tibia cruzó la isla, trayendo consigo el presagio del eclipse.
Los dragones miraron al cielo, donde una línea de oscuridad comenzaba a morder el borde del sol.
Faltaban dos horas.

Mientras tanto, en los bordes del campamento, los dragones jóvenes pulían sus escamas con aceite, ajustaban armaduras forjadas por el clan del aire.
Eldryon se acercó a Alethea y le puso una garra en el hombro.
—Estás lista —le dijo—. Y no estás sola.
Alethea asintió.
—Gracias…

Ambos rieron con suavidad, y por un momento, la guerra pareció lejana.

Una ráfaga de viento sacudió el campamento.
El cielo, que hasta ese instante había permanecido en calma, se abrió como un telón rasgado.
Los dragones alzaron la mirada.
Un rugido atravesó las nubes.
Era un sonido que no pertenecía a la furia ni al miedo, sino al regreso.
El aire cambió de temperatura.
El fuego de las antorchas se inclinó hacia el este, como si saludara a algo sagrado.

Desde el horizonte surgió una figura envuelta en destellos dorados y ceniza.
Las alas se desplegaron con una majestuosidad imposible de describir; cada escama reflejaba la luz del eclipse naciente.
Cuando la ráfaga llegó al suelo, el viento levantó polvo, hojas y brasas.
Y en medio del torbellino, la forma humana se disolvió.
Lo que emergió fue el dragón que todos creían perdido.

Tharros.
El dragón del fuego eterno.
El hijo del equilibrio.

Durante semanas lo había sentido en sueños, en vibraciones de calor que cruzaban la distancia entre ambos.
Pero verlo allí, tangible y real, fue como despertar en medio de una leyenda.

Kaelrath fue el primero en hablar.
—Por las brasas del origen… —su voz tembló, entre respeto y asombro—.
Tharros, has vuelto.

El dragón descendió, y su peso hizo vibrar la tierra.

Alethea lo miró, incapaz de contener las lágrimas.
—Creí que te habías perdido —susurró, casi para sí misma.

Tharros giró el rostro hacia ella.
En su mirada no había arrogancia ni distancia; solo una calma profunda, la de quien ha atravesado el fuego y ha regresado entero.
Su voz, cuando habló, resonó grave, como el eco de una montaña viva.

—Estuve entre ellos —dijo—.
Vi lo que planean.
Escuché las órdenes del jefe Vördrung.
El eclipse no es solo un ritual.
Es la llave de una unión prohibida.

Los dragones se acercaron, rodeándolo.
El aire se cargó de expectación.
Kaelrath inclinó la cabeza.
—Habla, Tharros. ¿Qué has visto?

Tharros bajó el cuello y sus ojos se volvieron ámbar.
—El jefe de los Vördrung no busca solo la sangre de Neryon… quiere tomarla.
A primera hora, cuando el sol se cubra por completo, abrirá el pecho de la bestia de tres cabezas, Sethra, y extraerá la mitad de su corazón.
Pretende fundirlo con el suyo, unificarse con ella.
Así podrá dominarla y ver a través de sus ojos.
Mientras se recupera de la herida, estará oculto en las cuevas internas, las mismas donde mantuvieron cautivo a Neryon.
Tres sacerdotisas cuidarán su cuerpo durante el proceso.
Su poder crecerá con cada minuto de la fusión.

Un silencio denso cayó sobre el círculo.
Eldryon, que hasta entonces mantenía la compostura, soltó un jadeo.
—Si logra esa unión… no quedará barrera entre su mente y la de Sethra. Se volverán uno.
Zhaeldor agregó, preocupado:
—Podría controlar todas las bestias nacidas del veneno de esa fusión. Incluso los dragones cautivos.
Galdor golpeó la tierra con la cola, y la vibración hizo que las runas

brillaran débilmente.
—Entonces debemos atacarlo antes de que despierte.
Alethea levantó la vista, su expresión endurecida por la certeza.
—¿Y Neryon? —preguntó.
Tharros la miró.
En su voz se mezclaba el dolor con la urgencia.
—Al mediodía, durante el eclipse, planean sacrificarlo ante la fortaleza.
Será la ofrenda principal al Ragnarök.
Si no llegamos a tiempo…
—Lo harán cenizas —terminó Kaelrath, furioso.
Un rugido colectivo resonó en el valle.
Las aves huyeron.
Los árboles se inclinaron ante el estruendo.
Tharros avanzó hasta el centro del círculo.
El fuego que dormía bajo las piedras se encendió, respondiendo a su presencia.
—No basta con atacar desde fuera —continuó—.
Si destruimos a la bestia sin eliminar al jefe, volverá a levantarse.
Estaran unidos por el mismo corazón.
Debemos matarlos al mismo tiempo.
Solo así el vínculo se romperá.
Eldryon frunció el ceño.
—Eso significa dividir nuestras fuerzas.
Tharros asintió.
—Lo sé. Pero es la única opción.
Mientras algunos distraen a las tropas en la superficie, otros deben infiltrarse en las cuevas.
Les dire como sera ese ataque. Conozco los pasadizos y las trampas.
Alethea lo miró, con el corazón dividido entre orgullo y temor.
—Como nos dividimos?
Tharros sonrió con suavidad, una expresión que apenas tocó sus labios pero incendió el aire.
—Sabía que dirías eso.

Galdor desplegó las alas y habló con voz de trueno.
—Entonces tenemos un nuevo plan.
El ataque será doble: el aire y el fuego contra la fortaleza, el agua y la tierra contra las raíces del monte.
Galdor irás por el jefe junto con Eldryon y con nuestro aliado Gunnar, sabes quien es, siempre has estado en comunicación con él.
Eldryon dijo, llevare 3 dragones conmigo, iremos como ráfaga del viento, entraremos y aremos entrar en trance a las sacerdotisas mientras tú Galdor, entra con hienas y haz lo tuyo
Zhaeldor levantó la mirada, su cuerpo etéreo rodeado por brumas.
—Que los vientos nos guíen.
Eldryon sonrió.
—Y que el sol tema mirar lo que haremos bajo su eclipse.
Alethea avanzó hacia Tharros.
Por un instante, el ruido del mundo se desvaneció.
Él bajó la cabeza y rozó su frente con la suya.
No hicieron falta palabras.
La conexión entre ellos volvió a encenderse, más fuerte que nunca, ella y Tharros irían por la bestia.
El aire se llenó de un murmullo antiguo.
Los dragones alrededor comenzaron a prepararse.
Kaelrath rugió órdenes, Zhaeldor extendió el viento como escudo, Galdor marcó el suelo con runas defensivas.
Eldryon reunió a los jóvenes y los instruyó en la formación de vuelo.

Chapter 38

Mientras tanto, Alethea y Tharros permanecieron un instante más juntos en el centro.
El fuego de las runas subió por sus cuerpos, enlazándolos con una energía que no pertenecía a este mundo.

—Cuando esto termine —murmuró ella—, quiero volver a verte sin fuego de por medio.
Tharros la miró con una calma que escondía el peso de mil guerras.
—Lo harás. Pero primero debemos apagar este infierno.

El viento volvió a agitarse.
Los dragones extendieron sus alas, las llamas danzaron entre ellos.
El cielo, cada vez más oscuro, anunciaba el inicio del eclipse.
A lo lejos, el rugido de Sethra resonó en las montañas, profundo y colérico, como si presintiera el destino que se acercaba.

Tharros miró hacia ese horizonte teñido de fuego y sombra.
—Entonces será así —dijo—.
Cuando la oscuridad cubra al sol, los Vördrung conocerán el verdadero significado del equilibrio.

Alethea levantó su mano, y los elementos respondieron.
El aire sopló con fuerza.
El fuego giró en espirales.
El mar rugió en las costas.
La tierra se alzó bajo sus pies.

Los dragones gritaron al unísono.
Era el llamado a la guerra.

Y en el centro de todo, Alethea y Tharros, fuego y equilibrio, alzaron sus miradas al cielo.
La noche poco a poco desaparecía
El eclipse se acercaba.
Y la batalla final apenas comenzaba a respirar.

Tharros, desapareció tal como llego, debía seguir infiltrado y ser guía a sus aliados en tierra, esperando por los suyos, no podía interferir entre el jefe y la bestia, todo debía seguir su ciclo, no podían dejar

la bestia viva, pues de ella salía la única arma para destruir los dragones, sus sangre, así que por más buena que fuera, debía dejar su existencia.

Más tarde, los clanes se reunieron en un semicírculo. Las llamas danzaban frente a ellos, iluminando rostros antiguos.
Alethea tomó la palabra.
—Kaelrath, Eldryon, Zhaeldor, Selyra, Galdor… todos ustedes me enseñaron que el poder no se domina, se comprende.
—Y ahora debemos comprender que no se trata solo de fuego y destrucción —añadió Eldryon—, sino de restaurar lo que se quebró.
Galdor gruñó.
—La restauración empieza cuando los tiranos caen.
Kaelrath arqueó el cuello.
—Y caerán.

Alethea levantó las manos y dejó que los cuatro elementos se manifestaran a su alrededor.
El fuego en su palma.
El aire girando como un anillo.
El agua suspendida como un cristal flotante.
La tierra vibrando bajo sus pies.
—El equilibrio será restaurado —dijo con solemnidad—. Por los Eternos, por los caídos, por los que aún creen.

Las runas del círculo se encendieron una vez más.
Los dragones rugieron al unísono.
El eco del juramento se extendió hasta las montañas, mezclándose con el rugido del mar.
Era el anuncio de la guerra.

En la fortaleza Vördrung, el mismo cielo que iluminaba el juramento ardía en reflejos rojos sobre el hierro.
Tharros observaba desde las sombras cómo el campamento se transformaba.
Hombres movían antorchas, sacerdotes grababan runas en las piedras, las doncellas traían cántaros con vino y sangre.
Los tambores marcaban el compás del eclipse próximo.
Todo se preparaba para el ritual de Ragnarök.

Desde la terraza alta, el general observaba el movimiento con orgullo salvaje.
—Cuando el sol se oculte —gritó—, los dioses verán nuestra ofrenda.
Y su ofrenda tenía nombre.
Neryon.
El dragón del mar, debilitado, arrastrado fuera de su prisión de lava, sostenido por cadenas que ardían con veneno líquido.

Tharros sintió un escalofrío recorrerle la espina.
No podía moverse todavía.
Su disfraz debía mantenerse.

—Tú —gruñó un guardia, señalándolo con el extremo de su lanza—. Vienes con nosotros. Hay que mover al sacrificio.
Tharros asintió sin hablar.
Su corazón golpeaba con una fuerza que le costaba disimular.
Sabía lo que significaba esa orden.

El grupo avanzó por el pasillo inferior, custodiado por antorchas que goteaban cera negra.
El calor se volvía más intenso con cada paso.
Y allí, en el fondo de la fortaleza, tras una puerta tallada con runas de maldición, estaba él.

Neryon.

Sus escamas, que alguna vez fueron un espejo azul de las profundidades, estaban apagadas, casi grises.
El veneno había hecho su obra: la piel se agrietaba, la respiración era pesada, y la luz de sus ojos se apagaba como un faro que resiste la marea.

Los hombres colocaron ganchos y poleas para mover su cuerpo.
Tharros observó cada movimiento con el rostro impasible, aunque por dentro sentía que el alma se le desgarraba.
Dio un paso más, fingiendo ayudar, hasta quedar frente a la gran cabeza de Neryon.

El dragón levantó apenas el párpado.
Su mirada cruzó la del hombre que tenía delante.
Por un instante, el tiempo se detuvo.
Luego, una sonrisa, leve, casi imperceptible, se dibujó en el rostro exhausto de Neryon.

Lo reconocía.

El esclavo no era un esclavo.
Era Tharros.
El hijo del fuego.
El eco de Maelvorn.

Los demás no notaron nada.
Siguieron ajustando cadenas, colocando los garfios.
Pero entre ambos dragones, la conversación comenzó sin palabras.

—Hermano del equilibrio.
—Te encontré.

La voz de Neryon no era un sonido, sino una vibración, un murmullo dentro del pecho de Tharros.
Parecía fluir como el agua que encuentra grietas incluso en la piedra.

—Has venido en el momento justo. Pero escucha con atención… el eclipse abrirá más que cielos. Abrirá la herida del mundo.

Tharros respiró con dificultad, sin mover los labios.
Respondió con el pensamiento.

—¿Qué te han hecho, Neryon?
—Lo que los hombres hacen cuando creen tener poder sobre lo eterno.
—Te sacaré de aquí.
—No aún. No con tus manos, no con furia. Escucha.

El dragón lo miró con ojos velados, como si cada palabra le costara vida.

—Nada de lo que ves esta noche es real a los ojos.
—Entonces ¿cómo sabré qué hacer?
—Verás con el alma.

Neryon entrecerró los ojos, y una corriente leve, casi imperceptible, envolvió a Tharros.
El aire a su alrededor se volvió denso, como si el agua del mar hubiera subido a la superficie.

—Cierra tus ojos, hijo del fuego. Cuando el instinto te hable, escúchalo. El viento mostrará dónde está cada cual. La ceniza en los ojos da oscuridad, pero los ojos del alma ven a través de ella. El ébano de la noche oculta lo intangible… pero el fuego del renacido aclara hasta lo invisible.

Tharros sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.
El mensaje era enigmático, como todo lo que venía del linaje del agua, pero cargado de un sentido que resonaba con su esencia.
Sus pensamientos ardían.

—¿Qué quieres decir con eso?

Neryon exhaló un humo plateado que apenas logró escapar de sus fauces.

—Que deberás tomar decisiones que te dolerán. Pero escucha esto, Tharros: debajo de mí yace un huevo, de oro y fuego. Tu madre me lo confió el día de la guerra. Lo mantuve oculto, incluso de los Eternos. Es tuyo.

El corazón de Tharros se detuvo un segundo.

—¿Un huevo?
— Sí. Es un legado, un equilibrio que aún no entiende su destino. No lo toques. No lo reclames todavía. Su tiempo no ha llegado.

El dragón cerró los ojos, con un suspiro que sonó como una ola muriendo en la arena.

—¿Qué debo hacer con él?
—Nada. Por ahora, nada. Lo sabrás cuando debas… cuando lo sientas. Mientras tanto, lo seguiré guardando yo.

Tharros bajó la cabeza, disimulando su emoción ante los guardias.
Una de las cadenas se tensó con un chirrido.
Los hombres tiraban de los ganchos, preparando la subida hacia la

superficie.
Neryon fue arrastrado poco a poco fuera de la cámara.
El sonido del metal sobre la roca era insoportable.
Cada paso que daban era una herida.
Tharros caminaba junto a ellos, fingiendo indiferencia, pero cada vez que el cuerpo del dragón se estremecía, sentía el impulso de transformarse, de quemarlo todo.
Gunnar apareció entre los hombres, con el rostro cubierto de sudor.
—¡Rápido! El eclipse comenzará antes del mediodía. El general quiere la bestia lista frente al templo.
Tharros lo miró de reojo.
Aquel hombre había sido su aliado secreto, su sombra dentro del enemigo.
Ambos sabían que estaban corriendo contra el tiempo.
La comitiva subió las rampas internas.
El aire se volvió más frío, más cortante.
El rugido distante del mar golpeando los acantilados se mezclaba con el sonido grave de los cuernos vikingos que anunciaban la ceremonia.
En la superficie, la fortaleza hervía de actividad.
Guerreros pintaban sus rostros con ceniza y sangre.
Los sacerdotes entonaban cánticos antiguos en honor a Sköll y Hati, los lobos del eclipse.
El sacrificio sería su manera de invocar el inicio del Ragnarök.
Tharros observó los preparativos, sintiendo cómo la rabia le quemaba por dentro.
Pero recordaba las palabras de Neryon:
—*Verás con el alma.*
Debía esperar.
Debía mantener el papel de esclavo hasta el momento exacto.
Neryon fue encadenado en el centro del altar, rodeado de estandartes de hueso y braseros encendidos con fuego verde.
El veneno brillaba sobre las piedras.
Cada respiro del dragón era un lamento contenido.

Tharros se colocó entre los ayudantes que aseguraban las poleas y revisaban los anillos.
Desde allí, su vista se cruzó una vez más con la de Neryon.
Por un instante, la distancia desapareció.

Y allí, en medio de los tambores y los gritos de los hombres, un esclavo de rostro ennegrecido permanecía inmóvil, esperando su momento.
Nadie veía el fuego que palpitaba bajo su piel.
Nadie sabía que en el corazón de la fortaleza, el hijo de Maelvorn estaba a punto de romper el equilibrio del mundo.

Chapter 39

El aire vibraba con una frecuencia baja, densa, como si todo el mundo contuviera el aliento ante lo que estaba por venir.

En el centro del altar, la bestia de tres cabezas se agitaba.
Sethra.
Sus cadenas resonaban contra la piedra con cada respiración forzada.
Las tres bocas, cubiertas con mordazas de hierro, exhalaban vapor ardiente que hacía temblar las antorchas.
Los ojos —tres soles apagados— miraban a los hombres que la rodeaban con una mezcla de furia y resignación.

El jefe de los Vördrung avanzó hasta el borde del altar.
Su silueta alta se recortaba contra el fuego.
Llevaba una armadura hecha con fragmentos de escamas arrancadas a dragones antiguos, y sobre su cabeza reposaba un casco forjado con hueso y oro.
Sus manos estaban cubiertas de runas talladas en la piel: las marcas del pacto que había sellado con los falsos dioses del norte.

A su alrededor, las sacerdotisas cantaban.
Sus voces eran un murmullo que no tenía principio ni fin, un eco que rozaba la cordura.

La piedra del altar temblaba.
Las nubes, cada vez más densas.

El jefe levantó la daga ceremonial, una hoja curva que destellaba con el color del fuego contaminado.
Sus ojos reflejaban la demencia de los que creen ser inmortales.

—**Seremos uno en alma, sangre y vida.** —dijo, su voz amplificada por el eco de la montaña—.
Nada podrá detenernos.
Tú, criatura indómita, serás mi fortaleza, mi escudo y mi furia.
Eres débil. Yo soy fuerte.
Tengo los dioses de mi lado.
Con tu corazón, con tus ojos y con tu aliento… viajaré hasta el fin del mundo.
Conquistaremos nuevas tierras, y todos se arrodillarán ante nuestra ley.
Nada podrá destruirnos.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los vikingos.
El sonido de los cuernos retumbó por toda la isla.
Los hombres golpeaban sus lanzas contra los escudos, marcando el ritmo de la ceremonia.

Las sacerdotisas se movieron alrededor de la bestia, delineando sobre la piedra un círculo de sangre que brillaba como brasas.
Cada una sostenía una antorcha verde, y el humo formaba símbolos en el aire: serpientes, garras, ojos.

Sethra se retorció, haciendo crujir las cadenas.
Sus tres cabezas rugieron al unísono, un sonido tan profundo que el suelo pareció gemir.
El jefe levantó la daga, y durante un segundo todo se detuvo: ni los tambores, ni el viento, ni los hombres respiraron.

Entonces, el acero descendió.

El golpe fue preciso, brutal, irreversible.
La hoja se hundió en el pecho de la criatura, justo entre las costillas de la cabeza central.
Un rugido de agonía estremeció la montaña.

El aire se llenó de vapor y sangre negra que salpicó las ropas del jefe.
Las cadenas se tensaron hasta romper la piedra.
Los hombres retrocedieron, algunos cayendo de rodillas ante la magnitud del grito.

El jefe sonrió.

Metió la mano en la herida palpitante y extrajo una parte del corazón.
Era enorme, vivo, una masa incandescente que latía incluso fuera del cuerpo.
Sus pulsaciones lanzaban ondas de calor que deformaban el aire a su alrededor.

—El poder de los dragones… el poder de los dioses —murmuró con deleite, observando cómo la sangre se mezclaba con la suya.

Extendió la parte del corazón hacia la sacerdotisa principal.
La mujer —alta, de rostro cubierto por una máscara de oro fundido — lo tomó con ambas manos.
Su voz resonó como un eco metálico:

—Por la voluntad del fuego, por la ira de las estrellas, que la unión sea sellada.
El corazón del monstruo será ahora el corazón del rey.

Giró hacia el jefe y, sin vacilar, presionó la daga sobre su pecho desnudo.
El primer corte fue limpio; el segundo, más profundo.
La sangre brotó como un torrente oscuro, empapando la piedra.
El hombre gritó, un sonido entre humano y animal.

La sacerdotisa colocó el corazón ardiente dentro de la herida.
El humo llenó la cámara.
El olor era insoportable: metal, carne, magia quemada.

El jefe cayó de rodillas, temblando.
Su cuerpo se arqueaba, intentando rechazar aquello que ahora latía dentro de él.
Sus venas se oscurecieron, sus ojos se llenaron de luz roja.

El fuego del dragón y la carne del hombre chocaban, luchaban por dominio.

Las sacerdotisas cantaban más alto.
El aire se volvió espeso, casi líquido.
Runas rojas comenzaron a brillar sobre el cuerpo del jefe.
Cada símbolo se hundía en su piel como hierro candente.
Su grito se convirtió en un rugido que partió el aire.

Entonces, la sacerdotisa levantó ambas manos e invocó el **Conjuro de Cegación**.
Sus palabras eran antiguas, prohibidas.
El fuego se extinguió en un instante, y una sombra líquida cubrió al jefe, envolviéndolo por completo.
El cuerpo se relajó.
La respiración se volvió pausada, casi dormida.

—Dormirá hasta que el eclipse lo despierte —dijo la sacerdotisa—.
Solo entonces la unión será completa.
El alma de la bestia fluirá dentro de su cuerpo, y cuando el sacrificio sea ofrecido… el Ragnarök comenzará.

Sethra, en el suelo, comenzó a sanar.
Las heridas que le habían abierto cerraban con rapidez.
Las tres cabezas jadeaban, exhaustas, pero vivas.
Los ojos centelleaban con un brillo extraño, como si algo se moviera detrás de ellos.
Ya no era libre.
Parte de su alma estaba atrapada en el hombre dormido, y otra parte seguía encadenada al cuerpo mutilado.

Los guerreros vikingos rugieron en celebración, creyendo que habían presenciado el nacimiento de un nuevo dios.
El jefe, inconsciente, fue levantado por cuatro hombres y llevado hacia el interior de la montaña, donde las cuevas se extendían como venas bajo la fortaleza.

Dentro de la caverna principal, prepararon el altar del reposo.
Colocaron el cuerpo del jefe sobre una cama de pieles de dragón, rodeada de antorchas.
A su alrededor, tres sacerdotisas aguardaban.

Sus túnicas eran negras como la medianoche y sus ojos estaban cubiertos con vendas rojas.
Eran las **Guardianas del Pacto**, las encargadas de proteger la transformación hasta que el ritual se completara.

—Nadie puede entrar —ordenó una de ellas—.
Ni hombre, ni bestia.
Hasta que el corazón deje de luchar.

El capitán de la guardia asintió.
—Tres dragones Infernox custodian la entrada. Nadie pasará.

Las sacerdotisas se inclinaron sobre el cuerpo.
Uno de los dragones rugió en la distancia, un sonido que resonó con pena, no con obediencia.
Eran criaturas quebradas, antiguas glorias reducidas a herramientas.
Sus escamas, antes resplandecientes, estaban cubiertas de hollín y cicatrices.
Collares de hierro runado los mantenían bajo control.
Sus ojos, opacos, seguían el movimiento de las sacerdotisas como sombras vivientes.

—El eclipse ha comenzado —susurró la más joven de las mujeres—.
Cuando el sol desaparezca por completo, el alma de la bestia buscará su reflejo en el corazón del hombre.
Si la unión es aceptada, el poder de ambos será incontenible.

Nadie respondió.
El jefe dormía, su respiración cada vez más irregular.
El corazón en su pecho seguía latiendo, más fuerte, más rápido, cada pulso expandiendo líneas de fuego bajo su piel.

Fuera de la caverna, el eclipse avanzaba.
El sol se reducía a un anillo dorado rodeado de sombras.
Los vikingos danzaban en los patios, gritando plegarias a los lobos celestiales, Sköll y Hati.
Creían que estaban presenciando el inicio del Ragnarök.
Creían que habían conquistado la esencia de los dragones.

Pero en lo profundo de la caverna, la historia se escribía con un lenguaje distinto.

El fuego y la sangre discutían dentro de un solo cuerpo.
Y las sacerdotisas, que conocían la fragilidad de los mortales, rezaban en silencio para que el alma de la bestia no reclamara su dominio total.

En la entrada, los tres Infernox alzaron la vista al cielo oscurecido.
Uno de ellos —de escamas grises y ojos quebrados— lanzó un rugido que nadie entendió, un grito que hablaba de libertad, de dolor, de memorias antiguas.
Un rugido que Tharros, desde lejos, sentiría en lo más profundo de su alma.

A la distancia, oculto entre las sombras de la fortaleza, Tharros lo vio todo.
El resplandor del fuego en el altar, los hombres cargando el cuerpo de su enemigo, los dragones esclavos vigilando la entrada.
El silencio que siguió fue absoluto, el silencio de la respiración contenida antes de la guerra.

En los bordes de la plaza, vio a Gunnar, su aliado silencioso.
Sus miradas se cruzaron.
El hombre asintió apenas.
Había entendido que la hora se acercaba.

Mientras tanto, la primera sombra del eclipse se proyectó sobre la tierra.
El sol empezó a cubrirse, y el cielo se tiñó de un gris enfermizo.
Los tambores aumentaron su ritmo.
Los hombres bebían, gritaban, cantaban.
El caos era perfecto.

En ese mismo instante, lejos de allí, los dragones desplegaban sus alas.
Alethea montó sobre Kaelrath.
El aire vibraba con el rugido de cientos de gargantas.
Las montañas temblaban.
La guerra había comenzado a respirar.

Tharros lo sintió.
Un pulso en su pecho, una corriente que atravesó la distancia.
No eran palabras, no eran pensamientos.

Era la certeza.
Alethea se acercaba.
El eclipse siguió su curso.
Las antorchas se encendieron, el aire se volvió denso.
Los sacerdotes alzaron las manos.
—¡Que Sköll devore al sol! ¡Que Hati devore a la luna!
La multitud rugió.
Neryon cerró los ojos, exhalando un último aliento de resistencia.
Tharros apretó los puños. El mundo, una vez más, ardería entre fuego y destino.

Chapter 40

El cielo, teñido de un gris que no pertenecía al día ni a la noche, parecía contener la respiración del mundo.

Las sombras se estiraban como manos viejas sobre la entrada de la montaña, y las antorchas parpadeaban con una luz enfermiza.
En el silencio previo al caos, solo el rumor de las cadenas y el murmullo lejano del fuego acompañaban el pulso de lo inevitable.

Vaeryn se movió entre las sombras sin hacer ruido.
en forma viento se desvaneció bajo un manto de humo y fuego.
Las escamas surgieron una a una, naciendo sobre su piel con el sonido de brasas que respiran.
En cuestión de segundos, su cuerpo entero fue un mosaico de lava y oscuridad.
El brillo del magma recorrió sus alas desplegadas, y el suelo se estremeció bajo su peso.
Había vuelto a ser lo que realmente era: un dragón, pero ahora camuflada como un Infernox, adoptando sus coles, postura se diferenciaba por sus ojos.

El reflejo del fuego danzaba sobre sus fauces.
Sus ojos, rojos como carbones despiertos, no mostraban ira sino una serenidad gélida.
Tomó aire y exhaló una llamarada controlada, un rugido contenido que sirvió de señal.
Los dos Infernox esclavos, que custodiaban la entrada, levantaron la cabeza.
Por un instante, el instinto antiguo los hizo retroceder.
Reconocieron algo en ella que estaba más allá de las runas de control, algo que no podían explicar.
Un eco ancestral, una orden que resonaba más hondo que cualquier cadena.

—No teman —dijo Vaeryn, su voz de fuego fluyendo dentro de sus mentes—.
No vengo a someterlos… vengo a liberarlos.

Los dos dragones se miraron, respirando con dificultad.
Sus cuerpos cargaban siglos de dolor, los ojos opacos de los que ya habían visto arder sus cielos.
Ella dio un paso más cerca, plegando las alas para no parecer amenaza.

—El jefe que los esclavizó morirá hoy —susurró—.
Pero para lograrlo, necesito que confíen en mí.
Después de esta noche, no volverán a servir a nadie.

Uno de los Infernox, de escamas quebradas, inclinó la cabeza lentamente.
El otro rugió bajo, un rugido que era a la vez miedo y esperanza.
Y así, con un último respiro de resignación, ambos se apartaron del umbral.

Vaeryn ocupó su lugar frente a la caverna.
A los ojos de cualquier guardia, era solo otro dragón encadenado, otro vigilante bajo el yugo del fuego.
Pero sus ojos vigilaban más que la entrada: miraban la oscuridad donde sus aliados se movían como sombras.

En lo profundo del bosque, **Galdor** avanzaba con paso firme.
Su silueta era una sombra entre los árboles, y a su alrededor se movían las hienas: criaturas invocadas del desierto de ceniza, ojos amarillos, bocas deformadas por la risa eterna.
Cazadoras silenciosas.
Detrás de él, **Eldryon** descendía desde el aire, su cuerpo envuelto en luz lila, las escamas iridiscentes brillando bajo la oscuridad del eclipse.
A su lado, tres dragones menores, jóvenes del clan Zephyrion, se plegaban en el aire, invisibles a la vista humana.
Y con ellos, en la retaguardia, Gunnar marchaba con la mirada fija y el alma en el filo de su destino.

Nadie hablaba.
El plan debía ejecutarse sin sonido, sin error.
Una respiración equivocada podía significar la muerte de todos.

Llegaron al borde de la entrada.
Vaeryn los observó sin moverse, como una estatua viviente.
Solo cuando el viento cambió de dirección, lanzó una mirada breve, una orden silenciosa: **entren.**

Eldryon se adelantó.
Su forma de perro volvió a manifestarse, envuelta en un resplandor violáceo.

Extendió las patas, y de sus dedos surgieron líneas de luz que tejieron símbolos en el aire.
El viento se arremolinó, convirtiéndose en un canto apenas audible.
Una corriente invisible se deslizó dentro de la caverna.
El sonido era casi imperceptible, pero sus vibraciones eran precisas.
Un eco hipnótico que se infiltraba en las mentes de las tres sacerdotisas.

Dentro, el ambiente era sofocante.
El cuerpo del jefe dormía aún sobre el altar, su pecho resplandeciendo con un brillo rojizo.
Las tres mujeres se movían en círculos a su alrededor, cantando en un idioma que no pertenecía ni a dragones ni a hombres.
Pero poco a poco, las notas de Eldryon se entrelazaron con sus voces, cambiando el tono, distorsionando el ritmo.

Una de ellas vaciló.
La segunda olvidó una palabra del conjuro.
La tercera cerró los ojos y, sin comprender, siguió repitiendo lo mismo una y otra vez.
Estaban atrapadas.
Eldryon había tejido sobre ellas un **bucle de ilusión**, un hechizo que las hacía creer que seguían cumpliendo su labor mientras su mente se deslizaba hacia un sueño profundo.

Galdor entró en silencio, las hienas detrás.
El olor a sangre seca y fuego les excitaba.
Avanzaron con pasos suaves, casi danzando, mientras Gunnar se quedaba en la entrada, vigilando los pasillos por si alguien se aproximaba.

El plan parecía funcionar.
Eldryon mantenía la ilusión con calma, los ojos brillando con esfuerzo.
Galdor se acercó al altar, al cuerpo del jefe inconsciente.
El corazón latiendo dentro de él era una llama viva, y su luz bañaba las paredes con destellos infernales.
El dragón miró a Eldryon, asintió: **el momento había llegado.**

Pero entonces algo cambió.

Un murmullo diferente cruzó el aire.
Un suspiro largo, antiguo.
Las sacerdotisas empezaron a temblar.
Una de ellas —la más joven— abrió los ojos de golpe, y sus pupilas eran ahora negras como el vacío.
—¡Intrusos! —gritó con una voz que no era suya.

El hechizo se rompió.

Las tres mujeres giraron al unísono, extendiendo sus manos.
El aire estalló en una ola de energía que lanzó a Eldryon contra la pared.
El eco del impacto resonó como un trueno dentro de la caverna.

Galdor rugió.
Las hienas respondieron al instante, lanzándose hacia las mujeres.
La primera sacerdotisa intentó pronunciar un conjuro, pero una mandíbula se cerró sobre su cuello antes de que terminara la palabra.
El sonido fue seco, repugnante.
La segunda retrocedió, invocando fuego, pero otra hiena le saltó encima, hundiendo los dientes en su rostro.
El fuego se extinguió en un grito ahogado.

Solo una quedó.
Retrocedió hasta la pared, sangrando, el brazo izquierdo colgando apenas.
El miedo la paralizó.
Intentó mover los labios, pero el dolor le robó las palabras.
La hiena mayor avanzó lentamente.
Su risa llenó la caverna, esa risa espantosa que parecía burla y placer al mismo tiempo.
La mujer trató de cubrirse el rostro, pero los dientes se hundieron, destrozando carne y hueso.
El sonido del cráneo rompiéndose fue la última melodía de la sacerdotisa.

El silencio regresó.

Solo el sonido del fuego del altar permaneció, palpitando con el latido del jefe.

Galdor se acercó, respirando con esfuerzo.
Eldryon, aún aturdido, se levantó.
Las hienas lamían la sangre del suelo, sus ojos brillando con un reflejo antinatural.

—Ahora —dijo Galdor, su voz ronca—. Terminaré con esto.

Levantó la lanza, su filo cubierto de runas.
El jefe seguía inmóvil, pero su cuerpo irradiaba una energía inquietante.
El corazón de la bestia latía dentro de él con un pulso que no pertenecía a este mundo.

Eldryon extendió un brazo.
—Hazlo rápido. El eclipse está casi completo.

Galdor dio un paso adelante.
El suelo tembló.

Y entonces, el aire se partió con un estruendo.

Una ráfaga de fuego atravesó la caverna, arrancando las antorchas de las paredes.
El calor fue tan intenso que el metal se deformó.
Eldryon apenas alcanzó a protegerse con las alas.
Las hienas chillaron y se desvanecieron en humo.

De la grieta luminosa que se abrió frente al altar surgió una sombra colosal.
El fuego la precedía, pero su forma era inconfundible.

Naerya

El dragón de agua, antiguo y majestuoso, llenó la cámara con su presencia.
Sus ojos eran dos soles azules.
Su rugido retumbó como una avalancha.
Las piedras del techo se agrietaron.
Los vivos cayeron de rodillas ante él.

—¿Creyeron que podían robar lo que no comprenden? —tronó, su voz resonando en cada rincón—.

Eldryon retrocedió, atónito.
Galdor se cubrió los ojos, cegado por la luz.
El jefe en el altar se convulsionó, como si la presencia del dragón agitara lo que había dentro de él.

Naerya miró el cuerpo del hombre dormido, y su voz se volvió un rugido grave, lleno de furia y tristeza.
—El corazón de Sethra pertenece a los dragones. No al orgullo de los hombres.
Y ustedes… han traído el caos.

Chapter 41

El eclipse había comenzado.
El cielo entero parecía un presagio. La luz se doblaba como un hilo de oro que se apagaba lentamente, y sobre la isla, los primeros rugidos de guerra estallaron como un trueno nacido del corazón del mundo.

Las montañas resonaban.
El mar hervía.
El viento rugía con el mismo ritmo que los tambores de guerra.

Desde lo alto, una línea de dragones atravesaba el firmamento. Los Infernox, antaño esclavos, se habían liberado de las runas que los encadenaban y volaban ahora con furia desbordada. Sus cuerpos brillaban con escamas ardientes, su fuego arrasaba con los muros, sus rugidos se mezclaban con los truenos. Las lanzas vikingas llovían desde las torres, pero los dragones respondían con fuego y venganza.

En tierra, el caos se expandía como una llamarada viva.
Las hordas Vördrung intentaban mantener la formación, pero las bestias del bosque, convocadas por los antiguos conjuros de Alethea, rompían sus filas sin piedad. Hienas, lobos, zorros y leones se deslizaban entre los gritos humanos. Los cuerpos caían. El suelo se teñía de rojo.

Alethea, suspendida en el aire, era un huracán vestido de fuego.
Sus ojos brillaban con la furia de los elementos. Había aprendido a dominarlos.
El agua respondía a su gesto; el viento obedecía su pensamiento; la tierra temblaba bajo su voz; el fuego era su pulso.
Cada palabra suya era orden.
Cada movimiento, una sinfonía de poder.

—¡Fuego hacia el sur! ¡Viento, cúbreme! —rugió, su voz amplificada por el trueno.
Los dragones de aire alzaron vuelo, desviando una lluvia de flechas envenenadas que se estrellaron contra el suelo.
Las llamaradas de los Infernox crearon una cortina ardiente.
Los dragones de agua, desde la costa, levantaron olas tan altas que las murallas exteriores se desmoronaron en segundos.

Era el inicio del fin para los Vördrung.

Desde el campamento enemigo, los tambores no cesaban.
Los jefes gritaban órdenes.
El aire se llenó de silbidos, explosiones y humo verde.
De pronto, un rugido atravesó el caos.
Un rugido que no era de dragón… ni de hombre.

La bestia de tres cabezas desperto liberada de sus cadenas. Sus ojos brillaban con un fuego antinatural: verde y pútrido. En sus pupilas se escondía la conciencia del jefe de los Vördrung, que ahora respiraba a través de ella, viendo y sintiendo con su nueva carne.
El rugido de Sethra fue una explosión que quebró el aire.

Cada movimiento suyo era un temblor, cada respiración una nube de azufre.
El alma del jefe Vördrung se fusionaba con ella.
Ahora era ambos: hombre y monstruo.
El eclipse sellaba la unión.

—¡La bestia está libre! —gritó un soldado.
El terror cruzó las filas humanas como un relámpago.
Y los dragones, por un instante, callaron.

Tharros la vio desde el aire.
Su pecho ardió de furia.
Había sentido la unión del jefe y la criatura antes de que ocurriera.
Sabía que esa era la clave: si la bestia moría, el jefe también lo haría. Pero si sobrevivían ambos… la era de los dragones terminaría.

Descendió.
Su cuerpo se envolvió en fuego.
Cada batir de sus alas encendía el aire.
El choque fue inmediato.

Sethra lanzó su rugido. Tres cabezas, tres llamas, tres direcciones.
Tharros esquivó una, giró sobre otra y embistió con la fuerza del trueno.
El aire tembló. Las montañas retumbaron.
El fuego azul del dragón dorado se enfrentó al fuego verde del veneno ancestral.

Alethea, desde las alturas, vio la colisión.
Su corazón se tensó.
Tharros contra la bestia.
Fuego contra fuego.
Sangre contra destino.

Abajo, Alethea lo vio.
Su corazón se detuvo por un instante al ver a Tharros enfrentando solo a la monstruosidad.
—No… —susurró, extendiendo la mano—. No lo hagas solo…
Pero ya era tarde.
Tharros volaba en círculos, buscando el punto ciego de la criatura.
Golpeaba con la cola, esquivaba mordidas, lanzaba fuego azul sobre las cabezas, pero la bestia respondía con precisión antinatural: el jefe Vördrung controlaba cada músculo, cada aliento, cada destello de odio.

Desde el suelo, los dragones aliados intentaban abrirse paso entre el caos.
El mar seguía golpeando, la tormenta rugía, las montañas escupían fuego.
Era la guerra total.

Y entonces, el destino torció su curso.

Una flecha envenenada —larga, oscura, casi invisible— cruzó el aire desde una torre lejana.
Al mismo tiempo, una esfera de fuego verde surgió de la garganta de Sethra.
Ambas convergieron en un mismo punto: el pecho de Tharros.

El impacto fue devastador.
Un rugido partió el cielo.
El dragón dorado perdió el equilibrio, sus alas se abrieron como un suspiro roto.
La bestia lo agarró de un ala, sacudiéndolo como un juguete.
Escamas y sangre se esparcieron en el aire.

Desde el suelo, los vikingos celebraban la visión.
—¡El dragón dorado cae! —gritaban—. ¡El alma del fuego será devorada!

Las lanzas apuntaban hacia arriba.
Flechas envenenadas volaron como una lluvia negra.
Los dragones aliados se vieron obligados a retroceder.
Y el cielo se cubrió de humo.

Tharros siguió luchando, pero cada segundo pesaba más.
Su ala herida sangraba.
Su fuego comenzaba a apagarse.
Aun así, resistía.

Desde el sur, un grupo de dragones de agua alzó una marea para frenar los proyectiles.
Desde el norte, los Infernox descargaban fuego sobre los muros.
El campo era un abismo.

Y entonces, sucedió.

Una ráfaga deflechas, lanzadas desde varias torres al tiempo, atravesaron nuevamente a tharros flechas con veneno de gragon
Al mismo tiempo, la cabeza central de Sethra abrió su garganta y escupió una ultima esfera de fuego verde con tanta fuerza que tharros quedo inconciente

El fuego verde se mezcló con la sangre dorada, y su cuerpo tembló en el aire.
Alethea gritó desde el cielo, extendiendo su mano.
—¡THARROS!

Pero ya caía.

Su ala rota no respondió.
Su cuerpo descendía en espiral, envuelto en humo y fuego.
La tierra se acercaba.
Y la guerra seguía rugiendo.

Los dragones del aire descendieron, pero una ráfaga de fuego venenoso los separó.
Nadie pudo alcanzarlo.

Nadie, excepto uno.

Encadenado, Neryon abrió los ojos.
El eclipse bañaba la celda con una luz de ceniza.
Sus alas, quebradas, apenas se movían. Su respiración era débil, pero el rugido de afuera lo despertó.
Y entonces lo vio.
Entre el humo, el fuego, las sombras: el cuerpo dorado de Tharros cayendo desde el cielo.

Un estremecimiento recorrió su columna.
Su instinto olvidó el dolor.
El corazón del mar —aún prisionero— rugió.

Con un esfuerzo imposible, rompió las cadenas.
El veneno ardió en sus venas, las runas del suelo se quebraron Sus alas, aún desgarradas, se extendieron por pura voluntad.
El agua del suelo se elevó con él.

Cuando Tharros caía, Neryon se alzó.
Y lo atrapó.

El impacto fue brutal.
El dragón dorado rodó sobre su lomo, y el mar rugió con ellos.
Tharros respiraba apenas. Su cuerpo humeaba, su fuego interior reducido a una chispa.

Neryon lo sostuvo con las garras.
Las escamas doradas estaban cubiertas de sangre.

—Hermano… —susurró.

De su pecho, moviendo una garra temblorosa, Neryon sacó algo.
Un huevo dorado, cubierto de vetas de fuego.
El mismo que había guardado durante años.

—Este era para ti… —dijo, su voz temblando con cada palabra—. Es lo único que puedo darte… Tu madre me lo entregó antes de la guerra… Dijo que debía ser tuyo cuando llegara la hora.

Sus ojos azules, cansados, buscaron los del dragón dorado.
—Es tiempo, Tharros…

Lo rompió con una garra y vertió el líquido brillante en la boca de Tharros.
Un fuego líquido, puro, ancestral.

Por un instante, el cuerpo del dragón dorado se arqueó, tembló, su corazón volvió a latir… y luego, en una llamarada súbita, su cuerpo se convirtió en un torbellino de cenizas. El viento se detuvo, como si el mundo contuviera el aliento.

Los dragones en el aire callaron.
Alethea, desde las alturas, sintió el golpe en el alma.

Su grito fue un relámpago.
—¡NOOOO!

Alethea, lo vio todo.
Vio a Neryon inclinado sobre el cuerpo de Tharros.
Vio el fuego dorado, el humo, las cenizas.
Vio el gesto final del dragón marino vertiendo algo sobre él.
Y su alma lo interpretó de una sola manera.

—¡No…! —susurró, con la voz quebrada.

Las lágrimas ardieron en sus mejillas.
El dolor se transformó en cólera pura.

Alethea extendió las alas, descendiendo en espiral, gritando con una furia que rompía el aire.

—¡TRAIDOR! —rugió, mientras su poder se desataba en una tormenta de fuego y viento.

Abajo, Neryon alzó la mirada.
Quiso hablar, quiso explicarle, pero la magia de la guerra no lo permitió.
El eclipse estaba en su punto máximo.
Y las sombras del Ragnarök caían sobre ellos.

Detrás de la montaña, la bestia de tres cabezas se alzó nuevamente.
El jefe Vördrung, desde dentro de ella, sonrió.
Había visto todo a través de sus ojos.
El caos había comenzado.

CHAPTER 42

El aire se quebró.
En medio de la oscuridad, Alethea flotaba.
Sus ojos, antes cargados de lágrimas, ahora eran pozos de luz blanca.
Solo un vacío absoluto donde ardían la furia y el dolor.

El grito que escapó de su garganta no era humano.
Era el rugido del universo rompiéndose.
Era la voz del corazón perdido.
Tharros…
Su nombre retumbó en su mente hasta borrarlo todo.

Su cuerpo se arqueó, y el aire estalló.
Las alas se abrieron de par en par, y una energía imposible la envolvió.
Una aura de caos emergió, violenta, viva, infinita.
Su piel brillaba con llamas líquidas; su cabello flotaba como fuego puro.
Y el suelo… tembló.

Un trueno recorrió toda la isla.
Las rocas se partieron, los árboles se inclinaron como si la naturaleza misma se arrodillara ante la furia de su guardiana.
Los animales huyeron despavoridos.
Los dragones, incluso los más antiguos, se apartaron con respeto y miedo.

—¡Alethea, detente! —rugieron, intentando comunicarse con ella por la mente.
Su voz se perdió.
Era como intentar hablarle a una tormenta.

Draycon se elevó con sus alas de viento, intentando llegar hasta ella.
—¡Alethea, soy yo! ¡Escúchame, no lo hagas!
Pero lo que vio en sus ojos no era la Alethea que conocía.
Era una diosa nacida del fuego y el dolor.

Ella giró sobre sí misma, lanzando una mirada cegadora.
Una esfera de energía brotó de su pecho, pura destrucción

condensada.
Voló hacia el suelo, y al impactar, **la aldea entera estalló en llamas**.
Las casas se quemaron
Las torres se desplomaron.
El fuego se volvió un mar rugiente.
Los dragones del agua reaccionaron de inmediato.
Desde la costa levantaron columnas de mar y las lanzaron sobre las llamas.
Pero Alethea giró la cabeza lentamente hacia ellos.
Su mirada era hielo.
Literalmente.
Los dragones se congelaron en pleno vuelo, convertidos en **esculturas de hielo** suspendidas en el aire.
Un segundo después, el viento sopló, y los cuerpos cristalizados se hicieron añicos contra las rocas.
El sonido fue insoportable: un coro de muerte que partió el alma de los presentes.
Todos retrocedieron, aterrados, otros intentaron acercarse, pero el aura de fuego que la rodeaba lo s arrojó a varios metros.
El aire se distorsionaba alrededor de ella, como si la realidad misma no pudiera contener su poder.
Desde el cielo, los rayos del eclipse bañaban su cuerpo.
Era el mismísimo centro del cataclismo.
Un **ser de fuego y dolor**, imposible de detener.
Los vikingos que quedaban corrieron en vano.
El fuego los alcanzó sin misericordia.
El mar se agitaba, el cielo lloraba, la tierra crujía.
El equilibrio se quebraba ante la cólera de una sola alma.
El poder de Alethea creció.
Cada aleteo suyo era un huracán.
Cada lágrima, un relámpago.
Los dragones aliados intentaron invocar sus mentes para detenerla.

Mil voces se unieron para hablarle.
Pero ella ya no escuchaba.

"**Todo me fue arrebatado… incluso él.**"
Su pensamiento resonó como un eco en el aire.
"**Si el destino quiso llevarse mi luz, entonces que el mundo sienta mi oscuridad.**"

Las montañas vibraron.
El fuego se convirtió en un sol suspendido sobre la isla.
Y justo cuando la destrucción parecía absoluta…

Algo cambió.

Del suelo, de las **cenizas de Tharros**, empezó a elevarse un polvo distinto.
No era humo.
No era fuego.
Era **luz**.

Miles de partículas doradas se levantaron como luciérnagas celestiales.
Al principio fue un resplandor tenue, luego una tormenta de color.
Polvo de estrellas.
Vibrante, etéreo, imposible.

Los dragones, los hombres, las bestias… todos se detuvieron.
menos Alethea, ella no cedia, estaba ciega del dolor.

Los colores danzaban: dorado, escarlata, azul profundo, violeta.
El aire se llenó de vida.

El silencio cayó como un hechizo. Y entonces, una **voz** se oyó.

No venía de la tierra.
Ni del cielo.
Venía de todas partes.

—**Mi amanecer…**

Alethea abrió los ojos, aún blancos, pero una chispa de conciencia regresó.

La voz era clara. Firme. Inconfundible.
Cada palabra vibraba en su pecho, en sus huesos, en su alma.

—**Aquí estoy… y aquí seguiré. Mírame… y reconóceme.**

El fuego en torno a ella se detuvo.
El viento enmudeció.
El mar se calmó.

Alethea giró lentamente.
Sus alas temblaron.
Su cuerpo brillaba con una mezcla de miedo y esperanza.

Y lo vio.

De entre las cenizas surgía una forma imposible.
Primero una chispa, luego una silueta, luego un resplandor cegador.
De las brasas nació un ave.
Gigantesca.
Majestuosa.
De fuego líquido, plumas como diamantes ardiendo, alas que extendidas cubrían el horizonte.

Un **Fénix**.

Sus ojos eran los mismos que ella había amado.
El dorado eterno.
El fuego sereno.
Tharros.

La criatura desplegó las alas y el cielo se llenó de chispas.
Cada movimiento dejaba una estela de luz.
Era el renacer del fuego.
Era la promesa cumplida.

—**Mi amanecer… el fuego nunca muere. Solo cambia de forma.**

El eclipse terminaba y en ese instante la voz de Tharros que se escuchaba hasta en los rincones más profundos dijo.

—AHORA

Chapter 43

Kaelrath, envuelto en llamas vivas, ascendía por el aire enfrentando a la bestia de tres cabezas que emergía entre la bruma y el humo. El monstruo, mitad carne y mitad maldición, se debatía con un poder tan grande que incluso el viento retrocedía para darle espacio.

Las tres cabezas rugían a destiempo: una con voz de trueno, otra con un bramido gutural y la central, profunda, casi humana, parecía suplicar por silencio.

Kaelrath reconoció esa voz.

En el eco de ese rugido resonaba algo antiguo… el alma de Maelvorn, el rey de los Eternos, prisionero dentro de su propio castigo.

El dragón de fuego descendió en picada, sus alas abrieron un arco de luz carmesí sobre el firmamento ennegrecido. Sus escamas ardían con el reflejo de las llamas del infierno y su mirada, fija en la criatura, mostraba decisión y un dolor callado.

La bestia rugió con furia, liberando una ráfaga de fuego verde que hendió el aire. Kaelrath giró en pleno vuelo, esquivando por centímetros el golpe mortal. La onda expansiva lo lanzó contra una torre derruida. El impacto lo hizo sangrar por la boca, pero no cedió. Apretó los colmillos, respiró hondo y sintió el recuerdo.

El rostro de su esposa dragona, Oryndhal, se formó en su mente como un espejismo entre el humo. Su voz parecía susurrar entre los truenos del campo de batalla: *"No temas al fuego si ardes por amor."*

Kaelrath exhaló con fuerza, y su rugido atravesó la guerra.

—Todo esto es por ti, mi amada… por ti y por lo que fuimos.

El fuego, obediendo al amor, le devolvió un suspiro cálido que recorrió sus alas. Y entre aquel eco, escuchó otra voz, más grave, resonando dentro del monstruo.

—Kaelrath… —una voz apagada luchando por salir surgió desde el centro de la bestia, rota, ahogada, casi entre lágrimas—. Arráncame de aquí… destrúyenos.

Era Maelvorn.
La cabeza central del monstruo habló de nuevo, y sus ojos —dorados, reconocibles— lo miraron con súplica.

—No domino las otras dos… —dijo con dificultad—. Pero yo soy la principal… si me arrancas… todo terminará.
Cada palabra era un temblor, una guerra entre almas dentro del mismo cuerpo. El jefe vikingo intentaba dominar la voluntad de la bestia desde el vínculo creado durante el eclipse, pero Maelvorn luchaba desde dentro, resistiendo, intentando dar una última oportunidad a los suyos.

Kaelrath cerró los ojos, sintiendo la tensión del aire.
En la distancia, Alethea brillaba como una estrella errante. Tharros, renacido en su forma de fénix, surcaba los cielos cubiertos de humo. Todo convergía en ese instante.

Kaelrath inhaló profundamente y le habló al viento, su viejo aliado.
—Dile al Valhalla… que Kaelrath va en camino.

El viento respondió con un silbido sagrado, envolviéndolo en un espiral ardiente. Y desde las alturas, rugió la voz de Tharros, potente, inquebrantable:
—¡Ahora!

Ese grito retumbó por encima de todo.
El cielo se partió.
Kaelrath, sin dudar, embistió a la bestia. El choque de ambos fue un trueno divino.
Las llamas se expandieron en todas direcciones, iluminando la guerra.

La cabeza central, la de Maelvon, abrió los ojos en un último destello de lucidez.

Kaelrath hundió sus colmillos en su cuello, desgarrando escamas, músculo y fuego. La sangre ardiente cayó como una lluvia roja sobre la tierra. El rugido fue indescriptible: mezcla de dolor, liberación y tragedia.

Las otras dos cabezas, presas de la ira del jefe vikingo que aún resistía en ellas, se lanzaron contra Kaelrath. Una lo mordió en el ala izquierda; la otra la derecha.
El dragón del fuego rugió con fuerza, tratando de liberarse, pero las mordidas atravesaron hueso y músculo.

Desde el cielo, Alethea observó la escena con horror. El eco de las llamas pintó sus ojos de miedo. Iba tras ella Tharros la detuvo.

—Déjalo, él va con su amada. No intervengas

Kaelrath cayó, la bestia con él.

Los cuerpos colisionaron contra el suelo con un impacto que hizo temblar la isla. La tierra se agrietó; las montañas respondieron con ecos de trueno. El fuego se mezcló con el barro, creando un paisaje de destrucción y sangre.

El dragón del fuego yacía tendido, su respiración entrecortada, su cuerpo marcado por mordidas y garras. Las llamas que siempre lo habían protegido ahora parecían consumirlo desde adentro.
Pero su mirada seguía firme. En sus ojos aún ardía propósito.

Frente a él, la bestia de tres cabezas se debatía en agonía. Dos de sus cráneos rugían con furia, movidos por el alma corrompida del jefe vikingo que intentaba dominar el cuerpo. La cabeza central, ahora mutilada, mostraba el rostro derrotado de Maelvorn, el antiguo rey. Su fuego se extinguía poco a poco, pero su voz interior seguía resonando como un eco ancestral.

—Llévate lo que quede de mí, Kaelrath… no dejes que la corrupción me retenga entre los vivos…

El dragón, con un esfuerzo que pareció romperle los huesos, se incorporó apenas.

—Te lo juro, viejo amigo. Tu guerra termina aquí.

De su garganta emergió un rugido final, puro, cristalino. Era fuego y despedida, venganza y perdón. Las llamas que exhaló no eran simples llamas: tenían el color del amanecer. El fuego eterno de los dragones antiguos.
Ese aliento sagrado cayó sobre la bestia como un manto purificador,

y las cadenas invisibles que unían su carne con el alma del jefe vikingo se estremecieron.

El monstruo gritó con tres voces a la vez: una humana, otra divina, otra imposible.
El aire se volvió líquido; el suelo tembló tanto que los árboles se inclinaron ante el rugido.

Y mientras el cuerpo de Kaelrath se consumía, A lo lejos en la cueva, Naerya —la hija de Neyron— sintió en su pecho el rugido de su padre. Supo, sin necesidad de verlo, que algo había terminado.
Sus ojos se tornaron rojos de furia y lágrimas. Su cuerpo brillaba con un fuego azul pálido, distinto al de los dragones comunes. Era el fuego de la furia justa, el que nace del dolor contenido.
Sus ojos se posaron sobre el jefe, y por un instante el tiempo se detuvo.

El hombre sonrió, ensangrentado, delirante.
—Así que tú eres la hija del prisionero. Qué ironía… tu padre fue el primero que quise someter.

Naerya rugió con un sonido que hizo vibrar el aire.
—Por el, por todos los que encadenaste… por los dragones que profanaste… hoy termina tu reinado.

El jefe extendió una mano, intentando invocar la energía del corazón de la bestia, pero su poder estaba inestable. Las venas se le hincharon, la carne chispeó.
Naerya no esperó. En un salto, cruzó la distancia y lo embistió con toda su fuerza. Las garras de la dragona atravesaron el pecho del hombre con un sonido húmedo y brutal.

El jefe gritó, su voz mitad humana, mitad bestial, desgarrando los ecos de la caverna.

Su garra, envuelta en fuego azul, giró dentro del pecho hasta tocar el corazón aún latiendo. Lo arrancó de cuajo.
Sangre y energía estallaron en todas direcciones. El fuego de la bestia se apagó al instante.

El cuerpo del jefe cayó sin vida, pero el fuego del corazón aún palpitaba. Naerya lo sostuvo un instante, mirándolo con rabia y

lágrimas.

Naerya cayó de rodillas, respirando con dificultad. Sus lágrimas se mezclaban con sangre y polvo.

En su mente escuchó la voz de su padre, Neyron, dulce, distante, pero viva en su memoria:

"Ahora eres libre, hija mía. El fuego no te consume. Eres su dueña."

en ese momento cae al tiempo la bestia muerta, se acerca a ellos Galdor con un cuervo, el cual se acerca a la bestia y se le come los ojos.

Chapter 44

En la cueva, Naerya aún permanecía frente al cadáver del jefe.

El silencio era denso, casi sagrado.
Entonces, una sombra se movió entre las rocas. Galdor apareció, su armadura cubierta de polvo y heridas. A su lado, un cuervo negro revoloteaba inquieto, graznando con voz áspera.

—Volviste tarde, Galdor —dijo Naerya con voz baja, sin girar—. Ya todo terminó.

El guerrero la observó unos segundos, y luego caminó hacia el cuerpo destrozado del jefe.
—No, no ha terminado. —Su tono era grave—. La isla recordará esto. El fuego del hombre y del dragón ha dejado una cicatriz que ni el tiempo podrá borrar.

El cuervo descendió sobre el cadáver.
Sus garras se hundieron en la carne inerte, y con movimientos rápidos comenzó a arrancar los ojos del muerto. El sonido fue húmedo, desagradable, pero nadie lo detuvo.
El cuervo levantó la mirada hacia Naerya y graznó una sola vez.
En ese graznido se escondía un mensaje: *la oscuridad ha sido devuelta a sí misma.*

Galdor observó la escena sin emoción.
—Así termina el linaje de los Vördrung —murmuró—.

Naerya se levantó lentamente.
La sangre del enemigo aún manchaba sus garras, pero su mirada ya no tenía odio. Solo cansancio.
—¿Dónde está Tharros? —preguntó.

—Vuela —respondió Galdor—. Entre la ceniza y la aurora.
—¿Y Alethea?
—En guerra consigo misma. Pero la guerra más grande siempre ocurre dentro, debe hallar la paz.

El silencio los envolvió.
Solo el sonido del cuervo devorando los restos llenaba el aire.
Entonces, un temblor recorrió la cueva.
El cuerpo del jefe comenzó a hundirse en el suelo, devorado por la tierra misma. Las runas en las paredes brillaron una última vez, y la voz de Maelvorn resonó, etérea, desde lo profundo:

"El equilibrio no se destruye… se transforma. Cuidad de lo que venga. El fuego renace, pero la sombra nunca duerme."

Naerya cerró los ojos y dejó que el eco se desvaneciera.
Cuando volvió a abrirlos, una lágrima rodó por su mejilla.
Galdor colocó una mano sobre su hombro.
—Tus padres estarían orgullosos.

Ella asintió, con el corazón pesado, y miró hacia la salida de la cueva.
El amanecer teñía el cielo de rojo y dorado, y en la distancia, una silueta de fuego cruzaba el horizonte.
El fénix.
El renacido.
El hijo del equilibrio.

—Vámonos —dijo Galdor finalmente—. Aún queda mucho antes del descanso.

Salieron juntos de la caverna, mientras detrás de ellos el cuervo terminaba su festín y se posaba sobre una piedra, observando el amanecer con ojos oscuros e inteligentes.
Cuando la primera luz del sol tocó su plumaje, el ave abrió las alas y se deshizo en humo, dejando tras de sí solo un susurro que el viento se llevó hacia el mar.

En la superficie, los dragones alzaban el vuelo una vez más.
El rugido colectivo no era de guerra, sino de supervivencia.
Los ríos comenzaron a calmarse, las olas retrocedieron. La isla, exhausta, respiraba otra vez.

Y en el cielo, Alethea —aún con los ojos húmedos, aún envuelta en el resplandor del caos— miró hacia el horizonte donde volaba el fénix y susurró:
—Tharros… hay algo que salió de la bestia, mira abajo

La guerra había terminado.
Pero el destino apenas comenzaba a escribirse de nuevo. Un huevo negro con aura dorada como el eclipse yacía bajo la bestia. Todos bajaron trataron de destruirlo, Tharros uso sus nuevo dones, pero aun no sabia usarlos, el huevo parecía indestructible, ni el aire, ni la

magia, fuego o agua podían hacerle ni una sola grieta lograron hacerle, así que decidieron llevarla a las runas sagradas, ponerla en el centro a la vista de todos para mantenerla vigilada, con encantamientos impenetrables, que impidieran salir cualquier cosa que llegase a nacer de allí.

100 años que serian de paz, 100 años a la espera de eclosión de ese huevo, 100 años duraba madurar su interior para salir el hijo de Ragnarök..
